

M.S.V. o LA SANGRE Y LA CENIZA

ALFONSO SASTRE Y EL PAPEL DE LOS INTELECTUALES

RICARD SALVAT
Universidad de Barcelona

Pensamos que en *La sangre y la ceniza* Alfonso Sastre consigue, entre otras muchas cosas importantes, replantear, reactualizar el papel del intelectual. La publicación de este texto fundamental dentro de la colección *Obras escogidas* llega en un momento sociológicamente muy oportuno, como intentaremos explicar más adelante.

Miguel Servet (o Michael Servetus, 1511-1553) fue uno de los primeros hombres modernos de la Historia de España. Se adelantó, en muchísimos aspectos, a su época, pero sobre todo siempre se comportó como un intelectual, en el más moderno sentido de la palabra. Ya muy pronto se opuso al dogma de la Santísima Trinidad. Levantó, con su actitud, con su valiente ir a contracorriente, un gran escándalo en Estrasburgo. Los poderosos prohibieron la venta de sus libros. Abandonó Estrasburgo por París y allí estudió Medicina. Usaba el nombre de Michael Villanovanus. Trabajó luego como corrector de pruebas para los hermanos Trechsel. Por encargo de ellos publicó *Tratado de geografía de Tolomeo*. En 1540 se encuentra en el Delfinado de Viena, en calidad de médico del arzobispo. Se cree que fue en esta época en que descubrió la doble circulación de la sangre, o, como mínimo, la circulación pulmonar. Se dedicó al estudio de los neoplatónicos y escribió *Restitución del cristianismo*, donde llevó los presupuestos de la Reforma a sus máximas consecuencias. Exigió que la religión cristiana volviera a su estadio más primigenio. Él fue el defensor de lo que se denomina monarquismo modalístico neoplatónico, que intentaba acentuar la unidad, la llamada «monarquía» divina y afirmaba que las Tres Personas «eran meras modalidades fenoménicas de lo divino y entendía el *Logos* como idea de las

ideas y un arquetipo de todo lo finito»¹. Entró en gran conflicto con Calvino. Fue detenido por la delación de un refugiado francés, pero pudo escapar. Luego no queda muy claro para los historiadores: quizá en un intento de venganza personal, quiso acercarse a Calvino, su gran enemigo. Tal vez para intervenir en el incómodo asunto entre Calvino y los libertinos y así poderlo denunciar. Servet fue un gran temerario y pensamos que es un acierto de Alfonso Sastre cómo va explicando esa inquietante y un poco extraña e inquietante decisión de querer ir a ponerse en la boca del lobo. En la bella dimensión dramática de Sastre, Servet se encamina a Ginebra aceptando su condición de gran héroe trágico. Pero Sastre lo presenta como un héroe de «tragedia compleja», de esa modalidad trágica que nuestro autor ha creado. En esa poderosa narración dramática que es *M.S.V.* asistimos a todo el camino de vaivenes, de oposición a los poderosos, de saber tener siempre una gran generosidad, como queda en evidencia en el bello cuadro VI titulado «La peste». Pero al final Servet se enfrenta a la Muerte, a la terrible muerte de ser quemado vivo. Un bello y terrible final.

Como afirmaba muy acertadamente Eric Bentley en el prólogo a la versión americana de Charles Laughton del *Galileo* de Bertolt Brecht: «Fuera lo que fuese lo que Brecht pensaba que hacía, lo que los buenos dramaturgos siempre hacen ya fue intuido por Aristóteles y confirmado por Lessing. Cuando Aristóteles afirmó que la Tragedia era más filosófica que la Historia, estaba señalando que el drama sigue una lógica diferente a los hechos reales. La Historia puede ser (o puede parecer) caótica y sin sentido. El drama no. La verdad puede ser más extraña que la ficción: pero no se muestra tan ordenada. O como Pirandello planteó el tema: la verdad no tiene que ser verosímil. Pero la ficción sí. Los hechos de la vida de Juana de Arco, tal como los documentos históricos nos los relatan, no parecieron lo suficientemente verosímiles o interesantes para Bernard Shaw, dado que la Juana histórica fue víctima de las maquinaciones de un vulgar político (el histórico Cauchon). La historia se convierte en creíble e interesante con la sustitución de este Cauchon por un personaje inventado que se puede oponer a Juana como principio»².

¹ Miegge, G., «Miguel Servet», en *Diccionario de autores*, Tomo V, Hora S.A., Barcelona 1992, págs. 2558-2559.

² Brecht, Bertolt: *Galileo*, versión inglesa por Charles Laughton, (ed. Eric Bentley), Grove Press inc, Nueva York, 1966, pág. 11 de la Introducción.

Realmente la biografía de Servet tal como nos ha llegado no puede ser más caótica, ni más zigzagueante, y nos lo resulta en varios sentidos. El gran acierto de Sastre en *La sangre y la ceniza* es seguir una lógica implacable y muy coherente que nos muestra de manera muy convincente la grandeza y las muchas contradicciones del gran aragonés.

Sastre ha hablado en relación con su teatro de «tragedia compleja». Es una forma neotrágica que busca superar la llamada tragedia simple o aristotélica. Alfonso Sastre como B. Brecht se opusieron, con gran fuerza, al gran legado aristotélico que tanto ha condicionado y no siempre para bien la tradición dramática de Occidente. Como es sabido, la obsesión de Brecht fue la negación, a todos los niveles, de la Tragedia y muy especialmente en la dimensión de alta valoración del Destino. Sastre intenta ir más allá que Brecht y, a la vez, intenta superar el llamado nihilismo de la vanguardia, la dimensión tan cara a Samuel Beckett, y las aportaciones del esperpento. Sastre da gran importancia a los elementos irrisorios del ser humano»³.

Servet no es mostrado en toda su grandeza y en toda su dimensión irrisoria. Lo vemos sollozar y medio llorar, y afirmar: «(*Medio llorando aún.*) Prefiero ser una rata viva que un hombre ardiendo; pero es la pura verdad lo que les digo, por increíble que parezca»⁴. A los terribles insultos que recibe por parte de Ory: «¡Rabioso iconoclasta! ¡Miserable! ¡Hijo de Satanás! ¡Destructor de templos! ¡Pisoteador de hisopos! ¡Derramador de agua bendita! *Vade retro*»,. Miguel contesta: «Nunca hice tal cosa, ni destruir, ni pisar, ni derramar, Misesñor, sino pensar, luchar, huir. Ésa es mi vida»⁵. Espléndida definición o configuración de su admirable aventura humana.

³ Gómez García, Manuel: *Diccionario Akal de Teatro*, Madrid, 1997, págs. 761 y 842. Véase cómo Sastre define la tragedia compleja: «No me resigno –declaraba en 1985– a los géneros tradicionales y menos a su incomunicación entre sí. La tragedia y la comedia clásica lo están, y de hecho algunos autores españoles del xvii se rebelaron ya contra esa situación, trataron de modificarla, y así nació la tragicomedia. De ese mismo descontento de los géneros surgen también propuestas como el esperpento de Valle o el grotesco de Pirandello. En mi caso en concreto la restauración de la tragedia como modelo clásico hizo crisis en *El banquete*, y desde entonces ensayo un teatro serio, sí, pero que incorpore los elementos irrisorios del ser humano».

⁴ Sastre, Alfonso: *M.S.V. o tragicomedia de La sangre y la ceniza*, Hiru, Hondarribia, 2006, pág. 126.

⁵ *Ibidem*, pág. 133.

Pensamos que es muy oportuna y generosa la gran reivindicación que Alfonso Sastre hace de la figura del gran Miguel Servet. No sólo le dedica una tragicomedia admirable, sino que escribe asimismo una biografía muy rigurosa titulada *Flores rojas para Miguel Servet*. Ha sido un valiente acto de justicia. Si este país fuera el país verdaderamente democrático que no acaba de ser, esta biografía debería ser de lectura obligatoria en nuestros institutos, al igual que el texto dramático debería estar en el repertorio de nuestros teatros nacionales o subvencionados. Pero ya sabemos que no es así. De hecho treinta y un años después de acabada la dictadura no tenemos aun verdaderos teatros nacionales. Siguen funcionando como en el franquismo, o sea que son compañías pagadas con dinero público pero que actúan como compañías privadas, y con los condicionantes comerciales que pesan sobre la empresa privada. En estos treinta y un años se ha ladeado y ninguneado aún más a Alfonso Sastre de lo que estuvo en el período de la dictadura. Resulta inaceptable que esta maravillosa realidad escénica que es *M.S.V.* no haya sido representada con todos los honores en un teatro público. Es un texto que necesita de una gran producción, y de una voluntad colectiva de reivindicar al «malvado español», como algunos le llamaban en su época. Habría que considerar las abundantes versiones teatrales y fílmicas de las aventuras humanas de Galileo Galilei y Giordano Bruno, y todo lo que Italia ha hecho para recuperar a estos grandes personajes de la historia. Aquí no se ha hecho prácticamente nada, y por eso la doble tarea de Alfonso Sastre resulta más admirable. Queremos recordar la muy interesante versión que la Compañía El Búho, de Madrid, con puesta en escena de Juan Margallo hizo y que se estrenó en una versión reducida en la Sala Villarroel de Barcelona. El Búho llevó la obra por toda España y en gira por América del Sur. En 1990, El Galpón, de Montevideo, la estrenó con dirección de Ruben Yáñez. José María Forqué hizo una serie de ocho episodios de una hora basada en este texto para Televisión Española. Forqué mantuvo el título del texto dramático. Conviene recordar que todas estas empresas obtuvieron buen éxito de público.

Había que hacer de una vez por todas la reivindicación del gran médico e intelectual aragonés, y Alfonso Sastre lo ha hecho. Como nuestro autor señala: «Lo que menos se encuentra por ahí, sobre este doctor de nuestros pecados, son crónicas “objetivas”, y nada hay, que uno sepa, que se corresponda de algún modo con el método de una verdadera ciencia histórica. Lo

primero, porque andan todavía –¡y ya han pasado siglos!– revueltas las aguas en torno a tan lamentable caso como fue el martirio de este “malvado español”, que así llegaron a nombrarlo. Lo segundo, probablemente, porque el asunto aparece nimbado de un carácter muy “excepcional”, por la índole misma de la persona: genial para unos, genialoide para otros y, simplemente, “un poco más loco que el promedio de sus contemporáneos” para alguno. No tipifica –se quiere decir– este duelo de Servet con su tiempo el conflicto entre la fe o la religión por un lado y la razón o la ciencia por otro, como es en los casos –esos mejor explorados– de un Galileo o de un Giordano Bruno. Remite a tal cosa, pero sin “tipificar”, como queda dicho, ese conflicto. ¿Queda explicada, por ello, la falta de exploradores “dialécticos” en torno al caso?»⁶.

Uno de los pocos intelectuales, en el sentido zoliano del término, que tenemos en el Estado español habla, defiende y reivindica a uno de los grandes intelectuales de nuestra historia.

En este momento el texto que nos ocupa adquiere una especial dimensión. En el Reino Unido recientemente se ha renovado la polémica sobre la condición del intelectual, término que pudo surgir gracias a la carta *J'accuse* que Emile Zola dirigió a Felix Faure, presidente de la República, y que se publicó el 13 de enero de 1898, con ocasión del llamado «Affaire Dreyfuss», en *L'aurore*. A partir de entonces, como escribiría Agnès Catherine Poirier en *The Guardian*⁷, «los escritores y los artistas han comprendido desde entonces que era su deber poner en cuestión el orden establecido. No formaban parte de una *intelligentsia* o de una élite por sí mismos, sino que quedaban *à part*, a las afueras de la *cité*, objetividad obliga.

«En Gran Bretaña, las gentes se creen obligadas a excusarse si tienen algo inteligente que decir cuando los periodistas extranjeros buscan intelectuales para comentar un acontecimiento o una tendencia sociocultural, para proponer una síntesis o establecer puentes entre diferentes disciplinas, se encuentran frente a un muro».

El artículo de Agnès Catherine Poirier, visto como otro de Timothy Garton Ash titulado «Qué es un intelectual. El pensamiento, una manía francesa»⁸, y

⁶ Sastre, Alfonso: *Flores rojas para Miguel Servet*, Hiru Narrativa, Hondarribia, 1997.

⁷ Agnès Catherine Poirier, *Experts plutot que penseurs*, Courier International, París, 24-31 de mayo, pág. 53.

⁸ Timothy Garton Ash, *La pensée, une manie française*, Courier International, ibídem, págs. 52-53.

«De Zola a BHL un modelo tan apasionante como rechazable»⁹, de Michael Saler, publicado en *The Times*, responden a una polémica que surgió porque en octubre de 2005 la revista mensual *Prospect* hizo una encuesta entre sus lectores para designar los diez grandes intelectuales mundiales. Éstos fueron los elegidos: Noam Chomsky, Umberto Eco, Richard Dawkins, Vaclav Havel, Christopher Hitchens, Paul Krugman, Jürgen Habermas, Amartya Sen, Jared Diamond y Salman Rushdie. Como se puede ver, no figura ningún nombre francés, y es muy revelador que Harold Pinter tampoco esté en la lista. Ese Harold Pinter al que Alfonso Sastre ha homenajeado en su condición de intelectual en la revista *Artez*¹⁰. No olvidemos que Sastre, mucho antes que la revista *Prospect*, escribió un ensayo de gran categoría sobre *La batalla de los intelectuales*¹¹.

Creemos que estos tres libros a que nos hemos referido constituyen en el fondo un todo y una de las más importantes aportaciones que se han hecho durante la segunda mitad del siglo xx y los seis primeros años de este siglo al pensamiento del Estado español.

Recordemos, para acabar, unas consideraciones que hace Sastre en su ensayo sobre los intelectuales. Citando a su admirado Chomsky, insiste, por intelectual interpuesto, en que «la responsabilidad de los intelectuales consiste en decir la verdad y en denunciar la mentira». Luego se refiere a Chomsky y al elogio que éste hizo del senador Fullbright, «que en un artículo se había referido a lo deseable que era que en las universidades norteamericanas se creara un “contrapeso” al “complejo militar-industrial”, mientras que, en la realidad, “en vez de ello, [las Universidades] se han unido a ese bloque, aumentando enormemente su poder y su influencia”. Los científicos sociales «se habían convertido, en lugar de ser críticos responsables del gobierno, en los agentes de esa política».

Si las universidades no cumplen ese valor de contrapeso, y la verdad es que no lo hacen, nos queda, como única salida para defender la verdad, el teatro. Nuestro teatro debe recuperar la dimensión que tuvo en los grandes

⁹ Michael Saler, *De Zola a BHL, un modèle aussi attirant que repoussant*, Courier International, ibídem, pág. 52.

¹⁰ Sastre, Alfonso: «Pinter 1», sección El rincón del No, *Artez* 104, 12, 2005, pág. 7, «Pinter 2», ibídem, 1/2006, pág. 7 y «Pinter 3», ibídem, 2/2006, pág. 7.

¹¹ Sastre, Alfonso: *La batalla de los intelectuales: nuevo discurso de las armas y las letras. Los intelectuales y la utopía. Los intelectuales y la patria*. Editorial Hiru, Hondarrabia, 2004.

momentos de su trayectoria, o sea, ser expresión de un pensamiento en segundo grado, una revisión crítica de la historia, y un desenmascaramiento de la historia oficial.

Por todas estas razones es urgente que nuestro mundo del espectáculo recupere *M.S.V.* en una versión que sea lo más completa posible, para que todos nos veamos obligados a reflexionar sobre la historia pasada y la presente. Esperemos que sea así y muy pronto.

M.S.V. o LA SANGRE Y LA CENIZA

NOTA DE 1998

Esta obra y *El banquete* las escribí en 1965. Fue el ápice –o, más bien, el paradigma– del experimento que llamé *tragedia compleja*. Decididamente había emprendido un nuevo camino en cuanto al uso dramático del lenguaje. M.S.V. fue prohibida por la censura de libros en julio de aquel año, y no pude incluirla en el tomo I (único que se publicó) de las *Obras completas* de Aguilar.

Aquel año escribí un «Prólogo de cuatro perras» para una edición de Brecht y una elegía a Françoise Spira, la actriz que había estrenado *Ana Kleiber* en París, y a la que yo admiraba y quería.

Aquel año publiqué *El paralelo 38, Anatomía del realismo y Tres dramas españoles*, y muchos artículos, como uno que hizo alguna pupa sobre «Los comisarios secretos»; y en Portugal apareció *Guillermo Tell tiene los ojos tristes*.

Aquel año se estrenó *Ana Kleiber* en Nueva York, en versión de Leonard Pronko, y *La cornada* en la Televisión Italiana.

Aquel año el consulado norteamericano en Madrid me negó el visado para los EE.UU. Y no pude dar un curso sobre Valle Inclán en la Pennsylvania State University.

Aquel año se celebró el VII Congreso (clandestino, en Francia) del Partido Comunista de España, y en él fui cooptado (así se dice) como miembro de su comité central. Al Congreso siguiente, que no recuerdo en qué año se celebró, ya no fui invitado, y después se me comunicó que en él «no había sido rec-legido». En realidad había sido expulsado.

La sangre y la ceniza fue estrenada, en una versión reducida, después

de la muerte de Franco, por El Búho de Madrid, bajo la dirección de Juan Margallo. Por cierto, la noche del estreno en Barcelona, en la Sala Villarroel, los fascistas pusieron una bomba en el teatro, a pesar de lo cual el estreno se realizó.

El Búho hizo una gira con esta obra por España y por América Latina. El Galpón de Montevideo la estrenó mucho más tarde (1990), bajo la dirección de Rubén Yáñez y con Juan Gentile en el protagonista.

Para Televisión Española, José María Forqué hizo una serie de ocho episodios de una hora, basada en esta obra y con su mismo título. Hermógenes Sainz trabajó con mucho talento en el guión. Ambos han muerto hoy, y yo recuerdo con mucha melancolía el viaje que hicimos juntos para localizar los exteriores. Esto fue en 1987, y recuerdo que nos reunimos en Zaragoza, y después fuimos a Huesca, y a su provincia, el Castillo de Loarre y el Monasterio de San Juan de La Peña. Durante nueve días fuimos a: Villanueva de Sigüenza —el pueblo en el que nació Servet—, Gerona, Pals, Montpellier, Avignon, Vienne, Lyon, Annemasse, Toulouse y Tarbes.

Durante aquel viaje tuve la idea de hacer un relato, que es una de las mejores cosas que he hecho y que va incluido en mis *Historias de California*. Los episodios de aquella serie —que quedó muy bien— se titulan así: *Tempestad sobre Europa, Judíos, moros y cristianos, El hermano perdido, Entre París y Lyon, El corazón y las estrellas, Un caballero andante, La batalla del Cielo y Pasión y muerte*.

Sobre la misma, apasionante, figura, escribí así mismo una biografía titulada *Flores rojas para Miguel Servet*, que ya se ha reeditado en esta Casa Editorial. La idea de Servet como una especie de anti-Galileo todavía hoy merece la pena de ser discutida, y yo planteé entonces esa cuestión; pero también me serví de la historia de Servet a modo de parábola para tratar los problemas de la libertad de expresión, concretamente, durante el franquismo, y ello de modo bastante desenfadado. Por ejemplo, en la obra se habla de un abate Ortiz, a modo de frailazo opresor, lo cual resulta significativo si se tiene en cuenta que el jefe del departamento de teatro por aquel entonces —de quien dependía la censura teatral— se llamaba José María Ortiz. Era imprudente hacerlo así, pero también era divertido.

ALFONSO SASTRE

Hondarribia, 16 febrero de 1998

NOTAS DEL AUTOR

Nota 1

Habiendo reivindicado muchas veces los fueros de la tragedia –y ello frente a la antitragedia de Brecht y al «esperpento» y sus formas; o, mejor, «junto a» Brecht y al esperpento: por la reclamación de «un sitio», en nuestro mundo, para lo trágico entre las demás expresiones teatrales–, podría parecer que escribir ahora algo que yo llamo una «tragicomedia» significa una reconsideración de mis disposiciones y un ensayo para el cultivo de un género que no entraba en mi proyecto literario, aun admirador como siempre me he mostrado de la tragicomedia y el «esperpento». ¿Me pongo, pues, a desoír una exigencia social que yo mismo he formulado: la de la presencia de lo trágico en un mundo teatral caracterizado por la presencia absorbente del «bulevar», el «music-hall», la comedia indiferente y la tragicomedia nihilista (Beckett) o socialista (Brecht)? No se trata de eso en este caso, sino de buscar un cierto modo trágico que pudiera asumir y, de alguna manera, superar, las experiencias del teatro moderno. Ya he dicho otras veces que, en mi opinión, la tarea que hoy se ofrece al cuidado de los autores inconformes no consiste en reafirmar los postulados dramáticos prebrechtianos ni en aceptar acríticamente el magisterio de Brecht (ni, por supuesto, disolvemos en una «vanguardia» nihilizadora de la totalidad), sino en postular y practicar la negación (dialéctica) de la negación brechtiana de la tragedia que Brecht llamaba «aristotélica» y ello, como digo, tanto en el campo teórico –estética del teatro– como en el de la praxis teatral. Ésta sería quizás el teatro «nuevo».

El mío, desde luego, no presenta, al menos hasta ahora, ninguna respuesta práctica a esta cuestión. Yo me he movido experimentalmente durante estos

años, sin conseguir, por cierto, ningún hallazgo notable de más alta catadura, en el simple sentido de buscar un drama «libre»: liberado de apriorismos formales. Por lo demás, el experimento más «avanzado» que he querido realizar no se ha «cumplido» de modo suficiente, al no haber sido representada la obra, al menos en las debidas condiciones. Hablo de *Asalto nocturno*, que, por otra parte, no es más que un intento de incrustar críticamente en una tragedia contada «al revés», desde la catástrofe hasta el «pecado» original, elementos de la diversión (alienación) cotidiana –el «music-hall»– y de la información periodística; de modo que la tragedia resultara envolvente del conjunto y no al revés, como en el esperpento beckettiano (o valleinclanesco) y el teatro brechtiano. Las otras dos obras donde se apunta, tímidamente, en semejante sentido, son *Guillermo Tell tiene los ojos tristes*, y ello porque ya no es una tragedia simple y estricta en la medida en que introduce en ella un elemento esperpéntico (el tirano y sus ayudantes, policías, etc., no son «serios» como lo son en el *Guillermo Tell* de Schiller, sino que se toman, diríamos, un poco «a broma»; lo que no hace cómica, sino incluso más que opresiva, la situación) y *Oficio de tinieblas*, donde el personaje de Ismene incorpora a la situación trágica un desenfado grotesco, expresado en un lenguaje que ya no tiene la pulcritud convencional del lenguaje tan «económico» empleado por mí en el común de mis obras anteriores.

Hoy –he aquí la cuestión– trato de ir más allá y no, como podría parecer, de «regresar» a lo tragicómico tradicional o nuevo. Pienso en lo que podríamos llamar, frente a la tragedia pura o «simple», una forma neotrágica que podría definirse como una «tragedia compleja». (La complejidad de la presente obra es también «formal», pero no tiene por qué serlo.) Para ello, sobre un material tradicionalmente trágico y «serio» (un proceso «histórico» que termina en la hoguera), trato hoy de constituir lo que llamo irónicamente una tragicomedia, y creo que es, en verdad, una tragedia verdadera. El elemento esperpéntico no queda, en esta obra, incrustado o incorporado, sino «disuelto» en ella –con una intención distanciadora, desmixtificadora–. El resultado, ¿no será como digo, una tragedia verdadera? La respuesta han de darla los «verificantes», los públicos.

¿Será ésta una forma de «recibir» en la Tragedia lo que yo he llamado en otra parte (y considerado deseable) «el fuego nihilizador de la vanguardia», y de presentar este «género» en un modo distanciado, crítico, actual (es

decir, liberado de la imagen inmovilizadora clásica de lo irremediable)? Es lo que hoy me pregunto al escribir como lo hago una historia que parece reclamar un tratamiento de «tragedia griega».

ALFONSO SASTRE

Madrid, 22 de Febrero de 1965

Nota 2

Que yo conozca, existe un solo tratamiento teatral anterior del tema Servet: *La muerte en los labios*, de José Echegaray. Yo he escrito, aparte la presente obra, una biografía literaria con el título: *Flores rojas para Miguel Servet*.

Nota 3

Quisiera también, pero no en seguida (pues mi próximo trabajo lo pienso en esta línea de «tragedia compleja» sobre un tema «muy contemporáneo»: la fabricación cinematográfica de pornografía; y su título será *El banquete*) hacer una experiencia propiamente tragicómica. Consistirá, si llego a hacerla, en una trilogía de episodios nacionales: *El verdugo español* (sobre la Cuba colonial), *El monstruo marxista* (sobre la guerra española) y *El censor melancólico* (sobre la posguerra).

Vaya lo dicho como un simple proyecto.

Nota 4

En esta obra hay varios deliberados galicismos. Ruego que sean respetados.

El director de escena queda, sin embargo, en libertad de reducir el texto sobre todo en los sectores documentales, «históricos»; de acoplar personajes, etc. Hay muchas posibilidades de «doblaje» y reducción del elenco.

Personajes

FRELLON, editor
 MIGUEL, médico
 DANIEL, discípulo
 EL DOCTOR SANGUINO
 JUAN EL ANABAPTISTA
 SEBASTIÁN CASTELLION, intelectual
 UN CARCELERO
 UN VIEJO PENITENTE
 BALTASAR, impresor
 BENITO (mismo actor que DANIEL)
 EL COMISARIO DE VIENA
 y DE GINEBRA (el mismo actor)
 UN AGENTE
 MAUGIRON, alto dignatario de Viena
 EL CARDENAL TOURNON
 EL PREGONERO y UJIER
 EL EJECUTOR DE VIENA
 y VERDUGO DE GINEBRA (mismo actor)
 ROSA, hotelera
 OTRO AGENTE
 CALVINO, ministro del Señor
 CRIADO (una frase)
 PERRIN, miembro del Consejo
 EL SARGENTO
 CENTINELA 1
 FAREL, ministro del Señor
 CURIOSO 1

CURIOSO 2
 UN RAPSODA
 UN GITANO RECITADOR
 UN CANTAOR
 UN MANIFESTANTE (una frase)

Figuración

SOLDADOS NAZIS
 ANABAPTISTAS
 ENFERMOS
 OFICIALES DEL SANTO OFICIO
 ALTOS FUNCIONARIOS
 CURIOSOS
 POLICÍAS y POLICÍAS
 DOS CENTINELAS
 CUATRO ENCAPUCHADOS

La figuración puede «doblar» en la mayor parte de los casos.

LIBERALES DE LA OPOSICIÓN

X
 Y
 Z
 J
 K
 M

TABLA DE CUADROS

PRIMERA PARTE

- PRÓLOGO. En el que algunas gentes de uniforme, sin muchas explicaciones, destruyen una estatua.
- CUADRO I. Encuentro de un intelectual y un editor, y de la plática que tuvieron.
- CUADRO II. Del Dr. Miguel de Villanueva y sus extrañas opiniones.
- CUADRO III. Obra de sangre.
- CUADRO IV. «¡Viva el reparto de la riqueza! ¡Viva el bautismo de los adultos! ¡Muera la bautización de los párvulos!»
- CUADRO V. Tertulia intelectual imaginaria, y que Miguel hizo las maletas.
- CUADRO VI. La peste.
- CUADRO VII. M.S.V.
- CUADRO VIII. Proceso a la Herejía.

SEGUNDA PARTE

- CUADRO I. Camino de Ginebra y triste despedida.
- CUADRO II. En la Posada de la Rosa.
- CUADRO III. El principio del fin.
- CUADRO IV. De cómo fue recibido Miguel por la Policía ginebrina y de su herida dignidad.
- CUADRO V. Viaje a la noche en forma de monólogo con lo desconocido.

TERCERA PARTE

CUADRO I. Pasión de Miguel Servet según algunos documentos.

CUADRO II. Por el Honor de Dios, la última pena.

CUADRO III. Penúltimos diálogos y tristes expresiones.

CUADRO IV. El matadero.

EPILOGO. En el que habla Sebastián de Castellion; y con ello la tragicomedia se termina.

*Dejemos las cosas en su sitio;
no como estaban.*

ALFONSO SASTRE
La sangre y la ceniza

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

**En el que algunas gentes de uniforme,
sin muchas explicaciones, destruyen una estatua**

Un himno nazi.

SOLDADOS *ayudados de unas cuerdas, derriban una estatua de MIGUEL SERVET.*

Grandes risas que se van disolviendo, hasta quedar la risa de un hombre solo, cada vez más tenue.

Por fin, no se oye nada y la oscuridad se hace sobre la escena.

(En una pantalla se proyecta el siguiente letrero:)

La estatua era de bronce. Los ocupantes, solícitos, la fundieron para contribuir a hacer cañones y así guardar el orden público.

(Música concreta que cesa bruscamente. Luz para el Cuadro I.)

CUADRO I

**Encuentro de un intelectual y un editor,
y de la plática que tuvieron**

La librería de FRELON en Lyon. Iluminación suave y por puntos: una esfera armilar, pilas de libros y otros objetos. El viejo librero trabaja ante una mesa. Suenan golpes en la puerta, que él no parece oír. De pronto, los golpes suenan muy fuertes, y entonces lo sobresaltan. Se levanta y acude murmurando: «Ya va, ya va; coña». Abre la puerta. Al otro lado hay una figura que viste ropa negra. Es un hombre desgarbado y pálido. Cuando anda, nos daremos cuenta de que cojea y que le cuesta un gran esfuerzo caminar: contrae la cara como si sintiera un agudo dolor al moverse; renquea un poco. FRELON lo mira casi hoscamente y dice con ánimo de cerrarle la puerta:

FRELON.— ¿Qué quiere? La librería está cerrada a estas alturas de la noche.

MIGUEL.— Yo no es a la librería donde llamo. No ando a la busca de ningún libro ni cosa parecida.

FRELON.— ¿Sino entonces?

MIGUEL.— A la del mero señor Frelon, el propietario, si tiene la bondad de recibirme.

FRELON.— ¿Éstas son horas de visitas? ¿Son horas éstas de llamar en una casa? Perdone, hermano, por favor, y vuelva mañana, si lo desea, a alguna hora más amena.

(Va a cerrar la puerta, pero el otro se lo impide con el pie.)

MIGUEL.— Sepa que soy gente del oficio.

FRELLON.— *(Con la puerta medio cerrada, receloso habla por la rendija.)*

Dígame lo que quiere.

MIGUEL.— No puedo, en estas condiciones. No entrecierre la puerta, por cortesía. *(FRELLON la abre un poquito más.)* Ni la entreabra tampoco, sino ábrasela francamente a un seguro servidor.

FRELLON.— Sepa, señor, y usted disculpe, que hay muchos asaltos por las noches, y tantos robos y crímenes que anda la brigada de investigación criminal revuelta. Suelte ya su recado y márchese.

MIGUEL.— Mi recado es de hablar con alguna amplitud y es también, por lo que le decía del oficio, recado de escribir. ¿Es usted el señor Frellon en persona, o hablo con un sirviente?

FRELLON.— *(Un poco dolido.)* No, no; soy yo mismo esa persona de su interés. Así que cuente, cuente, si no puede esperar hasta mañana.

MIGUEL.— ¡Dios mío de mi alma! No lo tome a mucha exigencia por mi parte, pero me hieló aquí con lo que está cayendo en esta noche tan despejada. Hágame entrar de una vez en esa hermosa sala, junto a la lumbre, o pereceré aquí de una mala pulmonía, o afección de riñones, que ya me están doliendo de estar tanto rato en esta postura tan poco natural.

FRELLON.— Está bien, está bien: pase, tozudo de todos los diablos, y discúlpe-me, por favor, mi inadvertencia.

MIGUEL.— *(Pasando.)* Gracias. Esto ya es otra cosa.

FRELLON.— Siéntese ahí, si quiere.

MIGUEL.— ¿Cómo no? Es lo que estaba deseando. *(Lo hace.)*

FRELLON.— Yo tengo costumbre de hacerlo en esta silla. *(Lo hace frente a MIGUEL.)* Así podremos conversar más cómodamente y mirarnos las caras, que es como a mí me gusta, aunque la mía, tan envejecida por la edad y los grandísimos disgustos, no sea cosa muy grata de mirar.

MIGUEL.— Por el contrario yo la encuentro, con perdón, lozana y de buen ver.

FRELLON.— Añadiré entonces lo de amable a aquello que dije de tozudo, y conste que lo hice sin intenciones de molestar. Bueno, si le parece, haga el favor de presentarse. Perdone, pero, aun siendo como dice del oficio, no tengo el gusto de conocerle, a no ser que, si alguna vez lo conocí, lo haya olvidado; lo que no sería extraño con los achaques de la vejez, pues sepa, aquí donde me ve, que he cumplido ya los cincuenta, y son ya varios los instrumentos y los órganos que me fallan.

MIGUEL.— No se preocupe por este caso de memoria. Es la primera vez que me ve, y yo a usted lo mismo, de modo que, ¿cómo iba a recordarme? Me llamo Miguel de Villanueva y soy de España, aunque hace tiempo que dejé aquellas tierras.

FRELLON.— (*Se rasca la cabeza.*) El nombre, a decir verdad, no me es desconocido, pero tampoco lo contrario. Esto sí que es defecto de mi pobre memoria.

MIGUEL.— Esperaba que, al menos, le sonara, en beneficio de mi situación general, y de mi estómago.

FRELLON.— ¿Qué disparate dice? ¿Qué tiene que ver su estómago con mi persona? ¿No será un señor médico lo que usted busca entonces?

MIGUEL.— (*Se ríe.*) Sería insensato si me pusiera a buscar lo que yo mismo soy. (*Hace como un «aparte» de teatro antiguo al público.*) Aunque es verdad que muchos de nosotros los médicos no confiamos en nosotros mismos para nuestras propias curaciones y las de nuestros seres más queridos. (*Otra vez a FRELLON.*) Pero no se trata de eso, sino de lo que más adelante se verá si esta conversación conduce adonde debe conducir.

FRELLON.— ¿Adónde pretende llevarme? ¿Cuál es su propósito? Dígamelo de una vez, sin más rodeos.

MIGUEL.— No trato de llevarle, sino de que usted solo venga, movido por sus necesidades y también, a ser posible, por su buen corazón, a decisiones útiles para mi propio provecho y también, creo yo, para beneficio intelectual de ésta su casa.

FRELLON.— Añada algo, antes de seguir, a lo que ya me ha dicho: su nombre y sus orígenes.

MIGUEL.— Mi nombre, señor, y no vea en que se lo diga ni vanidad ni ganas de presumir por ello, anda impreso en la cubierta de algunos libros.

FRELLON.— ¡Dios mío! No hay libro publicado en este país que no haya sido mirado por estos ojos míos, y aún lo han sido también gran parte de los del extranjero; pero no recuerdo en este instante ninguna obra firmada con su nombre.

MIGUEL.— ¡Ah! Ya lo veo, que no soy, desgraciadamente, un autor muy famoso, pero alcancé buen éxito hace algún tiempo con una edición corregida y aumentada de la *Geografía* del egipciaco Tolomeo; y sepa que yo vivía entonces aquí, en esta misma ciudad de Lyon.

FRELLON.— Pero ¿cómo? ¿Es usted? Pues claro; ahora que me lo dice lo recuerdo. La imprimieron aquí en Lyon los hermanos Treschel, en el año 1535, si no me equivoco, y hasta puedo decirle que la edición se agotó en muy escaso tiempo.

MIGUEL.— Así pues, tiene buena memoria, a pesar de que sus palabras hablan de vejez y de otras tristezas corporales.

FRELLON.— ¡Le doy la bienvenida, don Miguel, aunque con imperdonable retraso! Póngase todo lo cómodo que quiera... (MIGUEL *se recuesta un poco en su asiento*) y dígame de dónde viene ahora, qué es de su vida y cuál es la razón de que lo tengamos otra vez entre nosotros.

MIGUEL.— Acabo de llegar de París y mi pensamiento, con la venia de los lyoneses, es quedarme en esta ciudad por algún tiempo.

FRELLON.— ¿Tiene ya algún trabajo?

MIGUEL.— A esto quería yo llegar, pues, hablando de trabajo, cuento tan sólo con el que usted me proporcione. Con esa esperanza le visito.

FRELLON.— ¡Dios mío! Andan mal los negocios. La Censura no nos deja vivir a nuestro gusto, y más con funcionarios como ese abate Ortiz que Dios confunda. Son muchas las obras extranjeras que están prohibidas en Francia, y en cuanto a nuevos libros tenemos los mil y un problemas, pues, aunque obtengamos el nihil óbstat y el «imprimatur» y la Biblia, luego basta cualquier denuncia de particulares para que una obra sea retirada de la circulación.

MIGUEL.— Ya lo sé, ya lo sé; y pienso que a este paso la escritura, la impresión y la venta de libros tendrán que ser actividades secretas, clandestinas. Es una vergüenza para esta patria.

FRELLON.— (*Parece súbitamente atemorizado.*) Yo no diría tanto. Me considero buen francés y también hijo devoto de la Santa Madre Iglesia, cuyo Papa nos guarde Dios muchos años. (MIGUEL, *al oír esto, ríe sarcástico, escandalosamente.* FRELLON *lo mira con iracunda desaprobación.*) ¿De qué se ríe?, vamos a ver. ¿Qué burla es ésa, y en mi propia casa? ¿Hay tales motivos en mis palabras para una risa tan singular?

MIGUEL.— (*Dejando de reír con mucho esfuerzo.*) Ay, señor. Discúlpeme esta mala risa que me acomete en ocasiones, y casi siempre en los momentos menos oportunos, sin venir para nada a cuento. Muchos disgustos me ha dado esta miserable condición de reírme sin venir a qué, a lo largo de mi aperreada vida, siempre danzando por esos pueblos, caminos

y posadas, y también en universidades y quirófanos, con graves consecuencias para mi porvenir. Ruego que me disculpe...

FRELLON.— (*Le interrumpe.*) Está bien, está bien; no se me inquiete tanto.

Pero, pensando en la otra cosa, yo me pregunto si no sería conveniente que anduviera a ver —digo para esa cuestión de su trabajo— al señor Gaspar Treschel, que, por ser su antiguo editor, tendrá, es seguro, muchísimo gusto en recibirle.

MIGUEL.— ¿Así me despide? ¿Es por enfado motivado por esta maldita risa?

Pero yo le digo que no hubo mala intención, sino un accidente, y de los más tontos y peores.

FRELLON.— Hay accidentes, señor, que pueden serle muy mortales si risas como éstas le dan delante de algún oyente de nuestra Santa Inquisición.

MIGUEL.— (*Conciliador.*) Por fortuna para mi propia seguridad en este percalce de ahora, es conocida la fama de liberal de Su Excelencia.

FRELLON.— ¿Burlas aún? Ya veo que ahora me da ese tratamiento para ablandarme. No crea que ando tan decrepito.

MIGUEL.— No es por mi seguridad político-social por lo que temo, ¡ahora que veo este gesto que pone tan severo y poco amistoso!, sino por los fueros sagrados de mi tripa, que anda medio vacía desde hace muchas horas y no se podría llenar a modo si no es con un empleo, a ser posible urgente, pues no es costumbre mía pedir dinero a las personas, a no ser, cosa que hago frecuentemente, como anticipo liberal por mis trabajos. Olvídense, pues, de mi risa, que no significaba, de verdad, cachondeo alguno para su respetabilísima persona.

FRELLON.— ¿Qué es esa fama de liberal de que usted habla? ¿Entre qué corrillos, mentideros, tertulias, se dice eso? ¿En los cafés de París, entre estudiantes; o es el profesorado? ¿Es que quieren comprometerme, o sólo que me comprometen, aún sin quererlo? Lo soy —digo que liberal—, y hasta lo soy demasiado, en el aspecto dinerario, cuestión de pago a los autores y otras cosas que me reserve, tales como anticipos, pero no en los aspectos religioso, ideológico y político.

MIGUEL.— (*Muy serio.*) No he de reírme más por mucho que insista en esa especie; sino que me parece muy bien, y aun excelente, su posición. (*Su rostro tiene un aire compungido.*)

FRELLON.— (*Ahora sonrío él a su pesar.*) Pero no se me ponga así tampoco, buen hombre, y vamos a razones; que tampoco es momento para una

melancolía tan profunda. (*Se ha levantado y hace el gesto cordial de ofrecer vino a MIGUEL.*) ¿Qué opinaría de un buen vino, para cambiar un poco la conversación?

MIGUEL.— Soy bebedor, a falta de otros vicios más importantes y que me están vedados por algunas miserias de mi propia constitución.

FRELLON.— (*Sirviendo vino.*) Por su aspecto, aparte de cierta palidez, no se vislumbra nada.

MIGUEL.— Cojeo, como ha visto, de una hernia que me impide mayores esfuerzos, entre otros, ay, los referentes a amores y mujerío en general.

FRELLON.— (*Bebe.*) Qué escena tan extraña, amigo, y qué diálogo el nuestro, que no parece de un autor moderno, y cómo nos hablamos tan amistosamente, con enfados y risas, así como si ya nos conociéramos de toda nuestra vida. ¿Qué simpatía es ésta? ¿Quién la ha puesto; pues no he sido yo, que soy muy conocido por mis malos humores? Y ya que usted ha sido tan sincero en confesarme lo que algunos varones—entre los que yo me cuento— ocultarían con cuidado, le diré que, sin haber razones para una burla en mi reciente confesión de fe y de patriotismo, ha habido, sí, alguna exageración en mi manera de expresarme.

MIGUEL.— Nada podría disgustarme tanto como que alguien me tomara por confidente, soplón, agente de policía o miembro de la Santa Inquisición que Dios confunda. No hago oficios de chivato, que son, a mi modo de ver, propios de hijos de puta.

FRELLON.— Silencio, por favor. Me asustan sus palabras; pues vivimos en una provincia y no en la capital, donde acaso sean muy frecuentes tales expresiones.

MIGUEL.— ¡Nadie nos oye, a no ser nosotros mismos!

FRELLON.— Usted no sabe nada. Aquí en provincias las paredes tienen orejas y micrófonos. Todo es agitación, persecuciones. Arden brujas que nunca jamás lo fueron. Yo soy un católico—no me confunda—, pero nada partidario de la violencia. ¿Es ésa mi fama de liberal, la que usted dice y yo no sabía tener y talmente me ha sorprendido que me he asustado?

MIGUEL.— Esa misma, y ya no se preocupe más por ello. Por su salud, maese Frellon.

FRELLON.— Yo por la suya. (*Beben.*)

MIGUEL.— También sería conveniente acompañar este vino con alguna sopa o potaje o cualquier otra cosa por insignificante que fuera, pues si no, es posible que este vinillo me caiga de mala forma en el estómago.

FRELLON.— Claro que sí, y cene, pues, conmigo y luego, mañana, a primera hora, le será dado un anticipo por sus futuros trabajos como corrector de pruebas en esta casa que desde ahora le ofrezco como suya. ¿Es de su agrado tal empleo?

MIGUEL.— Mucho, y espero desempeñarlo a su entera satisfacción. *(Alza su vaso.)* ¿Salud?

FRELLON.— Bueno, salud; y Dios que nos ampare, señor de Villanueva.

(Beben. Antes de terminar su vaso, FRELLON vacila, como si se mareara.)

MIGUEL.— ¿Qué le sucede?

FRELLON.— No es nada..., nada... No le diga nada a mi hija. En un momento se me pasa. Salud.

(Termina su vaso. Se hace el oscuro.)

CUADRO II

**Del Dr. Miguel de Villanueva
y sus extrañas opiniones**

Vuelve la luz sobre MIGUEL, que trabaja en la corrección de unas pruebas. Entra el joven DANIEL, que llama respetuosamente su atención.

DANIEL.— Señor doctor.

MIGUEL.— *(Levanta la cabeza.)* Dime, dime, Daniel.

DANIEL.— Es de la parte de Maese Frellon, que quiere hablarle. Al parecer se encuentra muy peor.

MIGUEL.— En un instante voy.

(Se levanta. Recoge sus papeles.)

DANIEL.— Acaba de llegar un médico mandado por su hija.

MIGUEL.— Vamos, vamos allá. Apágame esta luz.

(Sale de la luz y DANIEL pone una mano sobre la lámpara. Oscuro. Se hace luz sobre el lecho en el que está postrado, inmóvil, FRELLON. Un médico, el DOCTOR SANGUINO, está prescribiendo a FRELLON el tratamiento.)

DOCTOR.— Trataremos, maese Frellon, de recuperar tantos tiempos perdidos, haciendo lo que debió hacerse hace una semana, en cuanto sintiera los primeros síntomas. Le practicaremos, pues, una sangría curiosa y ojalá que con ella hayamos llegado a tiempo de salvarle.

(Entra en la zona de luz MIGUEL, acompañado del joven DANIEL, y quedan observando la escena.)

FRELLON.— Es la primera vez en mi larguísima vida que me pongo en manos de doctores, y no es que me he puesto yo, sino que me ponen, pues mi hija anda muy preocupada de verme así sin ánimos y que ni un libro me apetece mirar.

DOCTOR.— Expulsaremos el mal del modo que le digo.

FRELLON.— ¿Será muy dolorosa esa operación de quitarme las sangres?

DOCTOR.— No más de lo inevitable, pero a lo mejor siente también algún mareillo o desvanecimiento.

FRELLON.— Lo malo no sería ya sentir, digo yo, sino no sentir nada luego; o sea, no recuperarse del desvanecimiento —que significaría, dicho en plata, no volver a la vida—; y yo no me hallo en esa disposición.

DOCTOR.— La vena fluye y de ese flujo y liberación se recuperan la holgura interior y la salud.

FRELLON.— ¿Y qué ha de hacerse, si no es mucho preguntar, con esos sobrantes de mi sangre?

DOCTOR.— No se han de aprovechar en nada, pues, primero, el nuestro no es oficio de vampiros, y, segundo, son malas sangres, corrompidas y sucias, esas que proceden de cuerpo enfermo. De la palangana irán a la basura a no ser que usted desee enterrarlas religiosamente como que forman parte de su cuerpo que es el templo del Espíritu Santo. Yo no sé aconsejar de esas cuestiones, aun siendo buen católico, pues soy —como se ve— más que nada un técnico y no me meto en nada fuera de lo mío. Así pues, voy a ir preparando el instrumental con su permiso.

(Pero MIGUEL se ha adelantado y le saluda.)

MIGUEL.— Buenos días, doctor. Soy gente de la casa.

DOCTOR.— Tanto gusto.

MIGUEL.— El gusto es mío, pero también tengo algunas opiniones sobre el caso; y la primera es que la vida de aquí, del jefe, no corre por el momento ningún serio peligro, sino que lo correría, y muy grave, si le restáramos alguna cantidad del principio vital que constituye la esencia misma de su sangre. Lo suyo es una fatiga que viene del exceso de su trabajo

y lo que necesita, a mi modo de ver, es unos días de mucho reposo y buenos alimentos, acompañados de un jarabe dulce que yo mismo le prescribí y que está dando, por cierto, muy buenos resultados.

DOCTOR.— ¿Quién es usted? Pues no quisiera, con perdón, discutir con algún profano en la materia; aunque ya veo que se expresa en términos que parecen profesionales.

MIGUEL.— Trabajo aquí en calidad de corrector de pruebas.

DOCTOR.— Entonces es muy grande su audacia al opinar, y podría ser denunciado por intrusismo a las autoridades.

MIGUEL.— Yo también lo soy en lo que cabe, pues fui titulado en Medicina por la Sorbona, aunque en estos mismos momentos no ejerza la profesión, pues me dedico más a investigaciones anatómicas, aunque ya sabe lo escasos y difíciles que andan los cadáveres, no por falta de muertes, que se fabrican muchas en las guerras, aparte las naturales, sino por no haber autorización eclesiástica para rajar el templo del espíritu con el bisturí; pues ya sabe que si se hace con la espada es muy diferente cosa y aun se bendice.

»Para terminar mi presentación le diré que en París he trabajado con el maestro Winterius y también con el profesor Sylvius, y que he tenido como camaradas de estudios a gentes muy notables, como el Andrés Vesalio, que algún día será famoso pues es muy grande su capacidad y anda preparando una magna descripción de la fábrica del cuerpo humano, que va a dar mucho que decir.

DOCTOR.— Bueno, bueno. Si usted, joven, es tan estudioso, yo en cambio tengo la práctica de muchos años de ver y tratar enfermos en esta ciudad; y le supongo informado de que Maese Frellon ha empeorado esta noche muy peligrosamente, a pesar de sus dulcísimos jarabes, que me parecen cosa rara y revolucionaria pues las medicinas han de ser, en mi opinión y en la de la mayoría de los profesionales, cosa amarga y revulsiva para que sea eficaz y cure los cuerpos castigados, mediante benéficas náuseas y convulsiones.

MIGUEL.— No está peor este paciente —a pesar de las alarmas explicables de la familia—, sino que eso que usted dice ha sido la crisis curativa y desde ahora hemos de verlo renacer con la mayor seguridad. Por lo demás, los cuerpos no son castigados, como usted ha dicho, con las enfermedades; y ése es un concepto muy erróneo trasladado, sin pensar, de la teología, y

que parece suponer que el enfermo es culpable de algo que ignora, y que Dios Nuestro Señor le manda la enfermedad como castigo. Todavía pensamos que el enfermo tiene demonios en su interior y que hay que expulsarlos del modo más cruento. Los locos son flagelados y llevados a oscurísimas prisiones y mazmorras, y se cometen así muchas canalladas y humillaciones, aparte de los crímenes que matan, mediante sangrías y dietas, a los enfermos, debilitándolos hasta la muerte. Sepa, señor, que las sangrías sólo han de indicarse en casos de mucho exceso de sangres, y escuche este precepto: la Medicina ha de ser dulce.

DOCTOR.— *(Se dirige a FRELON.)* Acabamos de escuchar, maese Frelon, infinidad de desatinos. A usted le toca elegir el facultativo de su gusto.

FRELON.— Yo esperarí, a la vista de estas razones y de las tuyas, un poco más, antes de someter mi cuerpo a tratamiento tan enérgico como el que usted me proponía, de abrirme una incisión y marearme —que ya lo estoy, y hasta se me va la cabeza.

DOCTOR.— Es su vida la que se juega y no la mía. Es usted muy dueño de hacer lo que le salga. Quédese, pues, ahí con esta ayuda que parece preferir a la mía y no trate de llamarme, pues ando muy ocupado y sólo trato a enfermos que reconocen mi autoridad. Que Dios le ampare, hermano, y no me vengan luego con lamentaciones, que me parecerían, con perdón, palabras necias, y que escucharía con los oídos más sordos que los de mi abuela.

(Sale. MIGUEL se inclina sobre FRELON y le toma la mano.)

MIGUEL.— ¿Cómo se encuentra ahora, después de tanta charla como ha tenido que escuchar?

FRELON.— Algo mejor, parece, después de sus palabras; pero no las tengo todas conmigo, sinceramente. Me duele mucho aquí, en esta parte del estómago. También siento defectos en la vista y una puntada en la rabadilla, aparte de cierto dolor de muelas. Soy una ruina y estoy triste.

MIGUEL.— Es todo de lo mismo. Descanse ahora. *(Se sienta a su cabecera.)* Me pasaré el día trabajando aquí, a su vera, y así no tendremos sorpresa que lamentar, como la llegada de ese médico que era lo peor que le podía ocurrir a usted; más grave percance que la más maligna enfermedad de

todas las existentes y posibles. (*Abre una cartera de papeles.*) Mire en lo que ando, pero conste que lo hago fuera de las horas y no en perjuicio del trabajo de la imprenta. Voy describiendo con detalle, en este trabajo que le digo, la circulación de nuestra sangre en el interior de nuestros cuerpos. (*Lee.*) «Fit autem communicatio haec non per parietem cordis medium ut vulgo creditur, sed magno artificio a dextro cordis ventriculo, longo per pulmones ductu, agitur sanguis subtilis; a pulmonibus praeparatur, flavus efficitur: et a vena arteriosa in arteriam venosam transfunditur». (*Levanta la vista y mira a FRELLON, que ha cerrado los ojos. MIGUEL sonríe.*) Claro... No podía fallar este remedio... La lectura somn fera...

(Se inclina sobre sus papeles y sigue trabajando. Oscuro. Música concreta.)

CUADRO III

Obra de sangre

Se ilumina confusamente algo que puede ser –y lo es– una horca. Algunas figuras encapuchadas están descolgando un cuerpo mutilado y con los ojos vacíos: lleva una máscara de horror, que se hace muy visible por la atención de la luz sobre ella. Oscuro. Percusión.

Cesa la música concreta al hacerse la luz –una luz tenebrosa, vacilante– sobre una plataforma en la que, desnudo, yace el cadáver. MIGUEL hace cortes en su tórax ante DANIEL, otros discípulos y el público de la sala, y les explica.

MIGUEL.– Este que veis aquí es el ventrículo izquierdo del corazón, y la sangre que riega nuestro cuerpo –la sangre arterial– procede de él. Mucho intervienen los pulmones en la formación de la sustancia de esta sangre nueva, la cual es un elemento tenue, calorífico y de color rojo claro, que se origina por la mezcla en los pulmones del aire que se inspira en la respiración y de la sangre elaborada que el ventrículo derecho transmite al izquierdo.

DANIEL.– Usted dice, maestro, que la sangre pasa del uno al otro ventrículo; y yo le quiero preguntar cómo se produce esta transmisión de sangre desde el ventrículo derecho hasta el izquierdo. ¿Es a través de este tabique que usted llama interventricular?

MIGUEL.– Vean, vean –y lo tienen aquí bien al descubierto– que el tabique interventricular no está perforado, por mucho que lo crean algunos porque lo dijieran en otros tiempos grandes maestros como Aristóteles y el doctor Galeno, y sea esto admitido como otras tantas verdades oficiales que nadie se atreve a discutir..., sino que la comunicación se realiza por este magno dispositivo que va desde el ventrículo derecho al izquierdo por este

largo conducto que recorre los pulmones y por el cual circula la sangre sutil que es preparada por ellos, en los que toma su color, y pasa de la arteria pulmonar –que es ésta– a la vena pulmonar.

»La sangre se mezcla en esta vena pulmonar con el aire inspirado y se libra de impurezas mediante la espiración. Finalmente, una vez mezclada, es atraída por el ventrículo izquierdo mediante el mecanismo adecuado de la diástole y se hace sangre arterial.

DANIEL.– ¿Existe, doctor, alguna demostración de esto?

MIGUEL.– Sí que existe. La demostración la tenemos en las múltiples conjunciones y comunicaciones que hay entre la vena pulmonar y la arteria pulmonar en los pulmones. Lo confirma así mismo el gran tamaño –que pueden apreciar en esta observación– de la arteria pulmonar, y también el hecho de que en el feto están cerradas, hasta el mismo momento de nacer y respirar, las válvulas cardíacas. En el ventrículo izquierdo no hay, desde luego, espacio para tanta y copiosa mezcla, y la pared media del corazón se encuentra desprovista de vasos y de propiedades adecuadas para realizar esta comunicación y esta elaboración, aunque alguna exudación sí que pudiera producirse.

»El paso de la sangre en los pulmones desde la arteria a la vena pulmonar es análogo al que se produce en el hígado entre la vena porta y la vena cava; pero en el caso del corazón, la sangre –esta sangre arterial– pasa luego desde el ventrículo izquierdo a las arterias de todo el cuerpo, de modo que... *(De pronto, calla. Se oye en la calle un ruido acompasado de botas militares. Escuchan inmóviles y, lejanamente, el himno nazi del prólogo.)* ¿Qué es eso, Daniel? ¿Escuchas?

DANIEL.– Es la ronda, que pasa. No creo que busquen aún el cuerpo del ajusticiado, cuya alma Dios tenga en su gloria.

MIGUEL.– De todos modos, apaguen las luces por si acaso. A medianoche seguiremos y antes de amanecer sacaremos los restos en los cubos, y se enterrarán con todo respeto, pues ante la muerte todos somos lo mismo, los criminales y los santos, los que mueren por su propia respiración y los que son obligados a morir con la mortal corbata, como esta pobrísima criatura.

(Van apagando los fuegos hasta que llega a hacerse el oscuro total. Música concreta, con una sirena penetrante que parece anunciar un bombardeo aéreo o la entrada de los obreros en una fábrica.)

CUADRO IV

**«¡Viva el reparto de las riquezas!
¡Viva el bautismo de los adultos!
¡Muera la bautización de los párvulos!»**

Luz sobre la figura de MIGUEL, envuelto en una vestidura blanca, a modo de sábana de baño. Debajo lleva un bañador listado. Tiene los cabellos mojados y se enjuga el rostro con una toalla. El pastor lo bendice en compañía de otros fieles. He aquí su plática.

JUAN EL ANABAPTISTA.— Voz de un hombre que clama en el desierto: Acabas de ser bautizado, por inmersión completa y libre decisión de tu soberana voluntad con el permiso de Dios Nuestro Señor. Entrás en una comunidad que vive en el secreto.

MIGUEL.— *(Está tiritando.)* Tengo frío.

JUAN.— Aguanta un poco, hermano, hasta el final de nuestra plática. Luego podrás calentarte a la lumbre y tomar un refrigerio.

MIGUEL.— Me disculpo modestamente. Siga, hermano.

JUAN.— La Policía Política y las Brigadas Religiosas, así como las Asociaciones de Buenas Costumbres y los Comités de Salvación Pública Flor de Eternidad, Defensa Romana, Lucha por la Pureza Dogmática y otras, bajo el patrocinio del Santo Oficio —que no lo es, sino diabólico, y triste, y oficio de tinieblas—, rastrean sin cesar la existencia de hermanos nuestros, que son sometidos en los sótanos de la Organización Provincial de Seguridad a bárbaras e inhumanas torturas, con lo que se trata de desarticular por el terror nuestras organizaciones. Ésta es la comunidad en la que has entrado. *(MIGUEL está tiritando.)* ¿Qué te sucede? Estás temblando. ¿Sientes acaso temor de lo que acabas de escuchar?

MIGUEL.— Tengo frío. Mi cuerpo no es muy resistente, aunque no es ánimo lo que me falta. Siga, siga.

JUAN.— (*Lo observa comprensivo.*) Haga después un poco de ejercicio. Acaso unas flexiones.

MIGUEL.— No podré eso, por el asunto de mi hernia; pero ya entraré de algún modo en calor; no se preocupe, hermano. Siga, siga; y acabe lo antes posible sin acortar por eso el discurso de sus límites convenientes.

JUAN.— Lo puedo terminar ya aquí, si no resiste.

MIGUEL.— Sí que resisto; sólo que a lo mejor podría resistir mejor vestido con toda mi ropa, y, bueno, creo que no me sobraría tampoco una bufanda, si es que tienen alguna a mano por ahí. (*Estornuda.*) Ay, hermano, ya cogí el catarro que me temía; pero no se preocupe por tan poca cosa.

JUAN.— ¡Dios mío! Vístase, vístase, en el nombre de Dios Nuestro Señor. No prolonguemos más este suplicio; que hace una tarde muy mala, con la manta de hielo que está cayendo, impropia de la estación.

(Le preparan un biombo para cambiarse y acertamos a ver que lleva ese bañador listado, de los que usaban a principios de este siglo. JUAN, mientras MIGUEL se cambia, sigue su plática mirando al público.)

Se nos persigue, ¡oh Miguel!, por mor de la teología, pero más que nada lo hacen por nuestra predicación del Comunismo Libertario. ¡Los ricos y los Príncipes ven en nosotros pecadores, la imagen espantosa del Anticristo! ¡El reparto de la riqueza: ésa es, para ellos, la figura del Anticristo; y defienden su maligna idea con la fuerza de la opresión! Dicen que no somos hombres religiosos, sino políticos. ¡Claro! ¡Como que nosotros queremos construir una nueva ciudad sobre las ruinas de Babilonia! Así tratamos de hacerlo hace unos años, en el 34, en Múnster, y fuimos sitiados, como se sabe, y sometidos a lúgubre matanza. Aquel obispo Von Waldeck, hijo de Satanás, dirigió las operaciones contra nosotros. El compañero Jan Matthys, de nuestra Ejecutiva, cayó en una salida heroica que se hizo contra el asedio. Cuando Múnster cayó, lo peor no fue los fusilamientos en masa, sino los detalles macabros, la tortura eléctrica, la caza del hombre como festejo, y las mil maravillas del terror blanco. A Juan de Leyden nos le arrancaron las carnes a pedazos con tenazas al

rojo vivo y él, en las agonías de la muerte, chillaba: «¡Viva el reparto de las riquezas! ¡Viva el bautismo de los adultos! ¡Muera la bautización de los párvulos!». Nosotros, Miguel de Villanueva, te recibimos hoy en nuestra comunidad

(Sale MIGUEL, ya vestido, abrochándose la bragueta.)

... a no ser que en este último momento, a la vista de tanto daño, te arrepientas.

MIGUEL.— *(Ha terminado de abrocharse.)* Considero justa vuestra predicación. Dios nos ampare.

JUAN.— Bravo. ¿Ingresas, pues, en nuestro templo?

MIGUEL.— Ingreso.

JUAN.— ¿Prometes guardar secreto?

MIGUEL.— Prometo.

JUAN.— ¿Propagar nuestras ideas de salvación?

MIGUEL.— Propago. Quiero decir, prometo.

JUAN.— ¿Resistir la tortura?

MIGUEL.— Así lo haré, si llega el caso, con la ayuda de Dios, si es que me asiste en ese trance que ojalá, hablando sinceramente, no llegue a suceder jamás ni por asomo.

JUAN.— Amén. Arrodíllate. *(MIGUEL lo hace.)* Quedas bautizado en la verdad, en nombre del Señor.

(Suena un canto religioso –acaso gregoriano– y todos los fieles se arrodillan. También MIGUEL.)

Tu nombre será Eloy entre nosotros. Quedas encuadrado en la organización de esta ciudad de Charlier. Tomarás pretexto de tus visitas médicas para establecer contacto con el comité de la zona en la forma que se te indicará oportunamente. Eloy.

MIGUEL.—¿Qué, hermano?

JUAN.— Así me gusta. No te olvides de tu nombre y tampoco de tu reciente compromiso. ¡Oremus! ¡Oremus! Padre nuestro...

(Rezan todos en un devoto silencio. De pronto se oyen silbatos policíacos y fuertes golpes. Alguna puerta se

derrumba. Nadie se mueve, paralizados por el terror; JUAN grita palidísimo.)

JUAN.— ¡Vienen por nosotros! ¡Ha habido alguna confidencia! ¿Quién ha sido el hijo de mala madre? ¡Que nadie ofrezca resistencia! Es el único modo de salvarnos; quietos, carajo.

(Irrumpen en escena los SOLDADOS con uniformes convencionales o «nazis». Golpean con las culatas a los hombres. Nadie se resiste. Hay un absoluto silencio mientras los hombres caen, sin un lamento, sin una resistencia, como inertes figuras de trapo. Otros son arrestados; entre ellos, a una orden dada por un oficial, es detenido MIGUEL. Todo en absoluto silencio –incluso la orden–, pues el oficial abre la boca y hace el gesto enérgico, pero no se oye nada. Es como un film al que se le hubiera estropeado, de pronto, la banda sonora. Oscuro.)

CUADRO V

**Tertulia intelectual imaginaria y
que Miguel hizo las maletas**

Una celda. MIGUEL está atado y tendido en el suelo. Poca luz sobre su figura y otro punto: una puerta que se abre y deja paso a un hombre que le llama en voz baja.

SEBASTIÁN.— Miguel, señor Miguel. Eh, despierte, doctor.

MIGUEL.— (*Adormilado aún, abre medio ojo y dice con irritación.*) Sólo al diablo, Dios me perdone, se le ocurre despertar a un hombre de bien en un momento como éste.

SEBASTIÁN.— Vamos, déjese de cosas y despiértese de una condenada vez, que las legañas no le dejan mirar y es seguro que ni pensar puede con tanto sueño. Haga un esfuerzo lo más grande posible y trate de escucharme.

MIGUEL.— (*Lo mira con los ojos semicerrados.*) Estaba soñando en estos mismos momentos, cuando me han despertado sus ásperas voces; y el sueño era que vivía en otro mundo. Figúrese mi gran disgusto por este despertar.

SEBASTIÁN.— ¡Cómo se podrá dormir en situaciones como ésta! Ha tenido la soga al cuello, y aún no sabe que acaba de librarse de tan malísimo final. Precisamente soy yo quien le trae la feliz noticia de su libertad o, por mejor decir, de su reingreso al mundo, donde tampoco las libertades son enormes.

MIGUEL.— ¿Quién es usted, amigo? ¿Carcelero, letrado, benefactor de la humanidad o alguacilillo?

SEBASTIÁN.— (*Ríe.*) Soy del gremio de usted, doctor en letras y amigo de don Juan Frellon, que le manda conmigo sus saludos y enhorabuenas. Él ha

podido conseguir, con influencias, liberarlo de la corbata de cáñamo o de ser asado como los otros supervivientes lo serán, pues algunos allí mismo, a culatazos perecieron.

MIGUEL.— Yo no quiero ser excluido si los camaradas corren esa maldita suerte.

SEBASTIÁN.— Ese escrúpulo no liberaría de la muerte a los otros. Viva y déjese de morir inútilmente, que ya se le presentarán mejores ocasiones si sigue en actividades como ésta que ha estado a punto de costarle la vida.

MIGUEL.— He de pensarlo.

SEBASTIÁN.— Pero véngase a casa de Frellon por el momento, pues él nos espera y ya entregué al alcaide la orden de su libertad. Y sepa que se ha dicho —acompañando el dicho de algunas influencias y ciertos dineros— que sus servicios de médico habían sido reclamados en aquella casa donde se celebraba, sin que usted lo supiera, una reunión ilegal de anabaptistas sujetos a las disposiciones sobre bandidaje y terrorismo.

MIGUEL.— Yo fui rebautizado en esa terrorífica reunión, y si no lo digo a voces es por guardar las reglas del secreto —que sólo violo ante usted por parecerme persona de entera confianza.

SEBASTIÁN.— Claro, claro. Sígame, pues, que es de lo que se trataba, aunque yo no supiera esas razones, y sigamos hablando fuera de este carabanchel tan inhóspito y maloliente y, por lo que siento, (*Se rasca algunas partes del cuerpo.*) no desprovisto de piojos y otras tristes miserias.

MIGUEL.— A mí también me pica —¡y figúrese cuánto, después de los ocho días que vivo aquí forzadamente!—, con la desgracia suplementaria de que no me puedo rascar por tener las manos esposadas con estos anti-páticos hierros.

SEBASTIÁN.— Tiene mucha razón en esa queja, y por ahí debíamos haber empezado. Le ruego me disculpe. (*Da voces.*) ¡Carcelero! ¡Eh, venga, carcelero! (*Da palmas.*)

VOZ DEL CARCELERO.— ¡Ya voy! ¡Ya voy!

(Golpes de un chuzo en el suelo anuncian la llegada de un enano macrocéfalo que, por fin, entra con un manajo de llaves.)

CARCELERO.— A la orden.

SEBASTIÁN.— No son mías las que le traigo, agente, sino la firmada por la autoridad competente en estas materias de prisión y que entregué al alcaide hace un momento.

CARCELERO.— (*Buscando en el manojo.*) Con tal de que encuentre ahora la llave. A ver si es ésta. (*Prueba una y no es.*) Ah, no, que me he equivocado; es la del 15. Ésta debe de ser, con un poco de suerte. (*Prueba y tampoco.*) Qué tontísimo soy. Pues ¡no voy y meto la del 17 bis! Usted disculpe, caballero. A pesar del regular tamaño de mi cabeza, no ando muy bien últimamente de entendimiento y de memoria. Antes se manejaba este llavero como Dios —es un decir—, pues figúrense que me he pasado toda la vida aquí dentro y en este mismo oficio, que es por lo que estoy tan blanco, pues hace siglos que no veo la luz del sol. (*Con alegría súbita porque ha acertado a abrir las esposas.*) ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Ya está! ¡Es usted libre! ¡Es usted libre!

(SEBASTIÁN *hace esfuerzos por no echarse a reír.*)

MIGUEL.— (*Risueño, se estira voluptuosamente.*) Gracias..., gracias..., graaaaciaaaaas... (*Bosteza y va haciéndose el oscuro, para irse iluminando la siguiente escena en la casa que conocimos de FRELLON. MIGUEL y SEBASTIÁN rien. Están ante unos vasos y una jarra de vino.*) Creí morirme de risa con el enano macrocéfalo —ja, ja, ja—, y no por su malformación, que Dios me libre, sino por sus rarísimas maneras.

SEBASTIÁN.— Yo hice todo lo que pude por no soltar el trapo, dado lo grave de las circunstancias.

MIGUEL.— (*Mira a SEBASTIÁN con enorme simpatía, con acento grave, sereno, reposado.*) No sabe cuánto honor ha sido para mí conocer así, tan familiarmente, a Sebastián de Castellion —¿cómo no se me presentó con su nombre desde el principio y así se hubiera ahorrado aquellas mis primeras impertinencias?—. Y más honor hay aún en haberle conocido cuando cumplía una misión tan beneficiosa para mí mismo, tan a punto como estaba de encontrarme bailando la danza macabra en un patíbulo; y seguramente que usted ha hecho lo que ha hecho sin ser, como un servidor, anabaptista.

SEBASTIÁN.— No, yo no soy, en verdad, ni eso ni lo otro; sólo un cristiano —y también un cristiano solo; perdóneme el juego de palabras—, y más que otra cosa, partidario de la tolerancia entre las gentes y amante del diálogo.

MIGUEL.— No es tesis muy extendida ésta de querer el diálogo que usted dice.

SEBASTIÁN.— Es al contrario justamente. El mundo vive en medio de terrores y también hay atroces miserias por todas partes; pero apenas se abre una boca con intenciones de decirlo, ya surgen bosques de espadas para impedir que suenen nuestras voces. Malos tiempos —y muy malas costumbres.

MIGUEL.— No parece posible, en estas condiciones, ese moderado y tolerante diálogo que usted propone a un mundo dividido.

SEBASTIÁN.— Pero sólo el diálogo podría modificar tan espantables condiciones; tal es mi pensamiento que algunos llaman liberal.

MIGUEL.— El círculo es vicioso —y no porque haya en él vicio moral, sino al contrario— y puede verse en su centro esa grave contradicción que hace tan difícil, a mi modo de ver, nuestra modesta condición de intelectuales en tan revuelto mundo. Yo soy más partidario de hacer, si llega el caso, alguna violencia a los violentos y hasta quizás —y en ello sí pueden advertir los moralistas graves vicios morales— alguna injusticia a los injustos; tal es mi pensamiento que algunos llaman anarquista o libertario; y yo no me avergüenzo.

SEBASTIÁN.— No es oficio intelectual, en mi opinión, asaltar los patíbulos por la fuerza —que son un tanto escasas; imagínese un batallón de poetas, autores de teatro, filósofos y otras gentes de letras el poco juego que daría; y qué general de Estado Mayor más poco eficaz haría el buen maestro don Erasmo—, sino más bien exponer el poco fundamento ético de esos castigos tan brutales por cuestiones de pensamiento y cómo hay en ello una verdadera negación del cristianismo, a no ser que Cristo se hubiera vuelto con los tiempos tan salvaje y contrario de sí mismo; cosa imposible de creer.

MIGUEL.— Pero ¿cómo exponer tal cosa sin existir la libertad de imprenta?

SEBASTIÁN.— Ese que usted dice es el verdadero y principal problema; y nada fácil de resolver por cierto. Se trataría, por ejemplo, de publicar clandestinamente un manifiesto contra la tortura; y yo mismo lo intenté hacer, no a título personal, que nada valgo, sino con otros, cuando hace unos meses se iba a quemar aquí en Lyon a un grupo de estudiantes evangélicos; pero tuve muy poca fortuna y hubo de todo en las respuestas que me dieron los compañeros, que comprendieron, sin embargo, en su mayor parte, la muy grande justicia de lo que habría que pedir; vea varios ejemplos: que no serviría de nada, a la par que nos comprometíamos

innecesariamente; que se aprovecharían de ello las organizaciones secretas de la Reforma en Francia; que estas cosas sólo se hacían para buscarse unos cuantos la notoriedad que no conseguían ellos por el ejercicio puro de su profesión intelectual; que ése era sólo un modo de calmar la mala conciencia sin hacer, por otra parte, nada; y que habrá que hacer algo mucho más serio y radical, pero que no se les ocurría qué; que el borrador que yo llevaba carecía de belleza de estilo y que sería preciso pensarlo detenidamente –¡y ya faltaban en aquellos momentos muy pocas horas para que aquellos estudiantes fueran ejecutados «sin efusión de sangre»!– ¡Triunfaba la intolerancia! ¡Ascendía el terror! ¿Usted comprende, Miguel? (*Con sorda declamación.*) Y se encendieron las hogueras, y con su tenebrosa luz cayó sobre nosotros la ignominia por si había poco con las supersticiones, la magia negra y las calamidades de toda especie que forman parte de nuestra pobre vida. Yo he decidido marchar de aquí y no sé por fin en dónde pararé –pues desde luego ya no me considero parroquiano de la Iglesia romana–, dicho sea con el mayor sigilo y toda confianza, de compañero a compañero.

MIGUEL.– ¿Y adónde ir con ese desconsuelo y tan nobles ideas? Yo no le aconsejaría París, aunque sea buena tentación, para ese respiro que usted busca, pues allí la situación ahora es de las más delicadas, y ya viene siéndolo desde hace muchos años cuando, en el 33, el rector don Nicolás Cop pronunció aquel discurso inaugural del curso y comenzó el escándalo y hubo las detenciones y las huidas al exilio de varios intelectuales de alguna consideración, y pasquines simpatizantes con la Reforma, y lo que con ello se siguió. Por aquellas fechas conocí y traté un algo al joven Juan Calvino, que al poco salió huyendo de la quema, y ahora anda de pastor en la ciudad de Ginebra –con el Farel, creo: un terrorista barbirrojo, y algunos otros celosos apóstoles de los nuevos terrores y herejías, que Dios confunda.

SEBASTIÁN.– No le gusta Calvino, a lo que veo; y parecería, por la violencia de sus palabras, que a lo ideológico se uniera alguna emoción muy personal.

MIGUEL.– He dicho en otra parte: «Perdat Dominus omnes Ecclesiae Thyranos». ¡Que el Señor confunda a todos los tiranos de la Iglesia! En eso estriba mi emoción personal, y en que lo veo como es: un tirano pálido que trata de imponer por el terror una teocracia de hierro; ¡paternalismo sanguinario el suyo, que detesto con todas las fuerzas de mi alma! ¡Aberración abominable!

(MIGUEL habla ahora con encendida pasión: hay, en estos momentos, una cierta inflexión en el estilo de la obra. Algo como un cambio que fuera introducido por la pasión de MIGUEL, la cual, sin embargo, puede entenderse bajo la especie irónica de «cada loco con su tema».)

Pero, además, es que su pensamiento teológico cae en burdos y muy detestables errores o, por mejor expresarme, suscribe los antiguos..., como ese... tan nefasto... que ningún ser humano puede... sin horror...

(Vacila como si no supiera o no pudiera continuar; pero ahora hay algo febril en sus ojos que a SEBASTIÁN le hace inclinarse con comprensiva curiosidad hacia él y preguntarle.)

SEBASTIÁN.— Por favor, ¿qué iba a decir? ¿Por qué se corta? Siga, si no existe un inconveniente serio que se lo impida.

MIGUEL.— *(Baja los ojos.)* Apenas me atrevo a hablar de ello. Es... *(Con un ligero temblor.)* Estaba a punto de hablar de un monstruo tricéfalo. Es algo demasiado horrible y no parece un tema grato para una amigable conversación.

SEBASTIÁN.— Dudo a qué pueda referirse y no quisiera hacerle fuerzas para tratar cualquier tema por más que a mí me interese, si lo más de su agrado de usted es el silencio.

MIGUEL.— Más me hubiera valido callar en muchas ocasiones y nunca lo hice. Mire, pues, que se trata... *(Parece recuperar por un momento el tono propio de una pasión normalizada y sigue.)* de un error que fue consagrado muy arbitrariamente en el inmundo concilio de Nicea; pero lo más malo del caso no es eso sino que tales sedicentes reformadores, al menos en su mayor parte, también lo aceptan como un artículo de su propia fe; y a lo que íbamos, ese Juan Calvino, que es pájaro siniestro y más que teólogo un jurista, y algunas cosas más que yo me callo y son referentes a su madre, está deslumbrado por ese perro de tres cabezas.

SEBASTIÁN.— ¡Un perro de tres cabezas! He oído en alguna parte esa expresión, y no sin algún terror, por su carácter un tanto desmesurado o, más precisamente, teratológico.

MIGUEL.— Es sólo un modo de imaginar un concepto arbitrario que sólo encierra en su seno la mentira y que es —yo opino con mis escasas luces— la horrenda expresión de un vacío teológico que algunos ignorantes, revestidos de una autoridad muy discutible, tratan de colmar con los monstruos de una imaginación enferma..., creadora de especies monstruosas..., seres truncados..., como abortos..., imágenes amarillas..., espectrales..., nacidas en el fango de la calentura..., entre sudores de muerte. Trato de explicarle en qué consiste ese delirio teológico..., esa figura que seguramente surgió en el peor momento de una terrible pesadilla.

SEBASTIÁN.— Está hablando de Dios y con palabras muy hirientes.

MIGUEL.— ¿De Dios? ¿Qué dice? ¡No, nada de Dios!

(Un pequeño silencio, como si no se atreviera a continuar. Por fin, dice con mucho esfuerzo:)

Hablo de una espantable ficción que llaman la Santa Trinidad, con la que, precisamente, algunos tratan de llenar, como ahora le decía, el vacío de Dios.

SEBASTIÁN.— ¿Hasta tal punto le angustia ese problema, ese... Misterio? Pues más que una tesis, lo suyo parece —diríamos— una... virulenta posición personal ante la definición trinitaria.

MIGUEL.— *(Parece que renuncia a seguir. Trata de resumir brevemente su posición.)* Odio esa figura por ser contraria a toda dignidad. Eso es todo. Por lo demás he de decirle que yo no soy un teólogo..., *(No mira a los ojos de SEBASTIÁN; está nervioso.)* sino un médico, y menos aún ahora, pues me ocupo, más que nada, de corrección de pruebas, aunque a la par esté preparando una gramática castellana; y que, hablando de teología, empleo más que otra cosa mi sentimiento; y que, en fin, no me encuentro con fuerzas para un debate con usted, pues ya veo —por su forma de escucharme antes y luego por el sonido y la forma de sus palabras— que usted no parece participar de esta opinión mía que pudieran llamar antitrinitaria y no lo es, pues yo no pienso contra nadie ni nada, sino a favor de la verdad.

SEBASTIÁN.— *(Sonríe.)* Ya veo que el teólogo se esconde medrosamente —¿o hábilmente?— detrás de su gran fama de médico, graduado en París. ¿Por qué esa reticencia? ¿No estamos entre amigos? ¿Hemos de dejar

al miedo que penetre también en lo íntimo de nuestra tertulia? Aparte la *Gramática*, ¿no prepara también ahora, así lo ha dicho Frellon, una edición de la *Suma teológica* del Aquinense?

(MIGUEL *está en tensión, encerrado ahora en un penoso mutismo.*)

Usted acaba de manifestar, en fin, que encuentra algo erróneo –e incluso peor; algo, a su parecer, casi repugnante– en determinado concepto: Dios trino y uno... ¿Es eso lo que le parece un error? ¿La distinción real de las tres Personas?

MIGUEL.– No he llegado a expresarme en tan..., en tan «profesionales» términos. Déjeme, pues, amigo Sebastián, en mi modesto oficio de curandero o matasanos, como algunos nos llaman. Ha sido, créame, una loca imprudencia por mi parte meterme así, sin más ni más, en un terreno tan vedado, y que es precisamente el suyo propio, de usted, como estudioso de la Biblia y notable teólogo, que por tal se le tiene y en mi opinión con la mayor justicia.

SEBASTIÁN.– No le insisto, pero tampoco estoy por callar del todo, y sepa, si no lo sabe, y tanto me extraña que lo creo y no lo creo, que sus ideas no son cosa muy nueva; y que hasta están escritas y publicadas con muy parecidas palabras en un libro que armó su gran escándalo hace algún tiempo. Yo le procuraría un ejemplar si lo tuviera, pero fue públicamente quemado y es de lo más difícil de encontrar; y si alguien lo tiene no se atreve a decirlo por lo que pudiera suceder. Se titula *De Trinitatis Erroribus* y es su autor –que al poco desapareció y no se sabe si ha muerto– un compatriota de usted, de nombre Miguel Servet y nacido en Tudela, de Navarra, según creo, y cuya vida en Suiza y Alemania fue de lo más tumultuosa hasta que, de pronto, desapareció como tragado por la tierra, y es lo mejor que pudo hacer tal como se le presentaba el porvenir de negras asechanzas y peligros.

MIGUEL.– Yo conozco esa obra –y otra segunda, los *Diálogos*–, y opino más o menos como ellas, y no, claro, porque el hombre sea español como yo mismo, sino por la claridad de sus ideas –que aunque el autor fuera tártaro me parecerían muy en lo suyo.

SEBASTIÁN.— No digo yo que sean oscuras —esas ideas— a pesar del muy deficiente latín con que las escribió; y que algo mejoró después, en los diálogos *De Trinitate* que usted dice.

MIGUEL.— Era muy joven por esas fechas, y si ha perseverado, puede que escriba ahora más correctamente que entonces, a tan temprana edad.

SEBASTIÁN.— No lo dudo, y qué personalidad más atractiva que era la suya —por lo poco que sé de él.

MIGUEL.— (*Un poco estirado, con inoportuna modestia.*) No he tenido el gusto de hacer su conocimiento; pero, aunque me lo hubiese topado, no sé si lo hubiere llegado a conocer; pues el conocimiento del ser humano es cosa muy difícil, incluso cuando se trata de uno mismo.

SEBASTIÁN.— Yo tampoco lo conocí hasta ahora, como le digo, aunque algunas veces lo procuré —hasta recuerdo haber preguntado por él en Basilea a Conrado Rouss, el editor que estuvo a punto de publicarle el libro y después no se decidió, no sé por qué razones, aunque me las figuro.

MIGUEL.— Por miedo —o digamos que le daría aprensión, y es natural.

SEBASTIÁN.— ¿Cómo dice? ¿Conoce lo sucedido?

MIGUEL.— No, no lo conozco. Que tendría su miedo, digo, el editor aquel, Luciano, o Medardo, o Conrado, o como diablos se llamara —o se llame— el hombre.

SEBASTIÁN.— Conrado Rouss se llama, y sí que tendría miedo —pero no lo tuvo, en cambio, Hans Setzer, que la imprimió en Hagenau y la puso en circulación con dos razones: que imprimir libros era su profesión y que él no veía en éste ninguna desvergüenza del estilo de las del Pantagrúel y de su padre, el Gran Gargantúa, las fábulas atroces de ese buen fraile —y obscenísimo escritor— que es el doctor Rabelais, su colega; y que hizo nacer por un oído de su madre a su imaginaria criatura. (*Rien los dos.*)

MIGUEL.— Historias que cuentan y que seguramente no se corresponden bien con la verdad; aunque pudiera ser, pues Juanito Setzer es hombre de buen humor, aparte de notable y corajoso; tal como Carolo Barralius, el Layetano, cuyo lema decía: «Biblioteca brevis, ars longa, experientia falax»; y que murió en la miseria a fuerza de pulverizarle ediciones con interdictos y estropearle de ese modo su negocio.

SEBASTIÁN.— No el negocio, sino su vida, que es la mera condición de todo negocio humano, se le pudo terminar al español de nuestro cuento si no se esfuma como lo hizo, pues tuvo en Suiza críticas de lo más desfavora-

bles, tales como las de Zwinglio, que comentó que un hombre que era capaz de esas blasfemias se constituía por ello en indigno incluso de respirar; o la del dulce pastor Bucero, de Estrasburgo, cuya opinión sobre el libro –bastante dura, a mi modo de ver– fue que el tal Miguel Servet merecía que le cortaran a cachitos las entrañas. Otros lo llamaron judío –y también moro, quizás por eso de ser español–, y hasta hubo quien lo denunciaba por ser espía o agente secreto del Gran Turco.

MIGUEL.– (*Ríe.*) Cuántas cosas, en verdad y a cual más disparatada. No hubiera querido yo estar en su pellejo y, de estarlo, antes de perderlo hubiera hecho lo suyo, evaporarme.

SEBASTIÁN.– (*Ríe.*) Y volviendo a lo suyo –pero no al asunto teológico; descuide, que no retorno a la cuestión–, ¿cuáles son ahora sus proyectos?

MIGUEL.– Marcharme de Lyon, donde primero: no se me ha perdido nada; segundo: ando alcanzado de dinero, y además, y por si fuera poco, se sospecha que soy rebautizado, por más que en la Brigada hayan hecho como que creen lo de que estaba allí, entre los rebautizantes, de visita profesional. Éste es, por otra parte, mi destino: el de andar siempre con los bártulos de un lado para otro, y también creo que es por eso que siento enormes simpatías por mi tocayo el teólogo aventurero y vagamundos Servet, cuya ideología, al parecer, comparto y a mucha honra.

SEBASTIÁN.– Claro, claro. Abandonamos, pues, Lyon y a los antiguos compañeros.

MIGUEL.– Y yo lo siento de veras por el señor Frellon, que ha sido amigo y medio padre para mí. Y me voy a la Viena Delfinal llamado por un medio hermano mayor que allí tengo –y digo medio hermano mayor porque fue compañero de clase en Matemáticas allá en el colegio de los Lombardos de París y ahora tiene la alta dignidad de arzobispo de Viena–, y se llama Pedro Paulmier, y yo le llamaba, lo que son las cosas, Pedro hace bien pocos años.

SEBASTIÁN.– Sabrá, Miguel –y si es que no lo sabe, yo se lo digo–, que la ciudad de Viena anda muy azotada por una peste, y que toda la urbe se halla en cuarentena y vive aislada, y que han sido cortadas por la policía sus carreteras para que nadie salga y que el mal no se extienda por el país; y es una peste mala; que salen bubones como huevos y la llaman bubónica por esa maligna condición.

MIGUEL.– Cumpló, yéndome al toro, mi oficio de médico y celtíbero, y hago caso también, así, a las demandas de mi corazón, de cuyas abundancias

no suele hablar mi boca sino mis actuaciones, por las que se me conoce y a veces me persiguen; y no tengo otra notoriedad que aquella de mis obras, según lo manda el Evangelio.

(SEBASTIÁN sirve vino, ofrece a MIGUEL, y bebe él mismo.)

SEBASTIÁN.— ¿Y —volviendo a las andadas— no prepara Miguel Servet, que usted sepa, si es que tiene algún motivo para saberlo, alguna nueva teología?

MIGUEL.— *(Ríe.)* ¿Ésas tenemos, Sebastián? Está bien, está bien; yo sé —y usted sospecha— dónde se oculta Servet y no quería confesarlo. *(Sonríe.)* Sí creo que la prepara; y, por lo que me parece saber, versa su nueva obra sobre una nueva restitución del cristianismo que está perdido por unos y por otros y que no se le halla, por más que se lo busque, en los templos ni de aquí ni de allá, ni romanos ni menos aún los reformados suizos o alemanes —y menos aún, claro, en los de ese estúpido picardo exiliado en Ginebra y tirano actual de sus en otro tiempo alegres y muy cachondos habitantes.

SEBASTIÁN.— Miguel, Miguel, que tenga suerte y que no se nos muera en Viena de aquella pestilente maladía; y sepa que toda prudencia —aun la mayor— es poca en estos tiempos; y proteja en todo lo que pueda a su paisano Servet, y haga todo lo más que le sea posible por que ese hombre, que hoy es de sangre y hueso, no tenga terminación de fuego y de ceniza. ¡Dios no lo quiera nunca, y nos ampare!

MIGUEL.— En nombre de aquel Miguel y del mío propio, gracias, gracias; y tú también, en tus andanzas, permíteme el tuteo, pues ya se ve que somos camaradas y amigos verdaderos; y tú también ten el mayor cuidado; que corren —como tú sabes y dices muy bien— malos y tristes tiempos, y no se gana nada con llegar, en la flor de la edad, a ser difuntos.

SEBASTIÁN.— Así es; que fallecer es lo peor que pueda sucederle a uno. Cuídate mucho y sé, como manda Nuestro Señor Jesucristo, astuto como una serpiente.

(Oscuro y crispada música concreta, con gritos humanos de dolor. Cuando se hace la luz...)

CUADRO VI

La peste

... Estamos en una especie de gran sótano en el que yacen amontonados, contorsionados, los cuerpos dolientes, envueltos en harapos, de los ENFERMOS de la peste.

(MIGUEL está explorando minuciosamente uno de los cuerpos. Lleva una mascarilla fantástica, como también su acompañante, un VIEJO tembloroso que le informa.)

MIGUEL.— ¿Cuál es el tratamiento que se sigue?

VIEJO.— ¿Cómo? ¿Cómo? No sé lo que dice de tratamiento, pero es muy malo, señor, pues a los pestilentes se los echa aquí sin más ni más y ya nadie viene a verlos, ni parientes, ni autoridades; pero no digo a verlos, sino que ni siquiera se aproximan a las afueras de la cárcel porque hay contagio en respirar estos aires viciados y pestíferos.

MIGUEL.— ¿Y por qué usted está aquí, no padeciendo enfermedad?

VIEJO.— Estoy en cumplimiento de promesa, por un hijo que Dios me salvó de perecer de unas fiebres malignas.

MIGUEL.— ¿Y usted está contento de perecer? Pues eso es lo que va a pasarle, marcharse al otro mundo, si persiste en este cumplimiento.

VIEJO.— Tanto como contento no lo estoy, que la vida es muy dulce hasta para un anciano como yo, pero una promesa es una promesa y no hay más razones que cumplirla; y conste que ya me han empezado esta mañana los escalofríos, que es por donde comienza esta muerte negra del demonio.

MIGUEL.— Éste es el edificio de la prisión. ¿Qué se hizo de los presos alojados aquí? ¿En dónde se les puso?

VIEJO.— No se les trasladó a ninguna parte y la mayoría han muerto como chinches o están a punto de palmarla —con perdón de la frase, pero soy gente de pueblo y no poseo otras mejores expresiones—. También por esta calamidad se ha encerrado aquí a muchos judíos que gozaban de buena salud —y que ya están la mayoría un tanto desmejorados— por haber sido ellos, según dicen, los que han envenenado algunas aguas y untaron con caca del diablo las puertas de las casas donde viven muchos viejos y reverentes cristianos y buenos patriotas. Es la razón de que el otro día lincharan a dos, un padre y su hijo de cuatro años, en el mercado de la carne. Pero el azote sigue y aumenta, a pesar de estos castigos y puniciones, y de las mil y una rogativas y procesiones que se efectúan, con las más diversas imágenes y reliquias, sagradas vísceras, muertos que sangran, manos de santo, dedos y el prepucio de san Colodrón, que es la reliquia principal de la villa. *(En ese momento un ENFERMO grita. Es un alarido terrible.)* Perdón señor; que voy a calmar a ese desgraciado, que a mi entender debe estar en las últimas.

(Se acerca al ENFERMO que grita, y lo amordaza sin ninguna consideración.)

MIGUEL.— *(Horrorizado.)* Pero ¿qué le hace? ¡Quítele eso y no se comporte a modo de cabrón; que no son formas!

(El VIEJO se retira, amedrentado, y MIGUEL asiste al ENFERMO liberándolo de la mordaza. El ENFERMO gime; está llorando. MIGUEL lo incorpora y vemos su rostro, una máscara, hinchado y monstruoso.)

Tranquilícese, hombre, dentro de lo posible. Dígame, si puede, cuánto tiempo hace que comenzó su enfermedad.

ENFERMO.— Dos semanas; sí, dos..., y ya parece eterno.

MIGUEL.— *(Se fija en su rostro con apenada atención.)* Nunca nos hemos visto antes, ¿verdad?

ENFERMO.— Sí... Sí...

MIGUEL.— ¡Dios mío! ¿Quién eres tú entonces? Ya me parecía reconocer algo a pesar de la tumoración.

ENFERMO.— ¡Ay, doctor Villanueva, en qué mala situación me encuentra! ¡Me he querido esconder al verlo, pero este maldito dolor tan fuerte, al final, me ha denunciado! ¡Me encuentra moribundo!

MIGUEL.— (*Azorado.*) No te reconozco así de pronto. Perdona. Dime quién eres, porque quiero y no puedo reconocerte y sé sin embargo que me resultas muy familiar y amable.

ENFERMO.— (*Habla con dificultad.*) El mozo de la librería de Frellon, Daniel, y su discípulo de Anatomía y Medicina; que me llamaron mis padres a Ginebra, y luego me vine aquí; y al enterarme de la peste pedí permiso y me encerré en esta cárcel por mi propia voluntad para el cuidado médico de estas gentes, y me entró fuerte el mal, sólo a los cinco días, y ya me ve, disforme y con muchos síntomas de agonía —que hasta tengo el testículo izquierdo frío y convulso; lo que es signo mortal según el gran maestro Hipócrates. También me acometen vómitos de sangre y palidezco.

MIGUEL.— (*Con horror y desesperada energía, le grita.*) ¡Daniel, Daniel, levántate ahora mismo! ¡No te dejes morir! ¡Levántate!

DANIEL.— (*Lo intenta y no lo consigue.*) ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Yo bien que lo procuro!

MIGUEL.— (*Lo ayuda.*) Anda, Daniel; anda y haz un esfuerzo; y no me seas reacio de vivir.

DANIEL.— Yo bien quisiera recuperar el ánimo, maestro, pero las fuerzas me abandonan.

MIGUEL.— Recuéstate un poquito y cuenta cualquier cosa, que la distracción también es buena medicina.

DANIEL.— Todo fue de mal en peor desde mi marcha hasta Ginebra.

MIGUEL.— ¿No era buen sitio para ti estar en Ginebra con tus padres?

DANIEL.— La policía me detuvo y fui muy torturado.

MIGUEL.— ¿Por qué tal cosa?

DANIEL.— Acusado de propaganda ilegal y de celebrar reuniones clandestinas.

MIGUEL.— La política, sin embargo, no era tu verdadera vocación.

DANIEL.— No hacíamos política ninguna, sino sólo alguna crítica ideológica y pedíamos libertad para la expresión de las ideas. Me dieron una grande paliza y me abandonaron en un camino, dejándome por muerto. De mis

amigos, yo no he sabido nada; ¡y hasta mis padres ya no se atrevían a tenerme en su casa después de lo ocurrido!

MIGUEL.— La ciudad de Ginebra vive en pleno terror, según se cuenta aquí; y por lo que tú dices no hay en ello ninguna exageración romana.

DANIEL.— Así es, y muy verdad, que hay gran espanto. Juan Calvino se ha hecho el dueño absoluto de la ciudad y es su tirano y dictador. ¡Es un loco pequeño y descolorido —homúnculo siniestro—; todo él lleno de santa ira! ¡Le acometen temblores de furor teocrático! ¡Su consistorio de pastores es algo como un pulpo de tentáculos imprecisos, flotantes y como hechos de viscoso mucílago, que llegan hasta el último rincón de los hogares más honrados y temerosos! ¡Las orejas del consistorio son todo un mundo de órganos y una complicada madeja de hilos y resortes, y en el Palacio se oye, ampliado, resonante por los megáfonos, todo lo que se dice o suena en la ciudad, hasta el ruido de los retretes o el suspiro de los agonizantes! ¡La gente cree que más allá, en lo oscuro de su gabinete sobre la pantallita blanca, aparecen las imágenes de los sucesos más recónditos! ¡Y, al fin, tortura, ejecuciones y terror —ése es el balance de aquella teocracia o bibliocracia, que es más esto que aquello—! ¡Y ya nadie se atreve a hablar y ya no hay fiestas ni nada que celebrar —por otra parte— y los teatros están prohibidos —los bares cerrados—, y las calles, oscuras y desiertas!

MIGUEL.— Cálmate, cálmate, Daniel, y dime, en vez de eso, lo que sucede aquí, en esta Viena Delfinal; pues aquí me encuentro yo casi recién llegado y no conozco; y si en Ginebra nosotros, que vivimos aquí, nada podemos, aquí podríamos; y no tenemos muchos tiempos que perder. Dime —que es importante— cómo y quién hace los diagnósticos de peste y cómo se decreta el ingreso de gentes en estos oscurísimos sótanos.

DANIEL.— No, no es cuestión de diagnóstico, que nadie hay para ello ni nadie, aunque lo hubiera, se aproximaría para mirar de cerca a otro, por temor del contagio, sino que hay un sistema de denuncia, y la persona denunciada por un vecino, o por el portero, que es cosa muy frecuente, se ve conminada de pronto, a voces, a salir, y si es que no lo hace se le prende fuego la casa, tirando teas, antorchas, leñas; o se le cerca y se espera hasta que el denunciado salga desesperado por las hambres, si no es que se deja morir, por miedo, dentro, por causa de los miasmas, y entonces,

cuando salen, con piedras, a distancia, se los conduce y algunos llegan aquí descalabrados, y se les marca la casa con una cruz así, de color negro.

(Interviene ahora el VIEJO, que ha asistido a la escena en recogido silencio.)

VIEJO.— Es cierto, cierto; y basta que algún vecino te encuentre mala cara, como de enfermo, o te tenga ojeriza, para formular la denuncia y que el tuyo sea este triste destino; como sucedió con un pobre hermano mío, que lo denunció su deudor y aquí se ha muerto contagiado.

DANIEL.— Todo el mundo tiene cuidado, y la poca gente que sale anda derecha por las calles, y los hombres se afeitan y hasta se ponen colores en las mejillas si no los tienen naturales, para no despertar sospechas.

VIEJO.— ¡Y la ciudad está cercada por tropas, como habrá visto, y nadie puede salir ni nadie entrar, y ya faltan mucho los alimentos, y sólo se aventura a entrar con municiones de boca alguna gente de mal vivir, bandidos y gentuza, que piden mucho dinero por el riesgo que corren entrando en esta zona de peste!

MIGUEL.— ¿Y tú, Daniel? ¿No te encuentras con fuerzas? ¿No te repones? Échame una mano, si puedes, en lo que quiero hacer, que es distribuirlos en salas según lo avanzado de la enfermedad y así poder dar a cada uno su tratamiento.

DANIEL.— Puedo empezar la ayuda y otro la seguirá cuando yo me acabe.

MIGUEL.— ¡Ánimo!; y ahora me voy a ver al arzobispo y volveré esta tarde con alguna asistencia.

DANIEL.— Ojalá que lo vuelva a ver.

MIGUEL.— No estás tan malo y vuelvo dentro de unas horas. Es que estás melancólico.

DANIEL.— Ahora siento una náusea.

MIGUEL.— Échate aquí de nuevo y te reposas hasta luego.

DANIEL.— Es sólo mareado. Luego se me pasa; y también este temblor de manos. *(Le tiemblan muy visiblemente.)*

MIGUEL.— ¿Te tranquilizas?

DANIEL.— *(Con angustia.)* Sí, y luego, cuando usted vuelva, podré ayudarle.

MIGUEL.— Ahora descansa.

DANIEL.— Cuando usted vuelva, podré ayudarle... yo...

(Silencio. MIGUEL mira con angustia el cuerpo de DANIEL, que ha quedado inmóvil. Le cierra los ojos. Música concreta, alaridos. Oscuro.)

CUADRO VII

M.S.V.

Luz sobre un RAPSODA que canta, acompañándose con una guitarra, la siguiente «Balada de que todo tiene su final»:

Pero la peste se acabó pues
todo acaba en este mundo:
lo que es ligero y lo profundo,
lo que hace poco que empezó.

Lo que parece perdurable,
luego se acaba lo primero.
Todo es mortal, perecedero,
tanto lo malo que lo amable.

Así la peste se acabó
y al poco ya nadie se acuerda:
cuelga el ahorcado de su cuerda
y el vivo juega como yo.
Pero la peste se acabó.

(Oscuro.)

ESCENA I

Luz sobre la casa de MIGUEL en la Viena del Delfinado. MIGUEL está trabajando: cose un gran manuscrito. Llaman a la puerta.

MIGUEL.— Pase, hágame el favor.

(*Entra BALTASAR.*)

BALTASAR.— Buenas noches, doctor. Recibí el recado de su criado Benito y he tardado lo menos que me ha sido posible, ya caída la noche, y viniendo sin que nadie me vea, según sus instrucciones —aunque casi me asusta tanto misterio, y ni me figuro de qué se trata—, pero no puede ser nada malo, tratándose de usted, doctor, tan respetado por todo el mundo en esta ciudad desde que apareció aquí en aquella mala ocasión de la peste negra.

MIGUEL.— Siéntese, siéntese, y voy lo más directo al grano, señor Arnoullet. Le he llamado en su calidad de impresor y de persona discreta y liberal.

BALTASAR.— (*Se sienta.*) Imprimir es lo mío, y lo hacemos en mi casa de las mejores maneras posibles. Pero, además, si se trata de una obra de usted, doctor, le haremos un precio muy arreglado.

MIGUEL.— Veremos si sigue opinando lo mismo cuando le diga. Otros con los que ya hablé se me rajaron al saberlo, como Marrinus a quien en este mismo año de 1552 he hablado de ello.

BALTASAR.— Bueno, vamos a ver, si tiene la bondad.

MIGUEL.— Se trata de imprimir una obra de modo clandestino —hablando sin circunloquios ni rodeos—. Una vez puestos aquí, en mi casa, los ejemplares, yo me encargaría de su distribución y ustedes nada tendrían ya que ver.

BALTASAR.— Yo trabajo legal, y nunca me he metido en ningún lío. Déjemelo pensar. Es un libro honesto, me supongo.

MIGUEL.— (*Afirma.*) Y no sólo honesto, sino de gran interés moral y público.

BALTASAR.— No contendrá herejías.

MIGUEL.— Hablemos de otra cosa.

BALTASAR.— Está bien, está bien. ¿Debería yo saber el nombre del autor, o no conviene?

MIGUEL.— De usted para mí, soy yo el autor del libro; pero no voy a figurar, ya puede suponerse, sino que figurarán en él unas iniciales —M.S.V., por poner algo—; y lo que sí le pido es una gran discreción en lo que acabo de decirle.

BALTASAR.— Lo malo son los tipos que uso habitualmente, y son muy conocidos como de mi propia casa y me descubrirían nada más salir el libro o ser él denunciado.

MIGUEL.— Tratándose de ese problema, le sugiero que emplee tipos que estén por estrenar y no los use luego, hasta que pase la borrasca, si es que la hay; y yo le compensaré del gasto que eso le suponga.

BALTASAR.— No tengo otros tipos diferentes, pero puedo comprarlos ex profeso y secretamente a personas de mi confianza al precio que estén en el mercado negro.

MIGUEL.— Vale.

BALTASAR.— Es obra escrita en latín, yo me figuro.

MIGUEL.— Así es.

BALTASAR.— La compondrán obreros poco latinos y ni se enterarán de qué contiene. Se les dirá que es una obra de Agustín o de Tomás de Aquino y así se evita el peligro de una indiscreción.

MIGUEL.— Ésta es la obra, (*Se la muestra.*) que yo mismo depositaré en su casa sin testigos.

BALTASAR.— Déjeme ver un poco. (*Lee.*) *Restitución del cristianismo*. ¿Tiene algo que ver esta *Restitución* con aquella que se llama *Institución* de Juan Calvino?

MIGUEL.— Tiene que ver, pues es una lucha contra ella.

BALTASAR.— Entonces, si la ataca, no será muy mal visto por nuestra Santa Madre Iglesia, digo yo.

MIGUEL.— Me barrunto que sí, por lo que al leerla podrá ver.

BALTASAR.— (*Leyendo en la primera página.*) «Y se engendró una guerra en el cielo.» Es cita del Apocalipsis y no muy tranquilizadora, que digamos.

MIGUEL.— (*Asiente.*) Con ello me refiero a la que se va a armar, si Dios no lo remedia, y en la que yo he de morir luchando al lado de mi tocayo san Miguel Arcángel, y dar con ello testimonio de la verdad.

BALTASAR.— Con lo tranquilo que usted vive en Viena, qué ganas tiene de meterse en jaleos, doctor; teniendo la clientela que usted tiene y el bienestar, y más siendo soltero.

MIGUEL.— ¿Se me arrepiente ahora? Pues es cierto que también su clientela, en su oficio, es de lo mejor; y si el asunto se descubre podrían molestarle.

BALTASAR.— No, no; y es más: lo voy a hacer; pero el caso es que necesito algunos dineros para empezar, y no los tengo.

MIGUEL.— ¿Así como cuánto necesita?

BALTASAR.— No menos de trescientos, pero eso desde ya. Luego, si necesito más, le pediría.

MIGUEL.— No se me queda corto.

BALTASAR.— Están los tipos por las nubes y tengo que mandar un propio a Lyon para buscarlos.

MIGUEL.— Hágame el presupuesto cuanto antes, para tener idea.

BALTASAR.— ¿Me pagará al contado?

MIGUEL.— Si me hace buen descuento, puedo pagarle a tocateja, haciendo algún esfuerzo.

BALTASAR.— El tres por ciento o cosa así le haría; no podré más, pues se lo haré muy ajustado.

MIGUEL.— No me compensa. Entonces me gira a treinta días, pues como digo no me compensa la rebaja.

BALTASAR.— Hecho. *(Se dan la mano.)* El alboroque por mi cuenta, desde luego.

MIGUEL.— Gracias; yo invito. *(Vocea hacia dentro.)* ¡Chico, ponnos una de vino y cualquier cosa! ¡Anda, muchacho, date prisa!

(Entra el escudero BENITO con una frasquilla de vino tinto y dos vasos y les sirve con estilo muy tabernario. Mientras se hace el oscuro, BENITO —lo puede interpretar el mismo actor que haga DANIEL— recita la carta.)

BENITO.— ¿Qué quieren los señores? Tengo tripa con guindilla y pimiento, ensaladita, gambas fritas con ajos, taquitos de jamón Bayona, tortilla de patatas, olivicas...

(Oscuro y música. Proyección de la portada del libro, ya impresa. De nuevo, oscuro y música.)

ESCENA II

Luz sobre la escena vacía. Entra BENITO, precipitadamente.

BENITO.— Doctor, ¿dónde se mete? *(Va a una puerta.)* Doctor, ¿dónde se mete? *(Va a otra puerta; más fuerte.)* Doctor, ¿dónde se mete?

MIGUEL.— (*Saliendo.*) Estoy aquí. ¿Qué pasa? (*Viene abrochándose.*) Estaba haciendo de cuerpo y no te oía. ¿Qué sucede?

BENITO.— ¡Doctor, los ejemplares de su libro! ¿Cuántos le quedan sin repartir?

MIGUEL.— Ya no hay ninguno en esta casa. Los unos salieron para Lyon, entre ellos los de Frellon, que tú mismo llevaste; otros a la feria de Frankfurt, y el resto para otros lugares que a ti no te interesa, aparte los depositados aquí mismo, secretamente. Pero ¿a qué viene eso? ¿A qué tanto susto así de pronto?

BENITO.— Vienen a por usted, doctor. Ha habido una denuncia.

MIGUEL.— Es imposible. Nadie sabe este asunto.

BENITO.— Han registrado ya la imprenta y vienen hacia aquí y nos manda recado don Baltasar.

MIGUEL.— ¡La imprenta! ¿Y qué encontraron? ¿Te lo han dicho?

BENITO.— Nada, al parecer, pues todo lo comprometedor está escondido.

MIGUEL.— Pues aquí tengo yo papeles, borradores y copias —y esto sí que es peligroso.

BENITO.— ¡Haga una limpia, lo más rápido; que vienen!

MIGUEL.— Cierra la puerta y no abras hasta que yo te diga.

BENITO.— Ya voy, ya voy.

(Sale. MIGUEL saca papeles de algunos cajones y los echa a una estufa que hay en primerísimo término y junto a la que se sienta mientras procede a la quema; dice hacia el público:)

MIGUEL.— (*Su rostro está iluminado de rojo. No gesticula. Es un monólogo «interior».*) Ni me figuro de dónde pueden venir los tiros, a no ser, pero es imposible por muy cabronazo que sea el tal Calvino, a no ser, digo, que vengan de Ginebra, pues sólo él sabe que yo sea el autor del libro y mi verdadera identidad, por las cartas secretas que le mandé durante algunos años y que algunas, ¡ay de mí!, he reproducido literalmente en la segunda parte de mi obra. Pero ¿cómo un enemigo tan encarnizado de la Iglesia romana va a denunciarme al Santo Oficio, que quema siempre que puede a sus hermanos evangélicos? No, no es posible; a no ser que aparte de teócrata sea un hijo de la grandísima y pase por todo con tal de hacerme la puñeta y de perderme. No, no; sería demasiado y no lo creo.

Así pues, tranquilidad y a ver qué dicen; y quemo aquí mis borradores y también las estúpidas respuestas que me mandaba el hombre, por más que venían firmadas, no con su nombre de Juan Calvino, sino con ese seudónimo de Carlos Despeville que se ponía el tío para escribirme. Y pensaba yo —pero vaya usted a saber, pues sé que me las tiene juradas— que lo hacía para no comprometerme ante esta gente de aquí; la cual, por cierto, no sospecha nada de mis cosas, y más viéndome que asisto puntual a la misa y, cuando se tercia, también a las funciones religiosas, a las que voy —qué remedio— para disimular unas creencias, y gracias a lo cual he podido dar fin a esta obra importante; y no es porque la haya fabricado yo, pero lo es, aunque para muchos será poco comprensible, pues contiene algunas maravillas cuya comprensión exige conocimientos de anatomía y otras materias complicadas. ¿Cómo, si no, comprender, por ejemplo, la circulación de la sangre que cuento en alguna de sus páginas, así de paso, con todos los pelos y señales? (*Al estilo del viejo teatro, murmura.*) Pero cuidado, que aquí vienen. ¡Ah! Y que no se me olvide, por si acaso, escribir al zorro de Ginebra pidiéndole, como quien no quiere la cosa, que me devuelva mis escritos.

BENITO.— (*Dentro.*) Señor, señor, que se me cuelan.

MIGUEL.— (*Se levanta y grita hacia la puerta con amplios ademanes.*) ¡Pase el que sea, si quiere, hasta la mismísima cocina; que aquí no tenemos nada que ocultar!

(*Pasa BENITO, acompañado de un COMISARIO y de un AGENTE.*)

COMISARIO.— Muy buenas.

MIGUEL.— Hola, señores; buenas.

COMISARIO.— Usted disculpará la intromisión, pero traemos un asunto, acaso sin importancia, pero urgente.

MIGUEL.— Mi casa, a pesar de su aspecto un tanto señorial, se encuentra abierta para todos: tanto enfermos como aquellos otros que, saludables, quieran venir a ella por razón de su gusto, o vengan obligados por la de su oficio, como me parece que es el caso de ustedes, que no parecen gente muy reumática, ni aquejada de otras dolencias, a no ser algún exceso de bilis, que les pone ese gesto así, diríamos, un poco avinagrado.

COMISARIO.— Gozamos de muy buena salud, gracias a Dios, y no es ése el objeto.

AGENTE.— No lo dirá por mí, jefe, que no me encuentro muy católico, dicho sea en el mejor sentido de la palabra.

MIGUEL.— ¿Le duele algo?

AGENTE.— Ahora que cambia el tiempo y viene la primavera, tengo mareos y algunos molestos picores en la piel, los cuales...

COMISARIO.— (*Reprochándole, le interrumpe.*) Pero no es ése el objeto, muchacho, no es ése el objeto. Si acaso te vienes otro día y que te vea aquí el doctor, pues hoy venimos de servicio.

MIGUEL.— ¿Pertenece, por un casual, al honorable servicio de limpiezas?

COMISARIO.— Algo así es y la palabra misma lo dice, pues somos policías.

MIGUEL.— En esta casa, señores, son buenas las costumbres.

COMISARIO.— No decimos que no, pero nos encargan de preguntarle si no será su Excelencia autor de un libro cuya página sesenta y nueve es ésta, (*Le muestra una página y MIGUEL va a cogerla, pero el COMISARIO la retira.*) y también tenemos la orden de hacerle, con su beneplácito, por supuesto, un registro domiciliario que es como nosotros llamamos en nuestro argot a este tipo de investigaciones, diríamos, caseras, familiares.

MIGUEL.— Encantado, por no decir otra cosa, y déjenme ahora, si les parece, la paginita que me traen para que yo le eche un ojo mientras ustedes investigan y manipulan, como parece ser su oficio, en mis rincones.

COMISARIO.— Mírela sin cogerla, no sea que se rompa, pues constituye prueba. Eh, tú, procede ya al registro, conforme a la ordenanza.

(*El AGENTE empieza el registro.*)

MIGUEL.— No tema esa maliciosa intención que usted me atribuye: no son esos mis modos.

COMISARIO.— ¿A quién no le sucede un accidente y más teniendo el fuego aquí tan próximo y que parece propio para quemar papeles, pues, por lo que veo, aún humean algunos?

MIGUEL.— Son notas de mis deudores, ya pagadas —y además no le importa—. Déjeme ver ese papel, si no lo suelta; aunque ya veo, por el formato, que me es desconocido.

COMISARIO.— ¡Qué buena vista tiene, así, a distancia!

MIGUEL.— Pues aproxíme.

(El COMISARIO le acerca el papel y MIGUEL se pone unas grandes gafas. Se explica.)

Así, para cerca, necesito. *(Deletrea.)* Res-ti-tu-ción del cris-tia-nismo.
No me suena.

COMISARIO.— Tiene mala memoria, si no se acuerda de sí mismo.

MIGUEL.— Es un bello latín, pero no mío.

COMISARIO.— ¿Así pues, no se reconoce como autor?

MIGUEL.— *(Mira aún.)* No, no me reconozco por más que lo releo.

COMISARIO.— Si en lugar de intelectual fuera un obrero, yo podría ayudarle un poco a recordarse.

MIGUEL.— Ah, eso quiere decir que tiene orden de ser persona muy correcta.
¿Y qué? ¿Le cuesta mucho?

COMISARIO.— *(Compungido.)* Me cuesta, por falta de costumbre, pero cumpla las órdenes. ¿Y tú qué haces? *(El AGENTE, que se ha parado. Le silba.)* Busca, busca.

AGENTE.— Es que he encontrado esto. Por eso me paraba. *(Es un libro, que tiende al jefe.)*

COMISARIO.— ¿Y qué es lo que encontraste?

AGENTE.— A pesar de mi mal latín, parece un libro subversivo.

COMISARIO.— *(Lo mira con aire de entendido, sin comprender nada.)* Pues sí que lo parece. Levantaremos acta.

MIGUEL.— *(Ríe.)* Es obra de lo más legal, publicada en París y con mi nombre. Me defendí con ella, como Dios me daba a entender, de los médicos de París, que me acusaban de Astrología judiciaria, cuando lo que pasaba, puedo jurarlo, es que tenían envidia de mi clientela y nada más.

COMISARIO.— Nos la llevamos, por si acaso.

MIGUEL.— Bueno, pero me la devuelven una vez vista, que no tengo más ejemplares y cuesta encontrarlos.

COMISARIO.— Vale, vale. *(Entra BENITO.)*

BENITO.— El Excelentísimo Señor de Maugiron, que quiere verle y que trae prisa, dice.

MIGUEL.— Se habrá puesto peor su hijita. Tendremos que buscar otro hemostático. Que entre, que entre, con el permiso de aquí, de los señores.

BENITO.— Dice que es visita medio oficial y no asunto de la consulta.

MIGUEL.— ¿También de servicio? (*Al COMISARIO.*) ¿Qué es esto? ¿Una encerrona?

COMISARIO.— (*Se encoge de hombros.*) A mí qué me cuenta. Éste y yo somos, mal que nos pese, unos mandados.

MIGUEL.— Anda y dile que pase.

BENITO.— Sí, señor; en seguida. (*Aparte.*) Barrunto la tragedia. (*Sale.*)

MIGUEL.— ¿Y ustedes terminaron?

COMISARIO.— Sí, pero nos quedamos a verlo. Son las órdenes que tenemos y ya sabe su Excelencia que una orden es una orden.

MIGUEL.— No, no lo sabía. ¿Así que estoy en libertad vigilada?

COMISARIO.— Así puede decirse. (*Entra MAUGIRON. Los policías le saludan cuadrándose.*) A la orden, señor.

AGENTE.— A la orden, señor.

MAUGIRON.— (*Con un gesto.*) Bajen la mano, chicos. Buenos días, Miguel.

MIGUEL.— Buenos días, querido Maugiron.

MAUGIRON.— Miguel, estoy muy preocupado por ti. ¿Somos o no somos amigos?

MIGUEL.— Lo somos; y me asustas con tus palabras. ¿Qué me quieres decir?

MAUGIRON.— Tú, Miguel, eres muy querido y muy respetado en esta ciudad, y no es que yo lo diga. ¿Es o no es cierto?

MIGUEL.— Lo es, yo creo, y sigues asustándome. ¿Es que pasa algo grave? No comprendo qué puede ser, querido Maugiron.

MAUGIRON.— Las fuerzas vivas de la ciudad, entre las que yo, modestamente, me encuentro, son, somos tu clientela, y te confiamos a nuestros hijos. Por cierto, que Clarita sigue mejor de lo suyo, y no es cosa de dar aquí detalles, y aquí te debemos los unos la vida, los otros la alegría, los otros el encanto de tu conversación. ¿Digo mentira?

MIGUEL.— No; es decir, yo qué sé; pero ya, por cómo hablas, no me llega la camisa al cuerpo de terrores. Sabes que soy un poco asustadizo.

MAUGIRON.— Corre, figúrate, la especie de que eres culpable de herejías y de que vives aquí con un nombre que es falso, y de que tu verdadero nombre es, ¡ffjate tú!, Miguel Servet; que es como se llamaba un fingido teólogo, mitad diablo, mitad español.

MIGUEL.— Qué tontería, vamos. ¡A quién se le ocurre! La gente, desde luego, no sabe lo que inventar con tal de fastidiarle a uno.

MAUGIRON.— Eso mismo es lo que digo yo a quien me quiere oír, y es más, traigo una prueba, que he obtenido por cierto con malas artes, sólo por este cariño que te tengo.

MIGUEL.— ¿Una prueba de que yo no soy Miguel Servet? ¡Qué cosa tan estúpida! ¿Y cómo es eso?

MAUGIRON.— Es una prueba indirecta, o sea un testimonio de cómo combates tú la sucia herejía calvinista. Eso puede hacerte mucho favor si esto sigue adelante, como me temo.

MIGUEL.— A ver, a ver. (MAUGIRON *saca un libro.*) ¿De qué se trata?

MAUGIRON.— Éste es un libro muy perverso, que hasta me da asco tenerlo así, en la mano.

MIGUEL.— Ah, ya..., *Restitución* o no sé qué. Estos señores, amablemente, me han mostrado una página.

MAUGIRON.— No, no es eso que tú dices, Miguel, sino que este libracó es el de las *Instituciones* de Juan Calvino y está anotado a mano —¡Y qué mano! ¡Una mano maestra!— por un comentarista anónimo, que seguramente eres tú, el cual le envió este ejemplar, con esas notas manuscritas, a Ginebra.

MIGUEL.— (*Las mira con reserva.*) ¿Cómo ha llegado ese libro a tu poder?

MAUGIRON.— Ha sido «distraído» de la casa de Calvino en Ginebra por un agente secreto nuestro que tenemos allí.

MIGUEL.— (*Se sobresalta.*) ¿Y qué más ha traído nuestro espía?

MAUGIRON.— Nada más que eso, por desgracia.

MIGUEL.— ¿Nada más —nada más? (*Hipócrita.*) Qué desgracia tan grande.

MAUGIRON.— Miguel, Miguel, en lo que voy a preguntarte no desconfíes de mí, por Dios, que te la juegas. ¿Eres tú o no el autor de estos sabrosos comentarios? El de aquí, de este margen, es un prodigio. «Cabrón» y está escrito con dos admiraciones. ¿No es una maravilla? Pues ¿y este otro de aquí? «Si algún día te encuentro, te la parto.» O este otro del pie, que es el que más me gusta: «¡Error! ¡Error! ¡Te van a dar por saco y ya sé que te gusta!» Todo esto, Miguel, si se comprueba que eres tú el autor de ésta acerada prosa, acreditaría de sobra tu fervor religioso, tu devoción y la energía con que condenas al hereje. Vamos, no seas modesto, Miguel mío, y confiésate conmigo que, aparte de fuerza viva, soy tu amigo del alma.

MIGUEL.— (*Modestamente.*) Sí, confieso que soy yo el autor de esas palabras, por bárbaras y vergonzosas que parezcan; pero es que el hombre

de Ginebra a mí, por mucho que quiera contenerme, me saca de quicio y lo combatiría con buenas razones si, en vez de un pobre médico, fuera un teólogo, que no lo soy, y bien lo siento; pero a falta de causa eficiente, natura naturante, hilemorfismo y otras semejantes, empleo, cuando no estoy de acuerdo, esas palabras un tanto gruesas que también tienen su fuerza convincente, al menos en mi país natal.

MAUGIRON.— Es lo que yo esperaba.

MIGUEL.— ¿Y cómo te lo figuraste, si es que puede saberse, que era yo?

MAUGIRON.— Por la letra, muy parecida a la ilegible con que tú escribes tus recetas y ese color de la tinta morada que tú empleas.

MIGUEL.— Otros la emplean parecida, y lo de ilegible es achaque común en médicos y otras gentes de mal vivir.

MAUGIRON.— Sea como sea, ha resultado cierto. Así que sólo te queda ya firmar.

MIGUEL.— ¿Firmar? ¿El qué?

MAUGIRON.— La mera declaración de eso que has dicho: que tú eres el fervoroso polemista en cuestión.

MIGUEL.— Tengo que redactarla, y luego te la firmo.

AGENTE.— (*Que ha estado escribiendo.*) Ya lo hice yo. La redacté mientras hablaban. (*Le tiende el papel.*) Mire si las palabras son correctas y si las cosas figuran en su sitio.

MIGUEL.— Es usted muy amable. Sí, no está mal del todo. ¿Dónde debo firmar?

MAUGIRON.— Aquí mismo si te parece.

MIGUEL.— Muy bien. (*Firmando.*) Miguel de Villanueva.

MAUGIRON.— Bravo. (*Coge el papel.*) Ahora te vienes con nosotros, y ya está.

MIGUEL.— ¿A dónde quieres que me vaya?

MAUGIRON.— A ver a unos enfermos que están ahí en los calabozos del Palacio Delfinal y no tenemos otro médico que pueda ir.

MIGUEL.— Ése es mi oficio y yo lo desempeño con buena voluntad. Esperad a que me vista.

MAUGIRON.— (*Niega.*) Te vienes así mismo. Muchachos, ponédle las pulseras aquí al Doctor. (*Los policías esposan a MIGUEL.*)

MIGUEL.— (*Protesta.*) Esto es un atropello.

MAUGIRON.— (*Sencillamente.*) Sí.

(*Oscuro y música.*)

CUADRO VIII

Proceso a la herejía

ESCENA I

Al fondo, un enorme crucifijo. Es el Tribunal del Santo Oficio; lo preside FR. MATEO ORY, martillo de herejes. Figuran en él MAUGIRON, OFICIALES DEL SANTO OFICIO y otros ALTOS FUNCIONARIOS. También los POLICÍAS, etc.

(MIGUEL está sentado en el banquillo.)

ORY.— Levántese el procesado Miguel Servet. *(MIGUEL no se levanta. Mira a su alrededor como diciendo: ¿A quién se referirá?)* ¡Procesado Miguel Servet, levántese! *(Lo señala con un dedo. MIGUEL hace un gesto de extrañeza como diciendo: «¿Es a mí?».)* Sí, a usted le digo. Por lo visto, en usted se unen al horrendo pecado de la herejía el molesto defecto de la sordera. Si es así, puede aproximar el banquillo aquí, al estrado.

MIGUEL.— No es así, mi señor, sino que ese nombre que ha pronunciado no es el mío propio; y aprovecho este claro para protestar de haber sido retenido ilegalmente durante dos días en un inmundo calabozo.

ORY.— *(Ríe y comenta con sus compañeros de tribunal.)* Tozudo el aragonés, por lo que veo.

MIGUEL.— *(Muy enterro.)* He de decir a mi señor que yo no soy tozudo para nada, a no ser la defensa de la verdad, y que más que aragonés soy de la parte de Cataluña, pues mi pueblo pertenece al Obispado de Lérida y la *prova es que parlo catalá desde que era petit.*

ORY.— ¿Niega entonces llamarse Miguel Servet (a) Reves?

MIGUEL.— Niego.

ORY.— ¿Niega ser el nefando autor de *Los errores de la Trinidad* y de los siguientes *Diálogos de la Trinidad*, obras llenas de exquisitas blasfemias y peculiares abominaciones?

MIGUEL.— Niego.

ORY.— ¿Niega ser el autor de la pestífera obra *Restitución del cristianismo*?

MIGUEL.— Niego.

ORY.— Señor de Maugiron, vamos a la prueba documental sin dilaciones.

MAUGIRON.— Sí, mi señor. (A MIGUEL.) Acérquese el procesado. (MIGUEL se acerca.) ¿Niega ser su firma esta que aparece aquí, al pie de esta declaración que firmó anteayer en su casa delante de testigos?

MIGUEL.— (Inquieto.) Afirmo.

MAUGIRON.— En ella se declara autor de las anotaciones manuscritas al margen de esta obra del infame Calvino.

MIGUEL.— Así es.

MAUGIRON.— Ahora, por cortesía, échele un vistazo a este paquete de cartas dirigidas al señor Calvino, hereje de Ginebra. La mayor parte de ellas están reproducidas como apéndice del libro *Restitución del cristianismo*, obra firmada por M.S.V. y fechada en este año de 1553. (MIGUEL ha palidecido. Ni las mira.) Compare esta escritura de las anotaciones, la firma de su reciente declaración y estas cartas, y díganos, por cortesía, si es el autor de ellas.

MIGUEL.— (Con un hilo de voz, muy apurado.) Es un interrogatorio tozudo y muy..., y muy desagradable. Me... me niego a responder a tan insidiosas preguntas, y además...

ORY.— (Le interrumpe.) Aunque martillo de herejes, según me llaman, soy persona de muy apacible condición y puedo asegurarle que, sea cual sea el resultado de la encuesta, ha de tratársele con arreglo a su elevado rango y posición en la ciudad, y así lo garantizo como Inquisidor General del Reino de Francia.

MIGUEL.— O sea, que si me encuentran culpable me quemarán con muchísimo respeto. No es agradable perspectiva. (Rumores.)

UJER.— (Al público.) ¡Silencio, o desalojo la sala! ¡Silencio!

MAUGIRON.— Señor de Villanueva, es igual que lo niegue o no, pues la identidad de las letras es bien concluyente. Ello prueba ser usted el autor de

esta perversa *Restitución del cristianismo*, que no es sino una maligna destrucción de la doctrina, y nos permite reconocer en esas letras (M., S. y V.) sus propias iniciales: ¡Miguel Servet de Villanueva! (*Rumores.*) ¡Por si esto fuera poco, en la última de estas cartas su autor, usted, declara (*Exhibe la carta con un gesto amplio de tribuno.*) ser el mismo Miguel Servet, español! En estos momentos, el señor Baltasar Arnoullet y los obreros que trabajaron en la composición del libro han sido detenidos y sometidos a proceso por delito de imprenta. Y sepa el señor Miguel Servet, agente secreto de la herejía en Francia y reo de actividades clandestinas, que todas esas pruebas no han sido obtenidas con mañas, como se le dijo, sino que el propio Juan Calvino las ha puesto en nuestras manos por considerar que la espantosa herejía servetiana es tan nociva para su estúpida doctrina como para la nuestra, verdadera.

ORY.— (*Ríe.*) ¡Los herejes, ja, ja, los herejes, ja, ja, los herejes se devoran entre sí, ja, ja, ja! (*La risa le da tos y se pone coloradísimo. Bebe agua. Cuando se calma.*) Así pues, levántese el procesado Servet y escuche con el debido respeto la augusta voz del Santo Oficio.

MIGUEL.— (*No se levanta. Da un grito.*) ¡Yo no soy Miguel Servet! (*Rumores.*)

ORY.— (*Comenta, indignado, con los otros.*) Esto es el colmo.

MAUGIRON.— Nunca vi cosa igual.

COMISARIO.— Más que tozudo, es una mala bestia.

MIGUEL.— (*Solloza.*) La culpa la tengo yo por apropiarme indebidamente de ese nombre que es el de un paisano mío con cuyas ideas, es verdad, yo simpatizaba. Ay, ay.

ORY.— Tampoco es cosa de llorar. Pórtese como un hombre.

MIGUEL.— (*Medio llorando aún.*) Prefiero ser una rata viva que un hombre ardiendo; pero es la pura verdad lo que les digo, por increíble que parezca.

ORY.— Hágame el favor de pensar y no me sea, por Dios, una bestia bruta. ¿Qué más le da decirlo, si la reciente publicación clandestina del *Restitutio*, que esa sí que no puede negarla, comporta tanta penalidad como si también es autor, ¡que claro que lo es!, de los *Errores Trinitarios* firmados por Servet hace veintidós años? ¿No lo comprende?

MIGUEL.— Sí, en eso también tiene, pensándolo bien, su poco de razón. Pero hay que comprender...

ORY.— Vaya, vaya, parece que ya va entrando en razón, aunque le cueste un poco. Y, bien, con un punto del que desearía tratar, terminaremos por

hoy. Parece, amigo M.S.V., por no llamarle Servet, que tanto le molesta, que usted se declara un poco en desacuerdo con la forma en que nosotros administramos el Pan Bendito en la Sagrada Eucaristía.

MIGUEL.— (*Recuperando su entereza.*) Así es, aunque ahora, en estas adversas circunstancias, me esté mal el decirlo.

ORY.— Vamos a ver. ¿Cree el procesado en la transubstanciación del pan en la carne de Nuestro Señor y del vino en su preciosa Sangre?

MIGUEL.— No creo.

ORY.— (*Escandalizado.*) ¿Se da cuenta el procesado de lo absurdísimo de su error?

MIGUEL.— No me haga hablar, mi señor, porque me pierdo.

ORY.— Hable sin miedo, hable. (*Aparte, como en el viejo teatro.*) Que perdido ya está. (*Alto.*) Hable, que le escuchamos y somos todo oídos.

MIGUEL.— Pues verá mi señor, en qué consiste mi idea del asunto. Que yo creo, verá, y lo diré con las mejores palabras que me salgan, que yo creo que Nuestro Señor y Divino Maestro nunca tuvo intención de darse a comer y a beber a modo de aperitivo o postre de aquella Santa Cena, a los Apóstoles y ser devorado o ingerido por ellos, ni menos por nosotros, la posteridad, lo que sería un rito ya vampiresco, ya teofágico, y muy contrario, digo yo, a todas las dignidades, tanto divina como humana, y propio de falsas religiones primitivas y ritos antropofágicos, cuyo objeto es tomar la fuerza y el espíritu del enemigo o del dios y para ello se los comen; y que yo creo también que no se produce tampoco ninguna especie de tropo espiritual, como se creen los calvinistas que sucede en sus Cenas, sino que soy, digamos, «memorialista», como el compañero Socín; quiere decirse que la Cena, para un servidor, es un recuerdo o memoria de aquella noche lúgubre y que en ella la manducación de pan es eso, manducación de pan, aunque la celebración produzca, que sí los produce, saludables efectos espirituales, y Jesucristo, al hacerse eso en su memoria, revive y se presenta o representa en nuestro interior; y sentimos entonces su misericordiosa compañía, que tanto nos falta en este valle.

ORY.— En suma, en su opinión, Nuestro Señor no está en la Hostia Consagrada. (*A un escribiente.*) Y usted apunte.

MIGUEL.— Un momento, un momento. Estar sí que está, pero igual que lo está en todas las demás cosas, y no de un modo especial. Dios está en la

hostia, que sea consagrada o no, como en cualquier otra parte: la pata de la mesa, la nariz del notario, la nube roja, la aguja de la torre, las rocas negras o el tórpido cangrejo.

ORY.— (*Pone el grito en el cielo.*) ¡Panteísmo! ¡Panteísmo!

MIGUEL.— (*Humildemente.*) Sí, mi señor, si así quiere llamarlo; sólo que yo, sinceramente...

UJIER.— ¡Silencio!

ORY.— Sigamos con la Cena, por favor. ¿La considera un sacramento?

MIGUEL.— Sí, mi señor.

ORY.— ¿Cuántos admite?

MIGUEL.— El Bautismo y la Cena nada más.

ORY.— ¿Los otros cinco se los fuma? ¿Dónde los echa?

MIGUEL.— Lo siento, mi señor.

ORY.— ¿El bautismo de párvulos lo acepta?

MIGUEL.— No; sino que creo que los hombres deben ser bautizados cuando adultos, ya que, según yo, «*nostrum peccatum incipit quando scientia incipit*».

ORY.— ¡Herejía!

MIGUEL.— (*Humildemente.*) Es pensamiento, mi señor.

ORY.— Vamos a ver, explíquenos cómo imagina usted que debe celebrarse el Santo Sacramento de la Eucaristía; pero ahorrando procacidades, se lo ruego.

MIGUEL.— A mi modo de ver, cada uno de los que participan, mi señor, debe llevar su propio pan y su botellita de vino, pero luego se debe reunir lo que se traiga y repartirlo a todos por igual, de modo que los ricos no coman más que los menesterosos. Se recomienda, sin embargo, por mucho vino que se reúna, que nadie beba en exceso, lo cual perturbaría probablemente la armonía.

ORY.— (*Burlón.*) Supongo que de no haber vino podría tomarse cerveza o sidra en su lugar. (*Risas.*)

MIGUEL.— (*Serio.*) Es preferible vino.

ORY.— (*Aguantándose las ganas de reír. Todos, ahora, están sonrientes.*) Siga, siga.

MIGUEL.— (*Imperturbable.*) El pan no ha de ser ázimo, sino fermentado, y pueden añadirse otros manjares.

ORY.— (*Aguantándose la risa.*) ¿Como por ejemplo?

MIGUEL.— (*Con digna seriedad.*) A discreción, según los posibles de los participantes, el gusto de cada cual y lo que haya en ese momento en el mercado.

ORY.— ¿Valdría un cochinitillo asado, por ventura?

MIGUEL.— (*Serio.*) A mí, personalmente, no me gusta demasiado el cochinitillo, pero, a juzgar por la barriga de mi señor, su Excelencia sí debe ser aficionado. Yo prefiero el cordero, que, por cierto, mi Maestro Jesús y sus discípulos se comieron uno la noche de referencia; pero eso es cuestión de gustos y costumbres. (*Rumores y protestas.*)

ORY.— (*Acusador.*) Ya ven, señores, que para el diabólico Serveto, cada Sagrada Cena sería una especie de opíparo *lunch* o de indecente juerga.

MIGUEL.— No tal, mi señor, sino una familiar reunión, llena de amor y de esperanza; y si no admito ni este rito ni otros, ni cualquier culto externo, es porque advierto, en esas manifestaciones, bárbaras huellas del paganismo; ni tampoco admito la celebración del Domingo, pues todos los días son días del Señor; ni tampoco me parece un acierto, con perdón de la mesa, la existencia de sacerdotes o intermediarios entre Dios y los hombres. Pues ¿quién, a ver, quién tiene derecho a arrogarse tamaña prerrogativa?, digo yo.

ORY.— (*Se levanta y grita, acusador, fulminante.*) ¡Rabioso iconoclasta! ¡Miserable! ¡Hijo de Satanás! ¡Destructor de templos! ¡Pisoteador de hisopos! ¡Derramador de agua bendita! Vade retro.

MIGUEL.— Nunca hice tal cosa, ni destruir, ni pisar, ni derramar, mi señor, sino pensar, luchar, huir. Ésa es mi vida.

ORY.— ¡Basta por hoy, señores! ¡El aire se envenena con esas fétidas palabras! ¡Termina la sesión!

(Todos se levantan. Los policías se arrojan sobre MIGUEL y lo sujetan. Rumores y música concreta: alaridos, sirenas, oscuro y súbita luz, muy concentrada, a primer término, sobre la figura, tirada en el suelo, de MIGUEL. Súbito silencio y comienza la escena siguiente.)

ESCENA II

Fuera de la luz se oye la voz de BENITO.

BENITO.— Señor Miguel, despierte.

MIGUEL.— No dormía. Estaba pensando.

BENITO.— No piense en otra cosa sino en la huida, y en salvarse lo antes posible de la quema.

MIGUEL.— Si me veo fuera de aquí, no pararé hasta perder de vista esta maldita ciudad. Pero a ver: ¿cómo?

BENITO.— Agarre esto. *(Desde los telares baja una escala.)* Todo está preparado afuera, su caballo y mi rucio. Suba.

MIGUEL.— Con la hernia no sé si podré; pero por mí que no quede: ¡voy! *(Con mucho esfuerzo va ascendiendo. Nuevo oscuro. Se oye la chicharra de un morse y una voz registrada en magnetófono.)*

MAGNETÓFONO.— Atención, atención, Policía de Caminos. Se busca a un delincuente fugado de los calabozos del Palacio Delfinal, Viena. Estatura, elevada. Ojos pardos. Nariz aguileña. La color, pálida. Detalles especiales: Cojea un poco. Edad, cuarenta y dos años. Valor, se le supone. Atención, atención.

(Luz para la siguiente escena.)

ESCENA III

La Plaza de Charnève, a la hora del mercado. Mediodía del 17 de junio de 1553. En el centro hay un túmulo y, junto a él, un carro que contiene algo que está cubierto con una gran lona. EL PREGONERO lee la sentencia ante los grupos de curiosos congregados por el lúgubre redoble de un tambor.

EL PREGONERO.— Sentencia dictada, en rebeldía, contra Miguel Servet (a) Reves, (a) «doctor de Villanueva», español, por los siguientes delictivos hechos: crimen de herejía escandalosa, dogmatización, composición de nuevas doctrinas y libros heréticos, cisma y perturbación de la unión y reposo públicos, rebelión y desobediencia a las ordenanzas promulgadas contra las herejías, efracción y evasión de las prisiones reales delfinales; por cuyos hechos se le condena a una multa pecuniaria de mil libras a favor del Rey Delfín y a ser llevado, en cuanto sea aprehendido, sobre un

túmulo con sus libros a la vista y hora del mercado, desde la puerta del palacio delfinal, por las encrucijadas y lugares acostumbrados, hasta el lugar de la Halle de la presente ciudad, y, seguidamente, en la plaza llamada de Charnève, a ser allí quemado vivo a fuego lento, de tal modo que su cuerpo quede reducido a cenizas. No obstante, la presente sentencia será ejecutada en efigie, con la cual serán quemados dichos libros. Dada en junio y 17 del año de gracia de 1553, en la ciudad de Viena. *(Se afloja el cuello. Está sudando. Comenta.)* Jolines, qué calor hace.

(Redoble de tambor. En el reloj de una torre empiezan a sonar doce campanadas. Hay una luz vivísima, cegadora. Música solemne. Entran en escena las autoridades y se sitúan en un estrado. De pronto, un clarinazo y un redoble. Silencio, el EJECUTOR de la justicia pide permiso a la tribuna, como se hace en las corridas de toros, y el presidente de la ceremonia, MAUGIRON, saca un pañuelo. El EJECUTOR hace una reverencia y va al carro. Tira de la lona y descubre un gran muñeco que representa, caricaturizado, a MIGUEL. Lo descarga con ayuda de algunos y lo coloca sobre el túmulo. Descarga unos libros del carro y los ata con una cadena al cuerpo del muñeco. Rumores. Una vez terminada la operación, el EJECUTOR grita hacia el estrado.)

EJECUTOR.— ¡Con la venia, señor!

MAUGIRON.— Vale; cumple con tu deber, muchacho.

(El EJECUTOR enciende una antorcha y prende fuego al muñeco. Cuando está ardiendo —en las representaciones al aire libre se quemará el muñeco realmente—, se dirige al presidente y le dice.)

¡Sentencia cumplida, Presidente!

(Algarabía festiva, música y telón.)

Fin de la Primera parte

PARTE SEGUNDA

CUADRO I

Camino de Ginebra y triste despedida

Ciclorama en rojo. Anochece.

Sobre el caballo flaco, altísimo y un rucio, ambos de madera, situados en primerísimo término frente a los espectadores, «cabalgan» MIGUEL y BENITO. Sus imágenes pueden recordar las de Don Quijote y Sancho por los campos de La Mancha. Música descriptiva del trote de las cabalgaduras.

MIGUEL.— ¿Qué piensas tú, Benito, que te veo tan caviloso desde hace mucho rato?

BENITO.— Nada, mi señor don Miguel; y si pongo esta cara es porque tengo un rato de sueño y no por otra cosa.

MIGUEL.— Pues yo sí tengo pensamientos, y no de los mejores; a medias agoreros, a medias lúgubres.

BENITO.— No piense en nada, don Miguel, si no es en que se ha salvado por tablas de la quema, que es cosa de alegría.

MIGUEL.— Aunque es muy cierto lo que dices, me pongo melancólico.

BENITO.— Pensará en otros tiempos que ya se fueron y que nunca más vuelven. Es lo que pasa cuando uno se abandona.

MIGUEL.— También es eso que tú dices, pero no todo. Ando desde muy joven fuera de mi patria y el exilio es precisamente lo que yo más conozco de la vida; y ya ni se me ocurre pensar en aquel lejano pueblito de mi España y en el señor notario, mi padre, y en doña Catalina, que así se llama mi pobre mamá, y ya serán muy viejos; y hasta olvido sus caras y no sé ni cómo puede ser el rostro de mi hermano, que, por cierto, según algunas

noticias indirectas que yo tuve, se hizo cura y seguro que ha de rezar día y noche por mi conversión y mi vuelta al redil. ¡Pobre y tranquila gente que habrá llorado mucho por mí, horas y horas, y a lo mejor me creen ya muerto, adelantándose un poco en eso a la verdad, pues no es mucho, creo yo, lo que me falta para tan triste suceso; y tan irremediable que ya lo veo ahí, y no encuentro el modo de evitarlo!

BENITO.— ¡Olvídese lo más pronto de esas cosas, y no se deje morir así, ni le dé nada hecho a la muerte para cuando quiera presentarse, que ha de tardar aún mucho todavía, y que le cueste cumplir en su cuerpo ese mortal oficio que es contrario a este nuestro de vivir! La policía no nos encuentra, por mucho que deba andar buscándonos aún, al cabo de tres meses, y eso es cosa importante y digna de mucho regocijo. Sólo nos queda ya torcer este camino y no seguir hasta Ginebra, sino buscar otra salida, pues ésa no lo es, y no sé qué demonio le hace empeñarse en meterse en esa ciudad maldita que es la misma boca del lobo.

MIGUEL.— Tengo la forma de tomar una barca allí y de ponerme a salvo.

BENITO.— Ojalá sea así su pensamiento y no que vaya a provocar a su enemigo, que ya sabe que ha dicho que si usted se presenta en su dominio no ha de salir vivo de sus manos.

MIGUEL.— Yo sé lo que me hago, Benito; y llega ahora, te lo adelanto, un mal momento. Baja aquí, que te hable. (*Desciende del jamelgo.*) Qué buena noche hace, propia de este mes de agosto que llevamos.

BENITO.— ¡Y que lo diga, don Miguel; y qué agustito se respira a estas horas, cuando refresca! (*Baja del rucio.*) ¿Qué me quiere decir?

MIGUEL.— Siéntate y conversemos un ratico, que ya nos queda poco tiempo y no está bien este enorme silencio que llevamos. (*Lo hacen.*) Te quería decir, ni más ni menos, que ya llegamos al fin de la jornada común, pues Ginebra aparece ya ahí a simple vista: es aquello que no se ve por esa parte, sin luces y más oscuro que la misma noche, como boca del lobo, (*Señalando hacia el público.*) y decirte también que llega con esto el momento de la separación.

BENITO.— (*Afligido.*) No me diga eso, que me da mucha pena, y son palabras que nunca, nunca, entre buenos amigos, han de decirse. No pienso separarme de usted, diga lo que me diga; así que hablemos de otra cosa.

MIGUEL.— Nunca me hablaste así, Benito, con esa rebeldía; y me disgusta.

BENITO.— (*Dolido.*) No creo que sea tanta ofensa querer acompañarle.

MIGUEL.— ¿He sido alguna vez un amo o señorito para ti?

BENITO.— Por mi padre lo tengo; que al mío no le conocí, ni sé si es blanco o negro, siendo yo morenito como soy, y muchos, hasta que me vine con usted, me han dado el feo título de hijo de puta, con el sufrimiento que eso supone en una persona de mi edad.

MIGUEL.— No te apures por eso, pues hay muchos concededores de sus padres, que son eso que a ti te llamaban y nadie se lo dice. Pues bien, ahora, y volviendo a lo nuestro, yo me hago amo y devengo señorito para decirte, sin apelación, que vayamos por distintos caminos aunque después nos reencontremos en un lugar pacífico, tal como Nápoles, donde viven muchos compatriotas y yo podré ejercer la Medicina y seguir con mis trabajos de investigación y de cura.

BENITO.— (*Muy triste.*) Nunca más lo volveré a ver si me separo.

MIGUEL.— Haremos los posibles. (*Saca una bolsa.*) Toma esta bolsa con dineros, que son la mitad de los que he podido conservar después del expolio de Viena y de mi ruina; y también va dentro la dirección de la persona napolitana que volverá a reunirnos.

BENITO.— ¡No la quiero coger! Yo, joven como soy, puedo ganármelo, y a usted le va a hacer mucha falta en ese territorio enemigo.

MIGUEL.— No me rechistes y lo coges.

BENITO.— (*Se resiste.*) Que no lo quiero.

MIGUEL.— Que lo cojas y basta. Tómalo.

BENITO.— Entonces se lo guardo. (*Lo coge.*) No me pienso gastar ni un céntimo.

MIGUEL.— Tonto serás si no atiendes con esas perras a tus necesidades.

BENITO.— Si ocurre lo que me temo, ¡ay, don Miguel!, en flores me gasto hasta la última perrilla para su tumba y monumento.

MIGUEL.— A lo mejor no sucede nada, ya verás, pero si ocurre no habrá tumba donde ponerlas; así que te lo gastas.

BENITO.— Yo sé mi obligación igual que usted la suya.

MIGUEL.— ¿Así te pones?

BENITO.— Me pongo como Dios manda y nada más.

MIGUEL.— Al poco de separarnos, verás cómo es distinto, sin que por eso yo diga que me olvides... Pero dejemos ya la discusión. Al amanecer quiero llegar ante las puertas de Ginebra. Así que tengo que marcharme; y quedas avisado que te prohíbo de seguirme los pasos. Quiere decirse

que tú te vas por otra parte. (*Sube al caballo; ya arriba:*) No me guardes rencor, y hasta la vista. Arre caballo, arre, y vámonos de este lugar, antes que a mí, que soy hombre barbado, se me caigan las lágrimas.

(Música y oscuro sobre su figura. BENITO queda acurrucado en el suelo, llorando. Oscuro también sobre su figura; y sigue la música, que cesa al hacerse las luces para el siguiente cuadro.)

CUADRO II

En la Posada de la Rosa

En la recepción de la Posada, ROSA toma a MIGUEL la filiación.

ROSA.— Dígame su nombre y apellido; tenga la bondad.

MIGUEL.— Me llamo Micaele Vilamonti.

ROSA.— Profesión u oficio.

MIGUEL.— Médico.

ROSA.— (*Escribiendo, recita la fórmula de la siguiente casilla.*) «Su trabajo presente y en qué ciudad lo desempeña.»

MIGUEL.— Cuido, ejem, de la salud del gran duque de Milán y voy ahora para Italia.

ROSA.— Viene de Francia y debo reseñarlo.

MIGUEL.— He ido en busca de fármacos para el duque, pues, siendo gálico su mal, he pensado que podría encontrar el remedio en el lugar de origen.

ROSA.— (*Amable.*) No me hable tan deprisa, que soy un poco tarda en escribir. Perdone. (*Escribe muy lenta y acercando mucho los ojos al papel.*) «Que se va para Italia.»

MIGUEL.— Es una pena eso, ¡y usted perdone mi atrevimiento!, en una muchacha de su edad, por muy propietaria que sea de este hotel.

ROSA.— ¿Qué le da tanta pena?

MIGUEL.— Ese asuntillo, usted dispense, de la vista; que, por lo que se ve, le cuesta mirar las cosas a esa poca distancia.

ROSA.— Es muy poco el esfuerzo que hago y no me importa. ¿Cómo decía? ¿Villamanta?

MIGUEL.— Vilamonti, señora, nombre italiano. Vi-la-mon-ti. (*Mira cómo ella lo escribe.*) Es con uve, señora, según mi costumbre; pero no se apure por eso.

ROSA.— (*Un poco picada.*) Se corrige, señor.

MIGUEL.— No merece la pena. Con be de burro va muy bien y no son pocas, no crea, las veces que me he comportado como tal, y he sufrido luego las consecuencias. Así que continúe, y usted tranquila; que no me afecta nada y hasta resulta muy bien con esa be que usted le pone.

ROSA.— Se le agradece. (*Termina de escribir.*) Bueno, no tengo nada más que poner aquí, y conste que si lleno esta hoja, con los problemas de escritura que me trae, es por la policía y no por mi propia voluntad. Me firma el papelillo y así acabamos. ¿Me pone aquí su garra?

MIGUEL.— (*Con extrañeza.*) ¿Garra le dicen? No sabía que aquí en Ginebra, le llamaban de ese modo al garabato de la firma, o a la mano, o al acto mismo de suscribir, o a lo que sea.

ROSA.— Es expresión vulgar, pero se dice, aunque a veces, al pronunciarlo, se pide perdón de los presentes, por eso de que garra parece mentar pezuña o cosa así.

MIGUEL.— (*Fijándose en el techo.*) Este hotel es bastante antiguo, ¿verdad?

ROSA.— Existe desde mucho; pero antes, en la época de la corrupción liberal, no era una casa santa.

MIGUEL.— (*Observando la casa.*) ¿Y no le dio aprensión meterse así, en un antiguo lupanar y establecerse en él, por mucha limpieza y reformas que le hicieran?

ROSA.— Con un médico se puede hablar, y no lo oculto; que una servidora figuraba ya antes en la plantilla de la casa y que ejerció de meretriz durante casi cinco años, hasta que como un rayo me vino la conversión, que coincidió curiosamente con el momento de la prohibición del oficio, en lo que yo veo, no sé, algo muy milagroso; y a todo esto el ama, que me quería mucho, porque yo era, no es porque yo lo diga, muy dispuesta y tenía mucha imaginación, y estaba, digamos, especializada; lo digo con sonrojo y me sirve así de penitencia; que tenía yo muchas habilidades, digo, para los caprichos y las rarezas de los clientes, viejos o jóvenes, con la sobretasa que eso supone, y que era un pico que nos repartíamos a medias entre la dueña y yo, ¿por dónde iba? Ah, sí; que me quería mucho el ama y, bueno, pues que al morirse me nombró su heredera y

yo, al hacerme decente del modo rápido que le he dicho, convertí el deshonesto inmueble en este precioso hotel, que ya no es, desde luego, ni sombra de lo que era en otros tiempos. (*Tiene una cara muy triste.*)

MIGUEL.— (*Pensativo.*) Los tiempos que se van le dejan a uno, ¿no es verdad?, un poco de tristeza, por mal que lo pasara uno.

ROSA.— (*Protesta.*) ¡Nada de tristeza, sino santa alegría, es lo que tengo yo, señor de... (*Consulta el papel con mucho esfuerzo.*) de Vilamonti; la cual alegría tiene sus propias expresiones, que no son ni risas ni cante ni otras muestras obscenas, muy propias de bodeguillas y burdeles! Aquí ese tiempo, afortunadamente, ya pasó, y gozamos desde hace años de una paz muy sepulcral y de lo más agradable, créame. Todavía recuerdo aquel barullo que se armaba cuando se elegía en el barrio la reina del burdel, y todo el mundo se embriagaba. ¡Dios mío, qué vergüenza!

MIGUEL.— A todo esto, voy a sentarme un poco, porque siento dolor en esta ingle izquierda, si es que puedo expresarme así; que yo creo que puedo, pues me autoriza a esa expresión mi condición de médico titulado por la Sorbona. (*Se sienta.*) Tomaría un poco de vino o de cerveza, por refrescar un poco.

ROSA.— (*Niega con la cabeza.*) No se expende.

MIGUEL.— ¿Hay establecimientos especiales para el caso?

ROSA.— Es prohibición general y no se encuentra ni vino ni licores en toda Ginebra, a no ser que haya, que no lo creo, alguna taberna clandestina.

MIGUEL.— ¿El agua, al menos, corre libre?

ROSA.— Sí, señor, y es muy buena, por cierto. Beba, beba sin restricciones, que no se suele poner en la factura.

MIGUEL.— ¿Y qué expansiones tiene un día así, que cae como hoy en domingo, aparte de satisfacer la sed, (*Bebe un trago de agua.*) honestamente, lo cual comporta una intensa delicia: no lo niego?

ROSA.— La gente se recoge en sus casas hasta la hora de los oficios en San Pedro y las calles están, como vería si saliera, desiertas y apacibles.

MIGUEL.— Y a la hora de los oficios, ¿qué sucede?

ROSA.— Entonces ya no queda nadie en sus casas y San Pedro se llena de bote en bote, salvo los enfermos e impedidos y aun a éstos se les retransmite después el santo discurso de maese Calvino, que, por cierto, ¡dice cada verdad!; aunque alguna resulte triste y un tanto deprimente para las gentes tibias y de poca formación. Está muy bien organizado, no se

crea, y nadie tiene peligro de olvidarse de ir, con el perjuicio espiritual que supondría, pues unas brigadillas recorren las casas recordándolo y convenciendo a algunos perezosos que siempre hay, los cuales, si pasan a rebeldía, son castigados muy severamente con reclusiones, expulsiones, cortes de lengua, picota, horca (para casos de adulterio, blasfemia, idolatría...) y, si se trata de casos muy notables, la hoguera, que se sitúa comúnmente allá por el campo de Champel. Por ejemplo, por sonreírse en un bautizo, se suelen poner tres días de prisión; igual también, pero además a pan y agua, cuando alguien es sorprendido desayunando foiegras, que es caso que ocurrió el otro día; y cuatro días de cárcel, es otro ejemplo, se ponen a los que se resisten a bautizar a sus hijos con los santísimos nombres de la Biblia, que es por lo que ahora se ven en Ginebra tantos Abrahames, Isaagues y Raqueles, que antes, durante la ocupación romana y extranjera, no existían. ¿Me comprende? Por lo demás, se evitan ocasiones, y por ello se prohibieron, entre otras cosas, los juegos, los peinados altos de las señoras, tan provocativas, y, ¡claro!, las representaciones teatrales. ¿Así que me comprende?

MIGUEL.— Muy mucho; y como mi proyecto, si Dios quiere, es marcharme mañana mismo de esta bella ciudad, dígame si sería prudente salir ahora en busca de un buen hombre que me han recomendado y que me llevará en su barca lo más tempranito que se pueda, rumbo a cualquier puertecillo que me aproxime a Zurigo, que es el nombre que nosotros, los italianos, damos a Zurich, si no lo sabe.

ROSA.— Usted, como extranjero, es muy libre de hacer lo que le plazca, y no creo yo que le moleste la Secreta, y mucho menos la Patrulla. A no ser los agentes consistoriales..., pero no creo; y menos la guardia del municipio o la Policía Militar, que permanece acuartelada. En cuanto a los soldados nada puede ocurrir, a no ser que les ordene atacar un oficial o un jefe, pero ¿por qué va a ordenarlo? La Milicia Civil, en ocasiones, hace alguna limpieza, pero no creo que hoy... Y las Escuadras de Ex Combatientes, Los Leones Valerosos y otros, que tienen sus milicias, sólo hacen desfilar un poco los domingos, y no te hacen nada a no ser que los provoques, pero nadie se atreve. Con los carabineros y guardacostas no creo que se tope usted hasta el momento de embarcarse, y si no lleva alijos, no suele pasar nada. ¿Y qué queda? Bueno, quedan los somatenes, la obra Descubramos, Hermanos, al Espía, La Santa Her-

mandad de los Caminos, los Alféreces de Dios, los Comités de Salvación Pública, las Organizaciones Piadoso-Militares, la Legión Ginebrina, la Brigada Especial, la Comisión Antialcohólica, el Ejército contra Juego, Baile y Corrupción, el Servicio de Informaciones, los Amantes de Cristo, que cuidan, más que nada, de la moralidad en parques y jardines, la Falange del Amor, de la que, si no es usted judío, no tiene nada que temer, etcétera, etcétera; aparte la Policía de Espectáculos, que se disolvió al ser suprimido el objeto de su vigilancia. Creo, pues, que puede salir tranquilamente y que, al contrario de temer cualquier tontería, se sentirá muy protegido, siendo, como se ve que es, persona de costumbres.

MIGUEL.— Esperaré, de todos modos, hasta la hora de los oficios, y no por nada; pero soy algo tímido y no me gusta llamar la atención, si no es costumbre andar así a deshora por la calle; así que, luego, en cuanto salga todo el mundo, saldré yo entre la gente como un feliz ciudadano cualquiera de la ciudad. De momento, me voy a echar un poco, pues vengo rilado, quiero decir cansadísimo, del viaje; y además me parece que el agua no me ha sentado bien del todo, pues siento algunos apretones aquí en el vientre, parecidos a los que se producen con el mal de canguis, pero un poco distintos. Antes que me retire, permítame un pequeño obsequio sin ninguna importancia, que viene a cuento de lo que antes le dije de la vista, y si le van bien, no me sea coqueta, por favor, y no me los desprecie. (*Le da unos lentes.*)

ROSA.— (*Se ríe, nerviosa.*) ¿Y esto qué es?

MIGUEL.— Se pone en las narices.

ROSA.— ¿Así?

MIGUEL.— Así. Y mire ahora.

ROSA.— ¿Qué tengo que mirar?

MIGUEL.— El papel, por ejemplo.

ROSA.— (*Lo hace.*) ¡Micaele Vilamonti! ¡Se sale del papel!

MIGUEL.— Soy yo.

ROSA.— ¡Qué bien lo veo! Es un milagro.

MIGUEL.— (*Modesto.*) De la Ciencia, señora.

ROSA.— (*Mirándole con las gafas.*) ¿No me hará feo?

MIGUEL.— Está, por el contrario, guapa, y le favorecen.

ROSA.— Cualquiera diría que es español, por lo galante.

MIGUEL.— Qué tontería. Bueno, ya me retiro. (*Aparte.*) Estoy fatigadísimo y loco por tumbarme un rato. (*Alto.*) Me despierta dentro de cuatro horas, por favor.

ROSA.— Espere. (*Le muestra una botella, que saca de debajo del mostrador.*)

MIGUEL.— ¿Qué es eso?

ROSA.— (*Con mucho misterio.*) Vino; pero, por Dios, que no se entere nadie.

MIGUEL.— (*Pidiendo permiso para beberlo.*) ¿Se puede?

ROSA.— Sí.

MIGUEL.— (*Lo bebe, paladeándolo.*) Qué asco, aquellas viejas costumbres, ¿verdad?

ROSA.— (*Afirma y dice con suave melancolía.*) Sólo que algunas cosas daban, no sé cómo decirlo, un poco de alegría, y, a veces, son cosas que se recuerdan sin querer... El vicio tira mucho.

MIGUEL.— Gracias por el traguito, aunque, de haberlo dicho antes, me hubiera podido ahorrar el agua. Bueno, hasta luego, ¿eh?, señora Rosa.

ROSA.— No me haga tan vieja con el trato.

MIGUEL.— Hasta luego, Rosita. ¿Vale así?

ROSA.— (*Asiente con alegría.*) Que usted descanse, y llámeme, por favor, si necesita algo. (*Sale MIGUEL. ROSA, con las gafas, mira, con alegre sorpresa, varios objetos de su cercanía. Entra un AGENTE, enlutadísimo, y se acerca en silencio a ROSA, que se sobresalta al darse cuenta de su presencia.*) Ay qué susto.

AGENTE.— La hoja.

ROSA.— Aquí está.

AGENTE.— (*Leyéndola.*) Así que Micaele Vilamonti.

ROSA.— Sí, señor. (*El AGENTE ríe.*) ¿Es que pasa algo?

AGENTE.— No, nada. Nada. (*Aparte, al público.*) ¡Pero va a pasar pronto!; pues sabemos, por una confidencia, que se trata del diabólico Serveto, español, enemigo mortal de nuestro Padre Calvino, y todo está preparado para proceder a su detención y procesamiento, como mandan los cánones.

(Se ha ido haciendo el oscuro sobre el hotel y queda iluminada tan sólo, en primerísimo término, la figura del AGENTE que, ahora, cambia el tono convencional de su «aparte» para dirigir al público un breve discurso informativo y didáctico.)

Aquí, en Ginebra, existe una ley para evitar muchos abusos de los que había con tanta y tanta denuncia como se producen; y ésta consiste en que «aquél que denunciare a otro [con tonillo] tiene que constituirse él mismo en prisión y sufrir la pena estipulada para el delito atribuido al otro en el caso de que se pruebe la falsedad de la denuncia». Pues bien, hasta esa formalidad está ya resuelta en este caso; y no era fácil, pues a nadie nos parecía bien, y a Nuestro Padre, claro, menos que a nadie, ver al doctor Calvino encerrado en la prisión ni siquiera unas horas y aunque tuviera todas las comodidades, que las hubiera tenido, como es lógico. La solución ha sido ésta: va a formular la denuncia Nicolasillo Lafontaine, criado de Nuestro Padre y hombre sencillo y devoto, buen cocinero y algo teólogo por contagio con el maestro; el cual Nicolás, en cuanto se pruebe la verdad de la denuncia, saldrá a la calle, libre, y ya todo marchará sobre ruedas hasta el fin, que será, sin duda, siguiendo la voluntad de Dios, la ejecución del monstruo. Sólo nos quedaba ahora fijar cómo se va a hacer la detención, si aquí en el hotel, si en la puerta al salir, si en la calle al pasear, etcétera; y, de momento, le dejamos dormir tranquilo; que ya poco le queda.

(Oscuro.

Luz a un primer término lateral. Un GITANO, de pie, recita con gesto crispado y trágico.)

GITANO.— Aquel día luminoso
 el trece de agosto era.
 Miguel salió por la tarde
 —¡nunca el buen Miguel saliera!—
 y vio gentes que pasaban
 paseando por la acera.
 (Muchos eran policías
 de la brigada tercera.)
 Quiso torcer hacia el lago
 para buscar la barquera,
 pero vio que todo el mundo,
 del duque a la cocinera,

iba en una dirección
sin que nadie se saliera.
No se atrevió a separarse.
Siguió la corriente entera,
y así llegó hasta San Pedro
y entró en la nave primera.
Allí se sentó entre fieles...
de la Brigada Tercera,
y en esto comienza el órgano
—¡oh, música duradera!—
y los salmos se escucharon
con voz muy grave y severa
que parecen anunciar
que viene la hora postrera.
¡En esto se hace el silencio
y sale a la luz la fiera!
¡Miguel, cuida de ti mismo
que la vida es verdadera
y la muerte el acabose!
¡Quién te viera y no te viera!

(La figura del GITANO queda inmóvil. Cante, con guitarra, fuera de escena.)

CUADRO III

El principio del fin

Se enciende una luz en un palco de entresuelo, decorado como púlpito y rematado con una cruz. JUAN CALVINO comienza su sermón a los fieles: los espectadores de la sala del teatro. En el escenario, telón corto que representa el austero altar de la iglesia.

CALVINO.— *(Es un hombre delgado, de estatura más bien baja y aspecto muy enfermizo. Habla en un tono medio, con precisión y sin énfasis alguno.)* Hermanos, sed los bienvenidos a esta modesta cátedra que yo, indigno de mí, modestamente desempeño gracias a la asistencia divina que nunca, puedo decirlo con santo orgullo, me abandona, sino que, por el contrario, me permite seguir la vigilancia, por el honor de Dios, a pesar de la miserable condición de mi pobre cuerpo tan afectado siempre por inmundas enfermedades, cólicos, mareos, bilis, ataques que me derriban al suelo entre espantosas convulsiones y otros dolores con los que Dios me prueba continuamente. Bien, hermanos: no de teología les quiero hablar esta vez, pues hay problemas graves que nos afectan hoy en el terreno de la Política de Dios y yo quiero advertirles de ellos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *(Se oye, en el patio, una provocativa carcajada. CALVINO escruta el patio con ojos penetrantes.)* ¿Quién ha sido? El groserísimo rebuzno que se ha escuchado, ¿quién lo emitió? *(Silencio, con contenida cólera.)* Sé quién eres y no te vale ocultarte, oh lobo, entre mis ovejitas. El que turba la paz en la ciudad de Dios que aquí se construye con la Sagrada Disciplina, será castigado por Dios, cuyo Honor no tolera, queridos hermanos, ni mofa ni provoca-

ción, ni vilipendio; y de eso se trataba precisamente: de advertirles de que se está tramando, en las cloacas morales de la ciudad, una conjura criminal contra nosotros, a cargo de perrinistas, libertinos, sedicantes «patriotas», intelectuales resentidos, papistas y otras carroñas supervivientes que maquinan contra Dios al amparo de la sombra, en las tinieblas de sus maléficos espíritus, y que trabajan al servicio, naturalmente, de intereses extraños, ¡oh, infame contubernio! ¡Dios tiene horror de esos infames pecadores, como ellos sienten horror de Dios y tratan de destruirlo en nuestras realizaciones salvadoras, en nuestra paz, nuestra vida espiritual, nuestro orden público! ¡Claro está que esos funestos miserables están condenados al fuego de antemano! ¡No habían nacido y ya tenían su puesto de horror en el Infierno! ¡No soñaban nacer y ya eran asesinos, y ya estaban condenados a la infamia! Hermanos, no es preciso insistir. Ustedes conocen la doctrina y saben que, aunque todos participamos de la culpa de Adán, el destino de unos es la salud, y el de los otros, la eterna condenación al Infierno.

(Se oye algo en el patio. Es MIGUEL, que pide la palabra. Rumores: «Que se siente.» «Asesino.» «Profanación.» MIGUEL, con su peculiar cojera, avanza por el pasillo central y grita señalando enérgicamente hacia la cátedra con su bastón.)

MIGUEL.— ¡Yo pido la palabra! ¿No te acuerdas de mí? ¡Soy Miguel Servet! *(Rumores: «Un extranjero.» «Condenación.» «Está loco.» «Es horrible.» «A muerte.» «A muerte.»)* ¡Escucha, Juan, lo que te digo: no aguantos la mentira y me da pena este pueblo! *(Voces: «¡Sedición!» «¡A las armas!»)* CALVINO se ha quedado absolutamente inmóvil: como una estatua. MIGUEL le grita como un energúmeno.) Es decir: ¿que somos culpables antes de haber hecho nada? ¿Culpables? ¿Y por qué? ¿Porque otro infringió un precepto? Apenas existo y no conozco ni el nombre de Adán, ni el mal, ni lo que es Dios, ni lo que soy yo mismo, y ya estoy condenado por toda la eternidad, por una culpa de la que ni conciencia tengo. ¿Y por qué? ¿Porque vivo? ¿Es decir, que la culpa es la vida misma? ¡Entonces, maldecid la creación, imbéciles! *(Se ha vuelto a la gente y grita.)* ¡Maldecid al Eterno Padre y a su Hijo, que es la propia

vida sobre la Tierra! ¿Puede existir, decidme, un dogma que condena a casi la totalidad del género humano, desde toda una eternidad, a expiar sin fin ni tregua, en inauditas torturas, el crimen de un solo primer padre, causa primera y causa prevista por Dios de todos los crímenes? ¿Hay, decidme, un dogma más repulsivo a la conciencia de todo hombre justo? ¡Jamás! ¡No, jamás la razón humana podrá aceptar esos dogmas vuestros que no hacen sino expresar la ferocidad de vuestras almas o vuestra horrible inconsciencia! ¡Despertad, despertad de ese sueño maléfico! ¡Vuestra fe es mero humo! ¡Un sueño determinista! El hombre es para vosotros un tronco inerte, y Dios una quimera de la voluntad esclava... La justificación que predicáis es una fascinación, una satánica locura... ¡Pobres de vosotros! (*Una pareja de GUARDIAS se acerca a MIGUEL por el pasillo.*)

GUARDIA.— Documentación.

MIGUEL.— La tengo en el hotel. Soy extranjero.

GUARDIA 2.— Acompáñenos.

MIGUEL.— Con mucho gusto, pero suéltlenme.

(Lo habían cogido por los brazos y él se suelta energicamente. Sale dignamente hacia el vestíbulo, y los GUARDIAS detrás de él. Oscuro sobre el púlpito, y desaparece la pálida estatua de CALVINO. Oscuro general y música.)

CUADRO IV

**De cómo fue recibido Miguel por la
Policía ginebrina y de su herida dignidad**

La comisaría.

El COMISARIO, que será el mismo actor que haga el COMISARIO DE VIENA, escribe la ficha ante MIGUEL, que está de pie y esposado.

COMISARIO.— Miguel Servet. Alias...

MIGUEL.— Reves.

COMISARIO.— (*Escribe.*) «Alias, Reves». Natural de...

MIGUEL.— Villanueva de Sigena.

COMISARIO.— ¿Eso de dónde es?

MIGUEL.— España.

COMISARIO.— (*Escribe.*) «España.» Edad.

MIGUEL.— Cuarenta y dos.

COMISARIO.— Hijo de...

MIGUEL.— Antón y Catalina.

COMISARIO.— Estado.

MIGUEL.— Soltero.

COMISARIO.— ¿Sabe por qué ha sido detenido?

MIGUEL.— (*En tono tranquilo, familiar.*) No; pero supongo yo que será, ¡y bien que lo comprendo, pero no me he podido contener, pues soy de natural un poco exaltado!, supongo, digo, que será por la muy inmoderada pasión que he puesto esta tarde en discutir la tesis errónea del pecado original en la iglesia de San Pedro; y estoy dispuesto a sufrir el justo correctivo que sea del caso: la multa o el arresto, o la expulsión... Soy extranjero y no conozco las costumbres y leyes de esta República. Me

extraño, sin embargo, de dos cosas, y permítame, señor comisario, que proteste respetuosamente de ellas. Primera, de que me hayan atado así las manos, que me parece excesiva precaución y un atentado contra mi propia dignidad. Y segunda, de que haya sido despojado, sin recibo ni formalidad alguna, de todos mis dineros y las joyas; bienes que constituyen mi única fortuna, pues no tengo más cosa en ningún otro sitio y ando de viaje.

COMISARIO.— Bueno, bueno. Si el asunto de su locomoción es lo que le preocupa más, no tenga ningún cuidado en ello, pues el viaje que estaba haciendo ya no lo continúa, por orden judicial, y aquí tendrá de todo lo necesario para su mantenimiento: rancho caliente y cama. Y en cuanto a lo demás, me parece que no ha valorado bien las causas de su prisión y su actual procesamiento, el cual se inicia a instancias de don Nicolás de Lafontaine.

MIGUEL.— No lo conozco.

COMISARIO.— Él a usted sí, parece ser, pues mire los términos de su declaración, que el Nicolás firmó antes de entrar él mismo, hace una hora, en un calabozo de esta casa conforme a las leyes de la República, que usted empezará a conocer enseguida de modo muy práctico y tangible: «Ante vosotros, magníficos, poderosos y muy temibles señores, depone Nicolás de Lafontaine, constituido prisionero en causa criminal contra Miguel Serveto, por los grandes escándalos y trastornos que el dicho Serveto ha causado durante el espacio de veinticuatro años, aproximadamente, en la Cristiandad; por las blasfemias que ha pronunciado y escrito contra Dios; por las herejías con que ha infectado el mundo; por las monstruosas calumnias y falsas difamaciones que ha publicado contra los grandes servidores de Dios, y sobre todo contra monseñor Calvino, mi pastor; hechos que constituyen, piensa el que suscribe, la materia de un delito continuado de herejía subversiva, merecedor del más severo castigo, a ser posible sin efusión de sangre y con el ceremonial conveniente para el escarmiento público y la conservación de nuestra fe. Y entrego, con la presente, treinta y ocho tesis escritas de mi puño y letra, con el detalle de lo aquí declarado. Nicolás».

MIGUEL.— «Sin efusión de sangre» quiere decir «quemado vivo» y es una expresión eufémica de ello. ¿No es así?

COMISARIO.— Así es.

MIGUEL.— (*Ríe de buena gana.*) Eso sería absurdo si no fuera ridículo; es decir, sería grotesco si no fuera terrorífico; o sería, digamos, espantoso si no fuera, como seguro que lo es, una equivocación muy lamentable. Es decir, que sería...

COMISARIO.— Cállese, cállese ya. Me vuelve loco. (MIGUEL *calla*. El COMISARIO *se encoge de hombros*.) A mí qué me cuenta. Firme aquí, que le he dado lectura al acta de acusación, y déjese ya de fastidiar con comentarios que a lo mejor le perjudican.

MIGUEL.— (*Le muestra las manos.*) No puedo.

COMISARIO.— Haga un poder. Otros se apañan.

MIGUEL.— Yo, no.

COMISARIO.— (*Refunfuña.*) Intelectuales del carajo... Traiga, traiga... (*Lo suelta.*)

MIGUEL.— ¿Me permite una silla? Los intelectuales del carajo, como usted dice con expresión un tanto grosera y muy desafortunada, no escribimos de pie ni de rodillas, sino sentados; aunque ya veo, por las faltas, que usted escribe, más que de pies, con ellos.

COMISARIO.— Ya se le quitarán los humos, señor doctor. Siéntese donde quiera y firme y váyase. Lo esperan en los calabozos del obispado.

MIGUEL.— Con su permiso, señor. Con su permiso...

(Se sienta y firma con mucho cuidado y elegancia mientras va haciéndose el oscuro. Música.)

CUADRO V

**Viaje a la noche en forma de
monólogo con lo desconocido**

Luz sobre Miguel, de pie, en primerísimo término. En una pantalla se proyecta, en letras blancas sobre fondo negro, como se solía hacer en el cine mudo, la leyenda: «Era el 14 de agosto de 1553...».

MIGUEL.— (*Tranquilo, dueño de sí mismo.*) Entiendo, señores magistrados, que las treinta y ocho tesis presentadas por el probo denunciante señor Lafontaine en las que un servidor cree reconocer, y lo dice sin segunda intención, el estilo ajustado y preciso de monseñor Calvino, cuyo fámulo y cocinero es, por cierto, según he conseguido averiguar, podrían resumirse en estas tres: que yo niego la Santísima Trinidad, que también niego la divinidad de Cristo y que mantengo doctrina panteísta. Sin pasar aún a la materia de estas acusaciones, quiero decirles que yo, Miguel Servet, mantengo con muy buenas razones en mi *Restitución del cristianismo* esto: que nadie puede ser procesado por sus opiniones y que una de las mías es, precisamente, «que una diferencia teológica no puede ser resuelta por un tribunal secular como el aquí compuesto por ustedes, magníficos señores». (*Se cambia, con acompañamiento de música, la proyección de la pantalla: «Al día siguiente».*)

Soy, en efecto, anabaptista, y no me miren por ello con tanto horror, pues esto no es un crimen, ni practicamos otro terrorismo que decir la verdad, tan falseada día a día por las informaciones oficiales. Postulamos el comunismo de los bienes y el bautismo de los adultos, y en ello estamos conformes con el más riguroso espíritu del Evangelio. Yo estoy dispuesto, si me dan licencia para ello, a defender la verdad de mis doctrinas.

(Se cambia, lo mismo, la proyección de la pantalla: «Un día después».)
 Advierto con mucha complacencia que mis razones encuentran eco en vosotros, y ello me alegra, pues indica que no ha sido totalmente usurpado el espíritu de los patriotas y libertinos que consiguieron la liberación de la ciudad del yugo de los Saboyas y la Iglesia romana, y que hay aún esperanzas para este pueblo. A vuestro sentimiento de la justicia me dirijo... *(Un altavoz resuena en la sala.)*

ALTAVOZ.— ¡Eso es política! ¡Subversión! ¡Está conjurado con los enemigos de nuestro pueblo! ¡Es un agitador extranjero! ¡Viva Calvino! ¡Orden!

MIGUEL.— Entre los que gritan contra mí, hay algunos que callan. A ustedes, silenciosos, me dirijo. Yo no conozco a nadie en la República. Nadie me ha venido a visitar al calabozo. Sólo he hablado, y en alta voz, con ujieres y policías. Hablo según mi corazón, y no digo nada que me hayan dicho decir. No sé nada de conjuras; pero sus gritos me dicen que aquí se teme al pueblo, y yo soy acusado de producir agitación, ligeramente, falsamente. Tan solo pronuncié unas palabras de agradecimiento en el seno del Pequeño Consejo, sin ninguna malicia ni ánimo de difusión.

ALTAVOZ.— ¡Si no formas parte del contubernio, les haces el juego, cabronazo! ¡Compañero de viaje! ¡Tonto útil! ¡Viva la Ciudad de Dios! ¡Viva Ginebra! ¡Viva el Consistorio! ¡Mueran los traidores que conspiran contra el Honor de Dios! *(Por los altavoces, un grave himno litúrgico, que funde con una sonora marcha nazi. De pronto, silencio.)* ¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! Tiene la palabra monseñor Calvino, que hoy nos concede el honor de su visita. *(Una pausa.)*

VOZ DE CALVINO.— He venido, señores Magistrados, a pedirles que se me autorice a participar en el interrogatorio de este hombre.

VOCES.— ¡Autorizado! ¿Cómo no? ¡Viva Calvino!

VOZ DE CALVINO.— *(Muy reposadamente.)* Quisiera, antes que nada, reprobar paternalmente a los señores magistrados la tibieza con que están llevando el caso de este español blasfemo, corrupto y portador de abominable peste... En la sesión de ayer, según he sido informado, el magistrado señor Berthelier, cuyas equívocas posiciones libertinas ninguno desconoce entre nosotros, y son benévolamente toleradas por Dios, a través de mi paternal condescendencia, se opuso a la justa demanda del abogado señor Colladon, de que fuera puesto en libertad mi Nicolás, el amado discípulo que tomó la valerosa decisión de constituirse en de-

nunciante del hereje celtíbero, ni aun con la oferta, por parte de mi querido hermano Antonio, de depositar una fianza para ello.

«Estas y otras circunstancias que concurren en el señor Filiberto Berthelier, y quedan avisados con ello el señor Perrin y los demás vergonzantes miembros de la larvada oposición a Dios, cuyos solos designios trascendentes constituyen la férrea pauta de conducta por que se rige la ciudad, éstas y otras circunstancias, digo, me deciden a proyectar, a buen plazo, la excomunión del señor Berthelier, que será proclamada en momento y lugar oportunos. Excluido de nuestra espiritual Cena, el señor Berthelier tendrá tiempo de pensar en sus pesados, sacrílegos errores.»

«¿No decís nada? Vuestro respetuoso silencio es suficiente prueba de vuestro piadoso acuerdo con la ley... Siento, con los oídos del espíritu, el inefable clamor de vuestro apoyo. No tengo nada que agradeceros, ni vosotros a mí; y sí todos a Dios, que está en los cielos.»

«Pero vayamos a este pobre, triste, desventurado asunto del iracundo Servet, cuyo aspecto, ahí lo veis, de puerco ciudadano que tuerce el hociquito en busca de basura nos dice mucho de su miserable condición de bestiaza. Escúchame, Miguel, y si logras entender mis palabras, pues tu inteligencia es verdaderamente muy obtusa, me respondes.»

MIGUEL.— (*Se revuelve y vocifera.*) ¡Pero antes explica a este Consejo que tú me has denunciado a la Inquisición romana, usando de malísimas artes propias de un degenerado soplón, y que les hiciste llegar las pruebas contra mí, y que me he salvado de milagro de la muerte! ¿Y cómo explicas eso? Me entregaste atado de pies y manos a la misma gente que quema en Lyon a tus hermanos evangélicos, ¿y aún quieres que te escuche? ¿No sabes que es impropio de un ministro del Evangelio ser acusador criminal y perseguir judicialmente a un hombre a muerte? ¡Yo recuso tu presencia en este Tribunal por lo que acabo de decir y porque tú no puedes ser ni testigo ni juez en esta causa, pues eres, una vez más, el denunciante y acusador, oh sicofanta, oh mago, oh cacodemonio!

VOZ DE CALVINO.— (*Reposado.*) El denunciante se llama Nicolás de Lafontaine, y todo está jurídicamente en orden y es correcto.

MIGUEL.— Desconozco el procedimiento aquí vigente y pido, antes de continuar, un abogado, sin el cual me va a ser imposible defenderme.

VOZ DE CALVINO.— Con lo bien que sabes tú mentir, ¿para qué quieres un abogado? (*Risas.*) Señores, seriamente: su solicitud entraña mala fe y propósitos políticos. Quisiera convertir ese estrado en una turbia plataforma de agitación. Opino que no debe otorgársele su demanda. Pero pasemos, con el permiso, antes obtenido, del tribunal, a la materia del proceso. Tanto en ese último y largo volumen de sus delirios llamado *Restitución* como en los vómitos que echó sobre un ejemplar de mi *Institución*, y luego me lo envió provocativamente, como en sus otros trabajos, los errores y abominaciones constituyen la verdadera trama del discurso. Abramos cualquiera; por ejemplo, su edición de la *Geografía*, que no es más que un groserísimo salivazo sobre la ilustre obra de Tolomeo. Veamos, Miguel: ¿qué testimonio debes aceptar, el de la Santa Biblia según la cual, que es la palabra de Dios, Palestina es una tierra fértil «donde fluyen la leche y la miel», o el tuyo, según el cual se trata de una tierra «inculta y estéril»? (*Expectante silencio. MIGUEL parece recuperar su calma.*)

MIGUEL.— El mío se refiere al estado actual de aquellas tierras y cuento para mi descripción con el testimonio directo de muchos viajeros y mercaderes. No niego que en los lejanos tiempos del ilustre teólogo Moisés aquellas tierras pudieran ser más ricas y agradables.

VOZ DE CALVINO.— Advierto a los señores magistrados sobre la conveniencia de cercenar este tipo de locuras «científicas» que amenazan la integridad espiritual de nuestras comunidades; tales como esa que ha empezado a circular secretamente desde hace unos diez años en que fue publicada con el título *De revolutionibus orbium caelestium*, y que postula esta simple, pura, sencilla barbaridad: que la tierra se mueve. ¿Y no dice el Salmo XCIII en su versículo 1 que «el mundo está fijado de modo que no puede moverse»? ¿Y quién puede aventurarse a poner la autoridad de ese Copérnico, que así se llama el sedicente fraile, por encima de la del Espíritu Santo? ¡Semejantes monstruos deben ser sofocados, señores!». (*Rumores de indignación.*) Menos mal que existen espíritus vigilantes que cortarán el paso a estos errores. Ruego al Tribunal que se suspenda unos minutos la sesión, mientras reflexionamos sobre lo ya dicho y preparamos lo por decir.

Voz.— Se suspende por unos minutos la sesión.

(*Música y oscuro.*)

Pantalla grande en primer término. Sobre ella se proyectan las siguientes leyendas.)

Este loco Copérnico
desea invertir todo el sistema
de la astronomía.
Pero la Sagrada Escritura nos
dice que Josué ordenó al sol que
se estuviera quieto, y no a la
Luna.

LUTERO

En verdad
los gobernantes prudentes deberían
domar el desenfreno
de las mentes de los hombres.
¡Qué disparate el de este astrónomo
Prusiano
que mueve la tierra
y fija el sol!

MELANCHTON,
16 de octubre de 1541

No les da tiempo a fumar un cigarrillo. 4 minutos de descanso.
Se ruega permanezcan en sus asientos.

(Breve descanso.)

TERCERA PARTE

CUADRO I

Pasión de Miguel Servet, según algunos documentos

Cuando se alza la pantalla, MIGUEL sigue en el mismo lugar, pero ahora de espaldas al público. Se supone que la sala, y con ella MIGUEL, ha girado 180° y ahora tenemos enfrente, en el foro del escenario, la mesa del tribunal. En torno a ella están los consejeros y magistrados, representados por maniqués de tamaño natural, que podrán manejarse mediante hilos, como marionetas.

En un lateral, empinado sobre una altísima plataforma, de modo que MIGUEL para hablarle tiene que mirar hacia arriba, está CALVINO. Así, también durante el cuadro anterior, miraba hacia arriba, aunque no viéramos a CALVINO, y, naturalmente, se dirigía al lado contrario de la actual situación de éste.

CALVINO.— *(Con voz tranquila, reposada, y su gesto hermético, imperturbable.)* Entre tus muchos atentados criminales a la Escritura, y el cometido por ti contra la tierra Santa de Palestina ha sido escuchado con espanto por estos señores consejeros, que son sabios y prudentes, aunque no sean muy duchos en sagrada teología, y, por ello, se comportan solícitos y respetuosos con su pastor, está tu blasfemísima interpretación, materialista e histórica, de las profecías contenidas en los sagrados libros, las cuales para ti, y no sin vergüenza repito literalmente tus sonoros rebuznos, «tienen una significación natural y propia de la historia del tiempo» y no se pueden aplicar literalmente a Jesucristo. Ése es tu, bueno, digamos..., «tu pensamiento», a no ser que en este mismo acto te retractes.

MIGUEL.— (*Con furia.*) ¡No me retracto, sino que me reafirmo! Así lo pienso; y léete mi edición de la Biblia Latina de Pagnini, que buena falta te hace. En ella verás el descubrimiento, por mí, de muchísimos errores como el que cometió Jerónimo en Isaías 7:14 al traducir por «virgen» lo que realmente debe traducirse por «muchacha»; y ten en cuenta que el pasaje, además, no se refiere «proféticamente», como muchos pretenden, a la madre de Jesús, sino, como siempre, a personajes de aquella actualidad; en este caso, a la mujer de Ezequías y nada más que a ella.

CALVINO.— Tu horrisona edición de la Biblia, salpicada por tus frecuentes eructos, pues no merecen el nombre de notas, ni de nótuas, ni de escolios, ni de nada parecido, es ilegible, y en ella señalas como errores místicos todas las cosas que tú, podenco, no comprendes; y mira cómo tu vida es un abismo de contradicciones: no creyendo en la virginidad de María, ¿por qué confraternizabas tan vergonzosamente con los papistas? Nuestros hermanos de Viena te han visto, siempre puntualmente, entrar a la misa y a los sacrílegos oficios y a todas las funciones de esos «magni meretricis filios». (*Los maniqués levantan las manos y se oye su voz colectiva por los altavoces.*)

VOZ DE LOS CONSEJEROS.— ¿Es eso cierto?

MIGUEL.— (*Les explica.*) ¡Sí que lo es, señores! En Viena yo no podía mostrarme como era por miedo que tenía de la muerte; y no me da vergüenza de decirlo. Simular para sobrevivir; ésa es, señores magistrados, la condición clandestina a que nos obliga nuestro tiempo. Pero yo reprochaba el acto en mi corazón; ¡y tú (*A CALVINO.*) conoces, si has leído mi obra, mi pensamiento sobre la Iglesia romana: no lo niegues!

(*Recita exaltada y solemnemente la letanía.*)

Bestiam bestiarum sceleratissimam!
meretricem impudentissimam!,
draco ille magnus!
Serpens antiquus!,
diabolus et Sathanas!,
seductor orbis terrarum!

CALVINO.— Basta, basta. Pasemos a materia propiamente teológica.

MIGUEL.— *(Como aceptando un reto deportivo.)* Empieza.

CALVINO.— Asunto de la Santísima Trinidad.

MIGUEL.— Vale.

CALVINO.— «Juega el fanático Servet con el vocablo persona.»

MIGUEL.— Eso no es tuyo.

CALVINO.— Ah, ¿lo recuerdas?

MIGUEL.— Sí.

CALVINO.— *Lugares comunes* de Melanchton.

MIGUEL.— Exacto.

CALVINO.— ¿Aceptas?

MIGUEL.— Niego.

CALVINO.— Si no juegas, ¿qué haces?

MIGUEL.— Investigo.

CALVINO.— ¿Y qué hallas?

MIGUEL.— Hallé el significado que tenía la palabra «persona» para los latinos.

CALVINO.— ¿Cuál era, según tú?

MIGUEL.— ¿No dices haber leído a Melanchton?

CALVINO.— Para que lo oigan aquí. *(Por los maniqués consejeros.)*

MIGUEL.— «Hábito o distinción de oficio.»

CALVINO.— De donde Padre, Hijo y Espíritu Santo son *(Ríe friamente.)* distintos hábitos, *(Vuelve a reír.)* o, mejor aún, distintos oficios de Dios. ¿Es eso?

MIGUEL.— Sí, algo parecido.

CALVINO.— Blasfemado has.

MIGUEL.— Aduzco autoridades.

CALVINO.— Por ejemplo.

MIGUEL.— Ignacio Obispo.

CALVINO.— ¿Y cuál más?

MIGUEL.— No recuerdo ahora.

CALVINO.— Ignorante.

MIGUEL.— No puedo discutir así.

CALVINO.— ¿Cómo?

MIGUEL.— De memoria.

CALVINO.— ¿Qué quieres?

MIGUEL.— Libros.

CALVINO.— ¿Sabes el griego?

MIGUEL.— ¡Qué pregunta!

CALVINO.— Lee aquí. (*Le tiende un libro.*)

MIGUEL.— No.

CALVINO.— Porque no sabes.

MIGUEL.— ¿Soy acaso un niño? Ya tuve mis maestros y tú no lo eres.

CALVINO.— Anote el tribunal que el procesado no conoce el griego.

MIGUEL.— Eso es mentira.

CALVINO.— Sigamos. Luego la Trinidad, para ti, ¿qué es?

MIGUEL.— ¿Lo que llamáis tres personas?

CALVINO.— Sí.

MIGUEL.— Tres manifestaciones de una sola persona «multiformes Deitatis aspecti». (*Los maniqués levantan los brazos.*)

SUS VOCES.— Blasfemia.

CALVINO.— ¿Crees que el Verbo habitó entre nosotros?

MIGUEL.— Habitó «in nobis», en nosotros; y no «inter nos». Todos participamos del Verbo.

CALVINO.— Jesucristo, ¿es Dios?

MIGUEL.— (*Afirma.*) También nosotros, aunque las criaturas humanas somos degradaciones de la Divinidad; pero un día, en el futuro siglo, la sustancia de la divinidad de Cristo irradiará en nosotros transformándonos y glorificándonos. Pues en el cuerpo de Cristo se concilia, concurre y recapacita todo: Dios y el hombre, el cielo y la tierra, la circuncisión y el prepucio. Este proceso es Dios, y Jesús, su manifestación más luminosa, la manifestación más elevada de todo: las cosas, los animales y nosotros.

CALVINO.— ¿Así piensas?

MIGUEL.— Sí.

CALVINO.— «Todo es Dios, y Dios es todo.»

MIGUEL.— Exacto.

CALVINO.— ¿Crees, infeliz, que la tierra que pisamos es Dios?

MIGUEL.— Sí.

CALVINO.— ¡Miserable!; dime por ventura si tú crees que este suelo de madera, que ahora golpeamos con nuestros pies, (*Golpea el suelo.*) forma parte de Dios.

MIGUEL.— Yo no lo dudo. (*Los maniqués alzan los brazos.*)

SUS VOCES.— Blasfemia.

MIGUEL.— (*Sereno.*) ¡Y ese banco, y esa mesa, y todo lo que nos rodea, forma parte, sin duda, de la sustancia de Dios!

CALVINO.— (*Grita ahora, impensadamente, como un poseído.*) ¿Quieres decir que hasta el diablo es Dios?

MIGUEL.— (*Extrañamente tranquilo ahora.*) ¿Y tú lo dudas?

CALVINO.— (*Se vuelve a los maniqués.*) Señores, pido sin más que sea decretada inmediatamente la libertad de Nicolás Lafontaine, comprobada como lo ha sido la veracidad de su denuncia y que, por hoy, se levante la sesión. La pena de este hombre no podrá ser otra que la muerte; pero es a vosotros, libremente, a quienes corresponde decidir. (*Se levanta un maniquí central y con gestos de marioneta dice unas palabras que se oyen por el altavoz.*)

VOZ.— Queda decretada la libertad del señor Lafontaine y, por hoy, se levanta la sesión.

(Se levantan todas las marionetas. Oscuro sobre todo menos sobre MIGUEL, que se tumba en el suelo como si tratara de dormir y se remueve agitado por una pesadilla. Se arrastra por los suelos como un gusano, y desde primerísimo término dice al público.)

MIGUEL.— Yo no me sé explicar.
 Soy una mala bestia, aquí lo dicen,
 pero siento el misterio de las cosas
 y me espantan los monstruos,
 como el cerbero de las tres cabezas,
 dios tripartido,
 mente escindida,
 loca divinidad esquizofrénica,
 Dios contra Dios
 —¿Por qué tú me abandonas?—;
 y tres dioses a fin de cuentas:
 uno con barbas larguísimas y eternas,
 el otro, lívido y sangriento, coronado de espinas
 y el otro en forma extraña de paloma.
 Yo llamo Cristo a todo: al Dios manifestado,

pues hay zonas incógnitas de Dios,
 el cual, en su conjunto,
 como presencia omniforme o unidad múltimoda,
 incomprensible es,
 tampoco imaginable es,
 y no es comunicable en aquello que alguno de Él alcanza a
 vislumbrar.

El Jesús de Nazaret es sólo un resplandor en el conjunto:
 momento de vanguardia de la transformación;
 y todo es movimiento:
 Dios se mueve y transforma.
 Jesús de Nazaret es una expresión del Cristo general
 que es la esencia de todo:
 Jesús de Nazaret es, diríamos, una alta concentración de Cristo
 en un lugar determinado,
 como la hubo en la primera vida vegetal
 y en la primera vida animal,
 y en los primeros hombres.
 Jesús de Nazaret ha muerto y Cristo vive;
 principio y fin del desarrollo, alfa y omega;
 punto al que llegaremos por virtud
 de una gloriosa transformación, debida también a nuestras obras;
 que ellas nos justifican,
 y no sólo la fe como estos míseros suponen,
 satánicos creyentes en la fatal condenación de muchos, por el
 «decretum horribile» de un Dios que así sería un monstruo de
 crueldad, cosa impensable.
 Fides est ostium
 charitas est perfectio.
 Nec fides sine charitate
 Nec charitas sine fide. Amén.

*(Cierra los ojos como abstraído. Se oye la voz de CALVINO,
 con ecos lúgubres, por los altavoces.)*

VOZ DE CALVINO.— «Hermano Farel, ya tenemos nuevo negocio con Servet.
 Lo he recibido como se merece. No diré nada del impudor de ese hom-

bre, de su furia. Espero que el castigo sea, por lo menos, la pena de muerte.» (*Música con sirenas de alarma, como avisando de un bombardeo aéreo.*) «En la sesión del 21 de agosto le presenté una de las obras que me pidió para su defensa: El Justiniano. Nos dio risa comprobar que no conoce el griego: deletreaba como un niño, y de pronto empezó a dar voces dignas de una persona loca.» (MIGUEL *grita.*)

MIGUEL.— ¡Traedme la traducción latina! Estoy muy fatigado. Hace mucho que no duermo. Sufro horrores día y noche en ese frío y oscuro calabozo. (*Vuelve a quedar postrado.*)

VOZ DE CALVINO.— «El de la frente de bronce salta del gallo al asno y no da muestras de avergonzarse por nada. Vamos a pedir al tribunal papista de Viena copias de las acusaciones que allí le hicieron, y se ha decidido consultar sobre el caso de Servet a las cuatro Iglesias reformadas de Suiza. (*Se proyecta en la pantalla la fecha «22 de agosto». Entra un criado en la celda de MIGUEL. Le deja una pluma, papel y un tintero.*)

CRiado.— Recado de escribir.

MIGUEL.— Gracias. (*Escribe.*) «A los Señores del Consejo de Ginebra. Suplica y reitera humildemente Miguel Servet, acusado y encarcelado, que se vea cómo es una nueva invención, ignorada por los Apóstoles y los discípulos de la Iglesia antigua, formar causa y acusación criminal por las opiniones o doctrina. En segundo lugar, señores, os suplico que consideréis que a nadie he ofendido en vuestra tierra ni en parte alguna, ni he sido sedicioso ni perturbador; y por cierto que siempre..., (*Para antes de seguir; y continúa con mucho esfuerzo.*) que siempre he reprobado a los anabaptistas, sediciosos contra la Magistratura y que quieren hacer comunes todas las cosas... No, no soy comunista. Me retracto.»

(Al terminar de escribir, MIGUEL solloza con angustia sobre las cuartillas y se hace el oscuro total. Se oye la carraca de un morse y una cinta luminosa. Pasa la siguiente noticia: «Viena del Delfinado. 31. El tribunal que entendió en el caso Servet felicita efusivamente a las autoridades de Ginebra por su captura y ruega se conceda la extradición del procesado».)

MIGUEL.— (*Grita en el suelo.*) ¡No, por favor, Excelentísimos consejeros, a Viena, no! Si me entregan, oh ilustres magistrados, estoy perdido! ¡Ten-

gan piedad de mi pobre persona! ¡A Viena, no, por Dios! ¡A Viena, no!
 ¡En Viena está ya firmada mi sentencia de muerte! *(En la pantalla,
 primer plano de la cara de un maniquí.)*

VOZ.— Cuestión XIII. Diga el procesado qué razón ha tenido para no tomar esposa.

MIGUEL.— *(Siempre en el suelo.)* Es mi vida privada, señor, y no se trata de materia aquí discutible, en mi opinión.

VOZ.— Responda el procesado, pues los actos de una vida privada actos públicos son.

MIGUEL.— ¡Que yo tenga o no mujer, a nadie le interesa, y menos a tan severos jueces!

VOZ.— La homosexualidad, por ejemplo, acto social es, pues no se practica en solitario. El trato con amantes o meretrices igualmente lo es: acto social y corruptor.

MIGUEL.— ¡No, no es eso! Mire, Señor, que en ese asunto se equivoca; y que, si nunca tomé esposa, no fue por andar por ahí con unas y con otras, como suele decirse, pues lo que me sucede es una gran desgracia y no quería hablar así, en público de ella; pero ya que me insisten y que yo no sé cómo valerme pues me siento cada día que pasa más acabado de ánimo y de espíritu... resulta que padezco de una molesta quebradura que me impide tomar esas agradables disposiciones y que se traduce además en esta ruin cojera que me afea y en unos dolores muy agudos que me traen a mal traer, sobre todo cuando hay así como cambios en el maldito tiempo.

VOZ.— ¿Quiere decir el procesado que es impotente?

MIGUEL.— *(Con sencilla dignidad.)* Sí, señor.

(Una risa en la sala. Más risas. Muchas risas, en los altavoces de la sala; que siguen durante el oscuro, que se hace enseguida, hasta que se da la luz para la escena siguiente, la cual se desarrolla en torno a una mesa. El «Comité de liberación» está reunido. Sus miembros tienen los rostros ocultos por capuchas y máscaras. Los nombraremos con letras.)

X.— Comienza la sesión.

Y.— Asunto Servet.

- X.- Informe del señor Zeta.
- Z.- Todas las confidencias coinciden, y también el testimonio de nuestros compañeros en el Consejo, en que la sentencia será de muerte, y probablemente quemado a fuego lento.
- X.- ¿Qué esperan ya para dictarla?
- Z.- La sanción moral de las demás Iglesias.
- Y.- ¿Y si la respuesta de las Iglesias no fuera favorable?
- Z.- Lo matarán de todas formas. Calvino y el Consistorio están decididos a ello. La autoridad civil ha sido desbordada.
- J.- ¿No es posible hacer nada por salvarlo?
- X.- No, nada. La excomunión de Berthelier es una prueba. Ha tenido que morder el polvo. El tirano es ya dueño de la República.
- K.- El Comité Anabaptista ha pedido hablar con nosotros. Dicen tener un plan para la salvación de Servet.
- Z.- Será como siempre. Huelgas, manifestaciones en la calle, violencias... No podemos caer en esos extremos y tratar con esas gentes compromete muy gravemente la dignidad de nuestra acción.
- J.- Un apoyo a Berthelier favorecería indirectamente la causa de Servet y probaría nuestras fuerzas contra la tiranía. ¿Qué les parece?
- Z.- Pero ¿cómo realizar ese apoyo indirecto?
- J.- Por ejemplo, una carta colectiva protestando por su excomunión y denunciando que el tirano emplea ese recurso sagrado como método de coacción política. Amied Perrin seguramente encabezaría una carta en esos o parecidos términos.
- Z.- No creo. Está muy comprometido con el régimen.
- N.- Ya hay una carta circulando. Grupos de estudiantes recogen firmas. Ayer estuvieron en mi casa.
- X.- ¿De quién es ese papel? ¿Cómo no se nos ha consultado para su redacción?
- N.- Seguro que el papelucho procede del C.R.A., del tal «Comité Revolucionario Anabaptista». Reclaman la salvación de Servet, amnistía y libertad de expresión y asociación; y nos presentan, como de costumbre, el hecho consumado.
- X.- ¿Firmó usted?
- N.- Naturalmente, no. Además, el documento es excesivamente duro y está muy mal escrito.

- J.– Habría que hacer uno más moderno y científico, y además, escribirlo con buen estilo literario.
- Y.– Se tratará de ello, si les parece, en la próxima reunión, dentro de dos meses. Entonces, si se decide así, puede constituirse un comité de redacción.
- J.– ¿No será un poco tarde?
- Z.– La precipitación es mucho peor pecado.
- Y.– Es cierto. Además la evolución de los hechos procurará nuevos datos que nos permitirán, seguramente, una más correcta toma de posición.
- J.– Cierto que la situación es ahora un tanto confusa y que no podemos permitirnos un paso en falso.
- Z.– Lo único claro es que van a matar a ese agitador, Servet.
- Y.– ¿Usted cree también, por supuesto, la versión oficial: Servet, agitador?
- Z.– Es seguro que está en contacto con su grupo.
- X.– Allá ellos, entonces, en lo referente a la salvación personal del hombre, y tratemos nosotros sus aspectos políticos.
- Y.– Claro está que se trata de una vida humana, sea o no sea un agitador anabaptista.
- N.– Su muerte, en todo caso, sería un crimen. Eso es indudable.
- X.– Nosotros, liberales, no somos los abogados de Servet, sino la oposición: los salvadores futuros de la República. Salvar a Servet, o intentarlo, pues nada habíamos de conseguir, sería, qué duda cabe, un buen acto moral, humanitario, pero nosotros hemos emprendido, con toda clase de riesgos personales, esta acción política y no podemos comprometerla en un acto, por meritorio que sea, de socorrismo individual.
- N.– Por algunas calles han aparecido letreros con pintura negra: «Salvad a Servet».
- J.– ¡Es el C.R.A.! ¡Las exhibiciones de siempre! ¡Hechos consumados! ¡Se lanzan a actuar sin consultar con nadie!
- X.– ¡Y luego, a propagar que son ellos los que hacen las cosas!
- Y.– ¡Y siempre haciendo proselitismo!
- N.– ¡En las cárceles es igual! ¡Allí son mayoría absoluta y se aprovechan de esa privilegiada situación!
- J.– Por lo demás, ya se sabe: el C.R.A. lo utiliza todo para su propaganda exterior. Téngase en cuenta que no es un movimiento ginebrino, sino internacional, y la justicia es un asunto nacional. Todo lo demás es ignominia.

K.– Y los letreros de las calles, ¿están bien escritos?

N.– Sólo dicen «Salvad a Servet».

K.– Que lacónicos.

Y.– ¿Y lo ponen con be o con uve?

X.– Con uve, me parece, pero desde luego con letra torpe y desigual.

K.– Señores: hace falta valor, de todos modos, para escribir esos letreros por la noche, con tanta policía. Vamos, digo yo.

Y.– En ellos no es valor. Tienen esas costumbres.

J.– Propongo, mientras se prepara el documento brillante y definitivo, que se envíe a Servet un mensaje anónimo de solidaridad. Eso puede darle valor frente a sus jueces.

Z.– Si toma más valor y los provoca, ¡que ya lo hace, pues parece un tanto suelto de la lengua!, eso no hará más que acelerar su triste final.

X.– Es posible, pero si desgraciadamente van a matarlo, ¿qué más da antes que después?

N.– El crimen judicial caerá sobre la tiranía. Ése puede ser nuestro momento.

Y.– El C.R.A. aprovechará la situación para decir que tienen otro mártir y lanzar la consiguiente propaganda. Ya lo verán ustedes.

X.– Harán igual que siempre. ¡Qué le vamos a hacer! En fin, quedamos de acuerdo. Buena suerte y hasta la próxima. Se levanta la sesión. *(Se levantan y oscuro. Sobre la pantalla, la fecha: «15 de septiembre». Luz a MIGUEL escribiendo.)*

MIGUEL.– *(Dice, mientras escribe, el texto de su carta:)* «Honorable señores: Humildemente os suplico que os sirváis abreviar estas dilaciones y me declaréis exento de responsabilidad criminal. Calvino es un hipócrita, un miserable, un impostor y un ratón ridículo. Por su gusto yo me pudriría aquí, en la prisión. Miren que las pulgas me comen vivo, que mis zapatos están rotos y que no tengo ropa para mudarme, ni almillas, ni más camisa que una muy estropeada. Es una gran vergüenza para él tenerme aquí encerrado desde hace ya cinco semanas. Sigo sin abogado y él los tiene. Su última acusación, la firma con catorce Ministros. Yo estoy solo con Cristo.»

«Os requiero que mi causa sea llevada al Gran Consejo de los Doscientos y apelo y protesto de todos los daños, perjuicios e intereses; y pido la pena del Talión no para mi acusador oficial, sino para Calvino, su amo.»

(Se cambia la fecha proyectada en la pantalla: «21 de septiembre».)
 «Pido, pues, que mi falso acusador, Juan Calvino, se constituya prisionero como yo, hasta que la causa sea definida por muerte de él o mía o por otra pena. Y para que esto se haga, yo me inscribo a la dicha pena de Talión. Estoy contento de morir si no lo convengo. Os pido justicia y justicia y, una vez más aún, justicia. Él debe ser condenado y expulsado de esta villa, y sus bienes adjudicados a mí, en recompensa de los que me ha hecho perder; lo cual, mis señores, os demando. Miguel Servet, en su causa propia.» *(Se apaga la pantalla y MIGUEL va a primerísimo término sin su cojera habitual. Ahora es el actor que interpreta a MIGUEL quien va a tomar la palabra.)*

MIGUEL.— *(Dice al público:)* La siguiente carta fue escrita por Miguel Servet al pequeño Consejo de Ginebra con fecha 10 de octubre de 1553. *(Se arrodilla y pone los brazos en cruz para decirla.)*

«Hace tres semanas que deseo y demando tener audiencia y aún no la he podido obtener. Yo os suplico, por el amor de Jesucristo, que no me rehuséis lo que no rehusaríais a un turco que os pidiera justicia. Tengo que deciros cosas de importancia y bien necesarias. En cuanto a lo que habéis dispuesto de que se me proveyera de algo para aliviar mi situación, no se ha hecho nada. Estoy más agotado y mísero que nunca. Además el frío me atormenta grandemente a causa de mi cólico y quebraduras, aparte de otras miserias que me da vergüenza escribiros. Es una gran crueldad que no me deis permiso siquiera para hablar, a fin de poner remedio a mis necesidades. Por el amor de Dios, mis señores, dad orden de esto o por piedad o por deber. Hecha en vuestra prisión de Ginebra al 10 de octubre de 1553. M. S.»

(MIGUEL se levanta y se vuelve de espaldas. Avanza hacia el foro hasta desaparecer, alejándose, porque las luces se apagan. En el oscuro, música; y sale el rapsoda que cantó en la parte primera la «Balada de que todo tiene su final»; ahora la repite sustituyendo la palabra «peste» por «vida».)

BALADA

Pero la vida se acabó
pues todo acaba en este mundo:
lo que es ligero y lo profundo,
lo que hace un poco que empezó.

Lo que parece perdurable,
luego se acaba lo primero;
todo es mortal, precedero,
tanto lo malo que lo amable.

Así la vida se acabó
y al poco ya nadie se acuerda:
cuelga el ahorcado de su cuerda
y el vivo juega como yo.

Pero la vida se acabó.

CUADRO II

Por el Honor de Dios, la última pena

Luz a la reunión del Consejo. Se va a dictar la sentencia contra Servet. Es una reunión de maniqués, entre los que hay dos hombres: CALVINO y PERRIN. Éste, maquillado de blanco e inmóvil, parece también un maniquí. El público debe creer que es un muñeco hasta que lo vea moverse, y aun entonces lo hará con movimientos muy mecánicos.

CALVINO.— En este tercer día de santa discusión, creo, hermanos míos, que debemos proponernos acabar sin más dilaciones la sentencia contra el monstruo español. Llegaron, por fin, las esperadas cartas de las demás Iglesias de Suiza. La de Zurich nos dice: «Al llamar Servet a la eterna Trinidad de Dios, monstruos, dioses imaginarios, ilusiones y tres espíritus de demonios, blasfema nefanda y horriblemente contra la eterna majestad de Dios». Por ello nos recomiendan que «cuidemos diligentemente de que el contagio de este veneno no se extienda». Para Schaffhausen, se trata de un «cáncer corruptor de los miembros de Cristo». Berna desea «que apartemos esta peste de las Iglesias» y que «no perdonemos nada». Para Basilea, Servet, «a manera de serpiente irritada, engendra monstruos maledicentes contra Calvino, siervo sincerísimo de Dios.» Les leo, no sin rubor este párrafo, señores Magistrados: «y se empeña de continuo en hundirse» y, en fin, «debe ser corregido según nuestro oficio». El asunto, hermanos míos, por mi parte, queda visto para sentencia, y siento en el alma que ésta haya de ser tan rigurosa como la que sin duda, amigos, vais a dictar aquí, y no veo modo de evitarlo, ni lo encontraríamos por más que lo buscáramos. (PERRIN *hace un movimiento y dice vacilante.*)

PERRIN.— Pido la palabra.

VOZ.— (*Por los altavoces.*) Concedida la palabra al señor Perrin.

PERRIN.— Me asalta, señores, una duda en este momento tan solemne. (*Hace movimientos y ademanes muy exagerados y mecánicos.*)

VOZ.— Dígala el Excelentísimo señor Amied Perrin, sin ninguna reserva.

VOCES.— Somos todo oídos.

PERRIN.— En la mente de todos, al pensar en esta decisión, vive la imagen lúgubre de la pena de muerte. ¿Sí o no?

VOCES.— Sí.

VOZ.— (*Mientras un maniquí agita, epiléptico, los brazos.*) ¡La hoguera, señores, es la única pena ajustada a la enormidad de los crímenes de Servet! ¡He dicho! ¿Sí o no?

VOCES.— Sí. La hoguera es el castigo adecuado a tal enormidad.

PERRIN.— (*Con gestos vacilantes y temblores.*) Aunque sin duda justa, señores, es pena más bien grave ésta de la muerte de un hombre, por repugnante que él sea, y dudo (perdonadme caballeros, esta duda, quizás estúpida, quizás de carácter apenas jurídico, apenas ético, y ocurrencia que a muchos os recordará sin duda mi pasado revuelto y liberal); dudo, digo, si el Pequeño Consejo no debería remitir acaso el importante asunto que estos últimos meses nos ocupa, al Consejo de los Doscientos para que se proceda a su definitiva resolución en aquella Cámara, si no tan selecta, sí más amplia, compleja y contrastada. Eso, señores, era todo. (*Los maniqués se mueven agitados hasta que los inmoviliza la dulce voz de CALVINO, que toma la palabra:*)

CALVINO.— No parece adecuada, señores, tal remisión, primero: porque indicaría tibieza y cobardía por nuestra parte o, por lo menos, ingratos deseos de descargar nuestra responsabilidad en un mayor número que el nuestro, y sepa el señor Perrin que constituimos una minoría no gratuita sino designada, Vox Dei, por el augusto dedo incorruptible de Dios; y segundo, porque la ampliación de este debate sólo podría conducirnos a una extensión social del presente conflicto, con las consiguientes repercusiones políticas, de carácter subversivo, que ninguno de nosotros, creo yo, (*Lo dice mirando fijamente a PERRIN.*) desea. Tal es mi pensamiento, y muy probablemente el de todos o la mayoría de ustedes; o mucho me equivoco.

(PERRIN, al oír la última frase de CALVINO, ha quedado inmobilizado como estaba al principio. Se levanta un maniquí y alza el brazo derecho de modo que pueda recordar el saludo fascista.)

VOZ.— Quienes quieran mostrar su acuerdo con la sentencia de muerte sin efusión de sangre, que levanten la mano. *(Todos los maniqués, y PERRIN, levantan la mano, al estilo fascista. Al verlos, CALVINO mueve tristemente la cabeza.)*

CALVINO.— Yo había deseado evitar a ese desdichado los horrores del fuego, pero me someto sinceramente a la opinión de la mayoría, siendo tan dignas autoridades civiles las que toman la decisión y tratándose, en verdad, por la vía teológica, de un crimen contra la seguridad del Estado. *(Se levanta, pero no alza su mano. Oscuro.)*

CUADRO III

Penúltimos diálogos y tristes expresiones

En el calabozo, MIGUEL, vestido con harapos, y encuadrado por cuatro centinelas, uno de ellos, SARGENTO, con casco de acero de la «Wehrmacht»; portadores de sendas antorchas, los centinelas forman un rectángulo que puede recordar las proporciones, ampliadas, de un ataúd. Es visitado por el VERDUGO, que trae una escudilla.

MIGUEL.— Oye, ¿quién eres tú? ¿Ya no viene el de siempre?

VERDUGO.— No.

MIGUEL.— (*Coge la escudilla y prueba un poco.*) Como todos los días, protesto formalmente de la mala calidad del alimento. Esto, para mí, es ya una especie de costumbre, hijo mío, pero para ti, que eres nuevo, puede significar alguna novedad, y a lo mejor te divierte. Es agua recogida, sin duda, de un fregadero público. (*La bebe.*) Díselo al cocinero. El otro solía decírselo, al parecer, pero no le hacían ningún caso. A ver si contigo es diferente. (*Termina de beber.*) ¿Se lo dirás?

VERDUGO.— No.

MIGUEL.— Esto, al menos, rompe un poco la monotonía. El otro decía: Sí.

VERDUGO.— Yo digo no.

MIGUEL.— Es lo mismo, pues no serviría de nada, pero está bien: suena diferente, y eso alivia un poco mi triste situación. Gracias. (*Se estira, soñoliento.*) ¿Ha amanecido ya? Siento ese frío del amanecer.

VERDUGO.— No; es oscuro aún.

MIGUEL.— Pues debe faltar poco.

VERDUGO.— Sí, poco.

MIGUEL.— ¿Eres tú el nuevo carcelero?

VERDUGO.— No.

MIGUEL.— ¿Sólo por hoy?

VERDUGO.— Sí.

MIGUEL.— Ha llovido esta noche.

VERDUGO.— Sí.

MIGUEL.— Se oye el rumor aquí, aunque la luz no entre.

VERDUGO.— Sí.

MIGUEL.— Y hace un poco de viento. ¿No lo oyes?

VERDUGO.— Sí.

MIGUEL.— Según todos los signos, un mal día.

VERDUGO.— Muy malo, sí. Se ven algunos nubarrones.

MIGUEL.— Vaya, te has puesto un poco más locuaz de pronto. Se agradece, no creas. Aquí se encuentra uno muy solo y no se habla con nadie, ¿sabes, hijito? Y, cuando uno se tumba entre esas cuatro antorchas, esto parece un ataúd, y se tienen, aunque uno no quiera, muy malos pensamientos. *(El VERDUGO lo está mirando muy fijamente.)* Mírame lo que quieras, muchacho. No te prives. Debo tener aire de medio muerto con estas barbas, y además que ando malo de la tripa, con una correntilla que no me abandona de día ni de noche, y ésta es enfermedad que palidece y adelgaza lo suyo, y, además, aumenta mucho la melancolía. Pero lo peor, yo creo, es la miseria que me come y no me deja ni dormir. Díselo a tu jefe, anda: que me cambie de celda y deje que me dé un baño o que si no, a partir de mañana, me negaré a comer las lentejas con carne, pues carne es también la de los bichos de costumbre. *(El VERDUGO ríe, tapándose la boca con la mano, como si se le escapara la risa. MIGUEL añade, enérgico:)* Holgarán mis mandíbulas a partir de mañana, y ya bastante huelga padecen con esta dieta criminal, por mucho que te rías, si no se me da satisfacción. ¿Lo oyes?

VERDUGO.— *(En vez de responder.)* Adiós.

MIGUEL.— ¿Ah, ya te vas? Bueno, hijo mío, bueno: adiós. Si nunca más te veo, que sigas tan gentil y agradable como lo has sido, ¡Dios te lo pague, hijo!, conmigo, que soy un hombre honrado, aunque me vea sujeto aquí, como alimaña, y dejado de todas las manos, tanto divinas como humanas. Adiós, adiós. *(El VERDUGO ha salido. MIGUEL se dirige a los guardianes.)* Pregunto por preguntar, pues sois seguramente mudos, ya que nunca os

oí decir ni una palabra, y nunca respondisteis a mis pesadas interrogaciones; pero decidme, valientes soldados ginebrinos, dónde encontráis estas gentes tan extrañísimas como ese carcelero que apenas me parece humano y que probablemente no lo es. Nunca más quisiera volver a ver esa espantosa cara de simio que me miraba como a un ser extraño, sin comprenderme. El otro carcelero era un idiota más humano.

CENTINELA 1.— (*Sin mover un músculo de la cara y en su rígida posición de firmes.*) Mi sargento.

SARGENTO.— (*Ídem.*) Qué.

CENTINELA 1.— A la orden.

SARGENTO.— Dime.

CENTINELA 1.— Se presenta el soldado de primera Ruperto Casserole, Regimiento 48, Batallón de Asalto, Compañía de Cuchillos, Sección de Destripadores, Pelotón de Puñaleros, Escuadrón 1.

SARGENTO.— Descanso, ¡ar! (*Se ponen los dos, rígidamente, en posición de descanso. MIGUEL los está viendo asombrado.*)

CENTINELA 1.— A la orden. Con el permiso de usía, mi sargento.

SARGENTO.— (*Malhumorado.*) Desembucha ya de una vez, pedazo de animal; y te lo paso esta vez, pero a la próxima te doblo la imaginaria, por cernícalo.

CENTINELA 1.— ¿He incurrido en falta, mi sargento?

SARGENTO.— No me repliques, que te la cargas, ¿eh? Que te lo estoy diciendo y no te lo repito.

CENTINELA 1.— Ah, ya, perdone, mi sargento. Me equivoqué en el tratamiento. Le di el usía sin darme cuenta.

SARGENTO.— Encima te burlas. ¿Con que el usía te parece demasiado para mí? Está bien. Firmes, ¡ar! (*CENTINELA 1 se pone firme.*) Sobre el terreno, paso ligero, ¡ar! (*El CENTINELA 1 hace paso gimnástico. El SARGENTO, campechano, se dirige a MIGUEL.*) Es gente bruta, de poca cultura, ¿sabe?, y no hay más remedio que punirlos de vez en cuando.

MIGUEL.— Seguro que ha cometido algún error poco conforme con la ordenanza. ¿No es así, señor Sargento, o sargento mío, o como se diga, que no estoy muy versado en tratamientos militares?

CENTINELA 2.— Claro. Como que ha dicho permiso en vez de permisión, figúrese. Panda de analfabetos. Es muy difícil desasnarlos, créame.

MIGUEL.— Le agradezco esta espiritual conversación. Nunca me ha dicho nada en tanto tiempo.

SARGENTO.— Hoy es distinto.

MIGUEL.— Sí; la jornada, es verdad, comenzó distinta con la venida del simio parlanchín, y ahora, esta nueva sorpresa.

SARGENTO.— ¿Sabe quién era aquel buen hombre?

MIGUEL.— No, no lo sé, sargento mío, es decir...

SARGENTO.— Es el verdugo.

MIGUEL.— ¡Dios mío! ¿Y qué ha venido a hacer aquí el... —¿cómo decía usted?—, el verdugo?

SARGENTO.— Le gusta verlos antes.

MIGUEL.— ¿Qué quiere usted decir? ¿Antes de qué?

SARGENTO.— (*Sin hacer caso de la pregunta de MIGUEL.*) Pero si lo que le molesta es su cara, no se la va a ver, no se preocupe. Se la tapa. En fin, en confianza, que anoche se ha dictado sentencia y se ha fijado la fecha para hoy.

MIGUEL.— ¡Dios mío! ¿Y sentencia de qué?

SARGENTO.— Hombre, qué cosas me pregunta: la que llaman de muerte. Por eso le decía que hoy es distinto.

MIGUEL.— ¡No! No puede ser verdad lo que me dice.

SARGENTO.— Y le ha entrado la risa. ¿Sabe cuándo? Cuando usted le ha pedido que lo cambien, ¡porque claro que lo van a cambiar de sitio, pero no en este triste valle de lágrimas!, y le ha dicho que no va a comer mañana, ¡porque mañana, Dios mediante, no va a necesitarlo!, y lo de bañarse, que también tiene chiste, porque mañana va a estar más limpio que Dios, de cuerpo y alma. ¿Entiende? (*MIGUEL ha quedado inmóvil, como fulminado.*) Y tú, cabestro, párate. Alto, ¡ar! (*El CENTINELA para.*) ¿Qué es lo que querías?

CENTINELA 1.— Ya nada, mi sargento. Orinar. (*Tiene el pantalón todo mojado. Se ilumina, al fondo, la figura barbirroja de FAREL, ministro de la Reforma. El SARGENTO da un respingo.*)

SARGENTO.— ¡Atención! ¡Presenten armas! (*Los CENTINELAS estiran sus brazos con las antorchas y puñales. Música. Avanza FAREL, acompañado de los dignatarios.*) Descansen, ¡ar! (*Los SOLDADOS vuelven a sus anteriores posiciones.*)

FAREL.— Miguel Servet, ¿sabes quién soy? (MIGUEL *lo mira, como atónito.*)
 Estás realmente embrutecido; así me lo dijeron y es verdad. Soy Guillermo Farel, ministro del Señor. Se me encarga que te dé lectura a la sentencia, la cual ha de cumplirse hoy. Así se ha dispuesto. (*Desdobra un papel y lee con voz entre lúgubre y tonante:*) «Nosotros, síndicos, jueces de causas criminales de esta ciudad, habiendo visto el proceso, y firmado ante nosotros, a instancias de nuestro lugarteniente en dicha causa, contra ti, Miguel Serveto de Villanueva, en el reino de Aragón, en España, deseamos purgar la Iglesia de Dios de tu infección y repugnante veneno herético, expulsando de ella a tal miembro podrido, y estando en gran parte aconsejados por nuestros ciudadanos y habiendo invocado el nombre de Dios para hacer esta justicia, reunidos como Tribunal en el lugar de nuestros mayores, y teniendo a Dios y las Santas Escrituras delante de nuestros ojos, decimos: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por esta nuestra definitiva sentencia, que damos aquí por escrito: Te condenamos a ti, Miguel Serveto, a ser atado y llevado al lugar de Champel, y allí a ser sujeto a un poste y quemado todo vivo con tu obra, tanto escrita de tu mano como impresa, hasta que tu cuerpo sea reducido a cenizas, y así terminarás tus días, para dar ejemplo a los demás que tales cosas quieran cometer. Y a vos, nuestro lugarteniente, mandamos que esta presente sentencia sea puesta en ejecución». ¿Te das por enterado?

(MIGUEL *está temblando. Se levanta, tambaleándose como un borracho y de pronto da un grito horrible: es como un aullido animal. Prolongado y penetrante, que funde en un efecto sonoro de sirenas de alarma. Agitado, da otro grito, más alto y desgarrador.*)

Está endemoniado.

SARGENTO.— Sí, señor.

FAREL.— Sujetadlo. Le ha dado un ataque.

SARGENTO.— Atención. A por él, ¡ar!

(*Entre los cuatro SOLDADOS lo sujetan y le reducen dificultosamente, poniéndole de espaldas en el suelo. MIGUEL sigue dando alaridos.*)

FAREL.— Ponedle un pañuelo en la boca. Se va a morder la lengua. (*Los SOLDADOS lo hacen: lo amordazan metiéndole un pañuelo en la boca y atánoselo a la nuca. FAREL se dirige al público.*)

¡Qué diferencia con los mártires cristianos que se entregaban a los leones dulcemente! En verdad, está poseído por el demonio. No es una voz humana lo que sale de su interior, sino algo como un mugido infernal. Aterra oírlo, ¿verdad?, y muestra ante la muerte un semblante estúpido de bestia. Dios le perdone, hermanos míos. (*MIGUEL parece haberse tranquilizado un poco; jadea, pero ya no trata de soltarse.*) Pero parece que se calma y quiere hablar. Veamos lo que quiere, aunque no creo que, en el estado en que se encuentra, sea capaz de articular palabras. (*Se dirige a él.*) ¿Quieres decir algo, Miguel? (*MIGUEL afirma con la cabeza y pide con gestos que le desaten la mordaza.*) Hacedlo, hijos míos. Haced lo que nos pide. (*Lo hacen.*) Habla, habla, Miguel. ¿Te encuentras más tranquilo ya? (*Con paternal dulzura.*) ¿Más tranquilito?

MIGUEL.— (*Con poquísima voz.*) Sí.

FAREL.— ¿Estás en disposición de hablar?

MIGUEL.— Sí.

FAREL.— Te asusta mucho la muerte, ¿verdad, Miguel?

MIGUEL.— Sí, pero muchísimo.

FAREL.— ¿Estarías dispuesto a una confesión formal de tus errores?

MIGUEL.— (*Con extrañeza casi póstuma.*) ¿Errores? ¿Eh? ¿Qué errores? (*Hace trompetilla con la mano en una oreja.*) ¿Oigo mal? ¿Qué pasa?

FAREL.— (*Con gesto desesperado.*) Entonces, ¿qué es lo que quieres? No hay nada que hacer contigo, ya lo ves.

MIGUEL.— Yo no he hecho nada que merezca la muerte. Busco y definiendo la verdad, y no sabía que eso se computara como crimen.

FAREL.— Incorregible Miguel... ¡Cuánta pena nos das! Hace un momento, cuando nos has dado el desagradable espectáculo de tus gritos, ¿querías decir algo? ¿Eran simples aullidos o se trataba más bien de algunas palabras extranjeras?

MIGUEL.— He gritado en español: Misericordia.

FAREL.— ¿Pides misericordia?

MIGUEL.— (*Asiente.*) Ya que no puedo pedir justicia, pido misericordia.

FAREL.— ¿Qué es lo que solicitas? ¿La conmutación de la pena, sin retractarte? ¿Es eso?

MIGUEL.— No.

FAREL.— ¿Entonces?

MIGUEL.— Lo de la hoguera es muy terrible, señor, habiendo, ¡es un decir!, habiendo hachas.

FAREL.— Es sentencia firme, Miguel. No se puede hacer nada.

MIGUEL.— Entonces pido por Dios, si es que mi pobre cuerpo ha de ser quemado, que se haga la hoguera después de muerto el titular. Así decidle al verdugo, por misericordia, que un momentito antes de encender la santísima estufa, me corte, como él seguramente sabe hacerlo, la cabeza. Creo que lo haría muy bien el hombre: parece un buen especialista. Y muy discreto y silencioso.

FAREL.— La sentencia dice «quemado vivo», Miguel. Pides un imposible. Serénate, por favor, y dinos, si lo deseas, tu última voluntad, que es lo mandado.

MIGUEL.— (*Después de un silencio.*) Quiero ver a Calvino, de hombre a hombre.

FAREL.— ¿No tratarás de hacerle daño? Mira que los soldados te vigilan y, al menor movimiento, tienen órdenes... (*Ahora vemos que CALVINO está presente. Avanza.*)

CALVINO.— No hay nada que temer, hermanos. Bueno, aquí estoy. ¿Qué deseas, Miguel?

MIGUEL.— Que me perdones si en algo te he ofendido, nada más.

CALVINO.— No ha sido a mí, Miguel, a quien has ofendido, sino a la eterna majestad de Dios. En su nombre te han condenado.

MIGUEL.— Encomiéndame a Él en tus oraciones, Juan. Yo te lo ruego en Cristo.

CALVINO.— Así lo haré, descuida.

MIGUEL.— ¿Ha amanecido ya, sargento?

SARGENTO.— Es seguro que sí.

MIGUEL.— ¿Y llueve?

SARGENTO.— (*Escucha.*) Ahora parece que no, pero hace viento.

MIGUEL.— ¿A cuántos estamos?

SARGENTO.— A 27 de octubre.

MIGUEL.— Gracias.

FAREL.— ¿Estás dispuesto?

MIGUEL.— No lo estoy ahora mismo, pero no es resistencia a la autoridad. Perdonen.

FAREL.— (*Inquieto.*) ¿Qué quieres ahora?

MIGUEL.— Tengo mal cuerpo. A lo mejor, devolviendo, se me pasa. Espérenme un momento, por favor. (*Tose como tratando de provocarse un vómito. No lo consigue, pero parece sentirse algo aliviado.*) Ya me encuentro mejor. ¿Qué tengo que hacer?; díganlo, porque estoy disponible.

FAREL.— Dejarte atar las manos.

MIGUEL.— (*Las tiende y dice mientras se las atan:*) ¿Es muy lejos ese lugar Champel?

SARGENTO.— No; y además a lo mejor lo llevan en un carro. No se cansará nada; ya verá, doctor.

MIGUEL.— ¿Está ya todo preparado allí, supongo?

SARGENTO.— Sí, sí señor; todo está previsto.

MIGUEL.— (*A CALVINO.*) ¿Tú vienes?

CALVINO.— No, Miguel. Tengo mucho trabajo. Farel te acompañará espiritualmente en tus últimos momentos. Es hombre de toda confianza.

MIGUEL.— Era por despedirme aquí. Adiós, entonces.

CALVINO.— Adiós, y sabes que lo siento.

MIGUEL.— (*A los que lo han atado.*) ¿Ya está?

SARGENTO.— Sí; sólo apretar un poco. (*Lo hace.*) Ya. (*Se cuadra.*) El reo está dispuesto.

MIGUEL.— Entonces, cuando quieran. Cójame de un brazo, no me vaya a caer, sargento mío. ¿Qué tengo aquí? (*Por la cara.*)

SARGENTO.— Es un poco de sangre. Ha sido sin querer.

MIGUEL.— Vamos, vamos, que se nos echa la hora encima.

SARGENTO.— A la orden. De frente, ¡ar!

(*Música, movimiento y oscuro.*)

CUADRO IV

El matadero

El lugar de Champel, bajo la luz gris de una madrugada húmeda. Organización de la escena a gusto del director: la plataforma con el poste y la leña amontonada, el estrado con sillones y doseles para las personalidades, los escudos y gallardetes de la República de Ginebra, los grupos de curiosos con máscaras de terror o de risa... Uno de ellos le pregunta a otro:

CURIOSO 1.— (*Máscara de risa.*) ¿A qué hora empieza?

CURIOSO 2.— (*Ídem.*) Ya no puede tardar.

CURIOSO 1.— Se queda uno helado aquí de pie.

CURIOSO 2.— Figúrese yo.

CURIOSO 1.— ¿Qué le pasa?

CURIOSO 2.— Que vine hace una hora para coger sitio. Oiga, señor verdugo, ¿a qué hora empieza el auto?

VERDUGO.— (*Ahora encapuchado.*) Está anunciado para las siete. Vamos muy mal de hora.

OTRO.— Me parece que se oye algo.

OTRO AÚN.— Sí, ya llegan.

VOCES.— ¡Ya vienen! ¡Ya vienen! (*El cortejo llega por el pasillo central. Organización a gusto del director.*)

(MIGUEL va entre cuatro encapuchados semejantes a los del KKK. Ese grupo puede ir precedido por el SARGENTO y seguido por los CENTINELAS. Trompetas y banda

que toca al compás procesional de la Semana Santa. MIGUEL cae al suelo. Lo levantan. Apenas puede andar. Desde un palco alguien grita:)

ALGUIEN.— ¡Asesinos! ¡Asesinos!

SARGENTO.— *(Grita hacia el palco.)* ¡Detener a ése! ¡Que no se escape! ¡Es un comunista!

(Proyector al palco. Una pareja de guardias detiene, entre forcejeos, al que gritó. Oscuro sobre el palco. Sigue la música y la procesión. Desde un palco del otro lado, un «cantaor» se arranca con una «saeta» y el cortejo se detiene, y la música calla, para escucharla:)

Míralo, por allí viene
el mejor de los nacidos,
atado de pies y manos,
con el cuerpo renegrido.

Míralo por donde viene;
ya asoma por esa esquina
con el corazón de sangre
y la cara de ceniza.

(Música de nuevo y sigue el cortejo. Suben al escenario. MIGUEL, deshecho, no puede solo, y lo izan como pueden entre varios, ayudándose con un gancho de carnicero, con el que lo enganchan del cuello de la ropa. Para la música. Silencio, situación sobre la idea de que se va a asistir a una representación teatral.)

FAREL.— Por última vez, oh Miguel Servet de Villanueva (a) «Reves», se te invita a una formal retractación de tus errores, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

MIGUEL.— *(Como alucinado.)* ¡No me mientes ahora el monstruo de tres cabezas! ¡Ten piedad de mí! ¡Ayudadme a morir en paz, salvajes!

FAREL.— Está bien, está bien, no tengo nada que decir. Que el Hijo eterno de Dios juzgue tu alma.

MIGUEL.— Pero ¿qué me dices ahora? ¡Si es hijo, no es eterno, ignorante! (*Rumores.*)

FAREL.— (*Se vuelve a la gente.*) Este hombre era un sabio hasta que Satanás se apoderó de su alma; ya lo veis. Tened, pues, cuidado de que a vosotros no os suceda lo mismo, pues la muerte, en estas condiciones, es una cosa muy atroz. (*Al VERDUGO.*) Haz tú lo tuyo y oremos, oh pueblo, por nuestra eterna salvación y la de nuestros hijos. (*Se canta un lúgubre salmo. El VERDUGO se dirige a los que sujetan a MIGUEL.*)

VERDUGO.— Soltadlo. (*Cuando lo sueltan, MIGUEL se cae al suelo. Lo recogen con dificultad pues está desmadrado, como si tuviera rota la columna vertebral.*) Desatadle las manos. (*Cuando MIGUEL se siente libre, agarra con furor el cuello del SARGENTO.*)

MIGUEL.— Asesino, asesino. (*Lo separan y lo sujetan.*)

VERDUGO.— Arriba. Al poste. (*Lo suben, penosamente, al practicable.*) Las cadenas. (*Un soldado se las da.*) Vosotros, poned ahí, en la leña, todos los libros menos uno, y me lo dais. Sí, sí, ese gordo: *Restitución del cristianismo.* (*Así lo hacen. A FAREL:*) ¿Es éste?

FAREL.— Sí.

VERDUGO.— Al poste. Sujetadlo. (*Tratan de sujetarlo al poste. MIGUEL hace como un esfuerzo último, tiene como un espasmo, y luego ya no se resiste más. Parece un cuerpo muerto. Se cae. Lo alzan y lo sujetan. El VERDUGO le pone, a la fuerza, el libro entre las manos, y lo sujetan al poste con las cadenas, con muchas dificultades, por el estado en que se encuentra. Queda, por fin, inmovilizado.*)

La corona. (*Le dan una corona de espinas, amarilla, de azufre, y se la coloca a MIGUEL en la cabeza. El salmo sigue.*)

FAREL.— ¿Quieres decir algo?

MIGUEL.— No se me ocurre nada ahora.

FAREL.— Estás temblando.

MIGUEL.— (*Le entrechocan los dientes.*) Es de frío. No tengo miedo, ni nada. ¡Nada! (*FAREL hace un gesto al VERDUGO y éste grita:*)

VERDUGO.— ¡La antorcha! (*Un soldado se la da. El VERDUGO la voltea mostrándola al público. MIGUEL, al verla, grita con horror. La gente, toda ahora con máscaras de terror, retrocede espantada. El VERDUGO*

prende la corona y luego la leña. Efecto con humo y luces rojas.

Gritos de la gente. MIGUEL se retuerce.)

FAREL.— *¿Qué pasa? (Agitación de la gente.)*

VERDUGO.— *(Grita por encima de la barahúnda.) ¡Es el viento! ¡Sopla de otro lado y aparta el fuego; no le prende bien! ¡Además, la leña está un poquito húmeda por esa lluvia de la noche!*

MIGUEL.— *(Grita.) ¡Cabrones! ¡Cabrones! ¿Con todo lo que me habéis robado y no habéis tenido para la leña? ¡Socorro! ¡Socorro! (Voz por los altavoces.)*

VOZ.— *¡Corten! ¡Corten! ¡Ya es suficiente! ¡Corten! ¡Retírense todos los actores de escena! Vamos al epílogo.*

(Música y oscuro.)

EPÍLOGO

En el que habla Sebastián de Castellion; y con ello la tragicomedia se termina

Telón corto, negro. SEBASTIÁN se dirige al público.

SEBASTIÁN.— ¿Me recuerdan? Soy Sebastián de Castellion. El autor imaginó una escena mía con Servet en la primera parte. No, nunca sucedió; no es cierta... Yo no lo conocí; pero sí participé modestamente en esta historia después de muerto el español. Me encargan que les diga que el suplicio se prolongó casi dos horas por esas causas que ya han visto: la leña húmeda de la noche, el viento contrario... Hubo gentes piadosas que, por lo visto, echaron haces de leña al fuego para abreviarle la tortura... Es un detalle... Después, por orden de Calvino, fueron aventados los restos, las cenizas. Eso fue todo, y luego vino la mordaza, el silencio... sólo turbado por un pequeño grupo de escritores y artistas que firmamos un manifiesto, *De Haereticis an sint persequendi*, y fuimos por ello calumniados y algunos perseguidos. «Libertas conscientiae, diabolicum dogma», nos contestó el ministro del Señor. «Matar a un hombre, respondí yo, y el Autor me fuerza a que hoy lo cuente, no es defender una doctrina. Es matar a un hombre.» Pasé el resto de mis días en un amargo exilio. Sólo en el siglo XVIII logró desenterrarse de los archivos esta ejemplar historia, que hoy se ha escenificado aquí, con no pocas licencias, para ustedes. Y llegamos al fin; que en el teatro es, además de final, principio de otro asunto.

La más pequeña cosa que los nazis, *Gott mit uns*, destruyeron fue una estatua, como se vio al principio, para guardar el orden público.

Nosotros deterioramos otra, la imagen laica de san Miguel Servet, quizás para alterarlo.

Dejemos las cosas en su sitio; no como estaban. Éste es oficio del Teatro, dice el Autor de la Comedia.

(Se levanta el telón corto. La escena está desnuda y sólo hay el pedestal del prólogo que ha sido también la plataforma de la ejecución.)

Queda ahora, sin más, el pedestal desnudo
y levantado aquí, en nosotros,
el recuerdo de un hombre que fue de sangre y hueso
y reducido a su ceniza.
Se trata, camaradas, de construir un nuevo mundo,
y sobran las estatuas;
donde no corra sangre ni hayamos de recoger tanta ceniza.
pero sobran, decimos, las estatuas,
de lo que fueron hombres enteros, verdaderos,
¿para qué tanta estatua?;
donde se estudie y se trabaje,
¡rompamos las estatuas!,
y viva el hombre
y viva el socialismo.

La representación ha terminado. Buenas noches.

(Telón.)

Última nota

La obra puede terminarse, prescindiendo del último verso, con la balada.

Pero la obra se acabó, pues todo acaba en este mundo, etc.

El texto completo de la balada es el siguiente:

Balada de todo tiene su final

El amor dura eternamente.
¡Es agua pura e inmortal!
Las cosas pasan como un río,
pero no pasa el manantial.

... Pero el amor se terminó,
pues todo acaba en este mundo:
lo que es ligero y lo profundo,
lo que hace un poco que empezó.

Lo que parece perdurable,
luego se acaba lo primero.
Todo es mortal, precedero,
tanto lo malo que lo amable.

Así el amor se terminó
y al poco ya nadie se acuerda:
cuelga el ahorcado de su cuerda
y el vivo juega como yo.

La sirena por las mañanas
no asusta ya a las golondrinas,
y dura ya cinco semanas
la brava huelga de las minas.

Pero la huelga se acabó, etc.

Cuando su madre se murió
dijo: No hay fin para mi pena.
Todo en la vida es duro y triste.
No encuentro en ella cosa buena.

Más la tristeza se acabó, etc.

Cuando la guerra terminó
marché al exilio con mi gente.
«Será por cuatro o cinco años»,
y hace ya cinco que van veinte.

Pero el exilio se acabó, etc.

(Fin.)